



Berta Vias Mahou

La mirada
de los
Mahuad

Lumen

La mirada de los Mahuad

Berta Vias Mahou

Lumen

narrativa

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Para Ángeles y Caty Luz,
filiales del cielo en la tierra*

... volar, sólo eso quiere mi voluntad entera...

FRIEDRICH NIETZSCHE,
Así habló Zaratustra

La mirada de los Mahuad

La mayor parte de los viajeros que se acercaron a aquellas Hurdes, felizmente desaparecidas, suelen referirse a la antigua costumbre de legar en herencia una simple rama de árbol, prueba de que hasta el más mínimo cultivo representaba una titánica conquista... Una simple rama de árbol, repitió para sus adentros, cerrando el libro, y en su cerebro, junto a un muro de piedra, apareció un manzano que brillaba al sol. Y al pie el heredero, contemplando con avidez la rama y los frutos que algún día habrían de ser de su propiedad. Tienes la mirada de los Mahuad, oyó que le decía alguien. Y la silueta del hombre que admiraba el trozo de frutal se desvaneció, mientras la vieja bibliotecaria, de pie frente a su mesa, trataba de explicarse, acariciando las tapas duras de un cuaderno gris que descansaba sobre la superficie. Había conocido a algunos de sus parientes tiempo atrás y, al leer sus apellidos en la ficha, se había acercado para ver qué aspecto tenía. Sí, la misma mirada... Elba pensó en los ojos de su madre, de un azul transparente, unos ojos que a veces se volvían de hielo, con ese fulgor que, inasible, ilumina los glaciares desde la capa más profunda. Y en los de su tío. Desafiantes, aviesos, también azules.

Creía haber perdido para siempre aquella mirada torva, a veces escalofriante, de la que tan difícil resultaba saber si era de desafío o de pavor, la de los Mahuad o la de los Löwy, pero una vez más acababa de aflorar a la superficie, sin que ella se diera cuenta. El heredero al pie. La lucha titánica contra el medio. La extrema penuria de tanta gente. Miles y miles de personas

por el mundo esperando siempre una oportunidad. Una oportunidad como la de la rama de un árbol. Con sus pocos frutos. Y sus ojos, con la rabia del corazón, se habían vuelto a enfurecer. Esos ojos que sin duda había heredado de su familia, pero que ella creía haber domeñado para siempre. Apenas había visto a su abuelo materno. No recordaba cómo eran los suyos. Pero más de una vez había descubierto los de su abuela materna convertidos en los de un ave rapaz. Los había heredado, sí, aunque pensaba que ya no miraban así. Nunca. Sin embargo, gracias a la empleada de la biblioteca, acababa de comprobar que aún a veces irradiaban odio. Ira. Indignación. ¿Y los de los otros abuelos? No. Ellos eran Ocotecos. Torrijos. Gentes nacidas allí donde los ojos son como la tierra, recios. Pedían y, sobre todo, daban perdón.

Entonces, como si ante ella la puerta del tiempo acabara de abrirse de par en par, sintió que lo veía todo desde arriba, desde la bóveda alta y oscura que cerraba el espacio por encima de su cabeza, como si ya no se encontrara allí, sino a kilómetros y kilómetros de distancia. En Alemania. Muchos años atrás. A principios de la década de los sesenta. Allí en otoño las calles de los cementerios se llenaban de hojas amarillas. Ríos de oro viejo, crujiente, bajo un sol que se ponía muy pronto, cuando las camareras en los cafés recorrían sus locales como si fueran hadas, volando por los pasillos y repartiendo velas en cuencos de cristal, mientras los delantales de color blanco, que les llegaban hasta los tobillos, a pesar de tener ellas las piernas tan largas, caracoleaban entre las patas de las mesas y de las sillas. Todo esto entonces ellas no habían podido verlo. Sólo cuando muchos años después volvieron por aquellas latitudes. Allí sus padres las mandaban a la cama tan temprano que nunca llegaron a ver las estrellas. Vivían en el número 7 de la calle principal de una pequeña ciudad balneario. El piso, en una casa de dos plantas y con jardín, era hermoso, muy hermoso, aun estando casi por completo vacío.

O tal vez por eso. Tal vez por eso lo fuera tanto, porque en él la luz, cuando

salía el sol, al no encontrar obstáculo alguno, se paseaba a sus anchas por cada una de las habitaciones. Entraba y salía por las ventanas con entera libertad. Como lo hacía el aire. Y alguna vez incluso los pájaros. De una punta a otra. Aunque a veces se paraban para jugar con el agua de algún grifo, que ellos abrían para que pudieran beber. Excepto unos pocos muebles y los libros que se agarraban a las paredes, no había allí apenas nada, algún juguete tirado por el suelo, un par de trapos con los que ellas deambulaban de un lado a otro y a los que dormían abrazadas y un muñeco de goma, el hombre de la arena, con la nariz, los ojos y los labios remordidos, un cráter tumefacto en pleno rostro. En el jardín, en cambio, había un buen montón de árboles. Sacudidos por las ardillas, que correteaban por el aire, cosquilleando la corteza de los troncos, un cerezo enorme, un arce, unas cuantas hayas y varios robles, tilos y fresnos, eran el blanco de todas las miradas y ocultaban con sus ramas unas extrañas esculturas que parecían haber echado raíces en el suelo.

La casa, de dos plantas, estaba dividida en cuatro viviendas. En el primer piso, una llevaba tiempo vacía y la otra la habitaban los Schäfer, una pareja sin hijos, dueños de aquel edificio blanco con tejado de pizarra y una franja de color azul cobalto que enmarcaba los *Blumenfenster*, ventanales en los que en toda Alemania se colocaban flores y plantas entre visillos barrocos, muy historiados. En el segundo, un hombre solo ocupaba una, y la otra, ellos cuatro. Rita y Horacio habían llegado desde España con Elba en brazos y Jara hecha un ovillo en el vientre de su madre. Y a pesar de que Rita hablaba el alemán a la perfección y parecía uno de ellos, no había sido fácil encontrar una casa. No les habían recibido con hostilidad, aunque sí con una prudencia fría. Con distancia. Una distancia que parecía insalvable. ¿Qué le ocurre, Frau Schäfer?, preguntó Rita una tarde en la que encontró a su casera sentada en un banco en el jardín con el rostro entre las manos. Con el plumero en la mano y el delantal puesto, ella se había apostado allí para espiar al vecino de arriba,

que, como cada tarde a la misma hora, acechaba las ramas del manzano en el jardín de la casa del número 9.

Herr Geiß era un hombre de unos dos metros de altura con un cuerpo que parecía hecho tan sólo de músculos y nervios. Con el cabello plateado, las facciones concisas, como talladas a cuchillo, y los ojos de un azul de aguas cristalinas que no se agitan con nada, debía de tener la fuerza y la agilidad de un muchacho. Frisando los setenta, aquel militar retirado aún atraía a hombres y mujeres, aunque Rita, la primera vez que lo vio, cuando ya habían firmado el contrato de alquiler, sintió un estremecimiento. Y después, cada vez que se cruzaba con él. Jamás la miraba a los ojos, quizá porque esquivaba los suyos, aquellos iris claros que tan bien sabían marcar el territorio. Mi marido... La casera, que había retirado ya las manos del rostro y ahora balanceaba el cuerpo ligeramente hacia delante y hacia atrás, como si meciera a un niño en su interior, no pudo terminar la frase. Un hipo se tragó el resto de sus palabras, aunque ella respiró hondo y lo volvió a intentar. Está otra vez en la cárcel... Metiendo el plumero bajo el brazo, Rita se acercó hasta el banco, embutido en la hierba recién cortada justo debajo del cerezo, con la intención de consolar a Frau Schäfer, que la miró a los ojos, roja de vergüenza.

Me juró que no lo volvería a hacer. Me juró... No se preocupe, la interrumpió la española. Ya verá como en un par de días está de vuelta en casa, jugando con Elba y con Jara, como la última vez. Ya lo verá... La Schäfer intentó sonreír. Su marido había pasado ya unos días en la cárcel, meses atrás. También mis hijas cada tarde, a una hora determinada, se desnudan, se le ocurrió añadir a Rita. Muy seria. Cada tarde, recalcó, como si le costara creer lo que estaba diciendo y al mismo tiempo no lo pudiera evitar. Se quitan todo lo que llevan encima. Claro que ellas lo hacen entre cuatro paredes. Y no las ve nadie... La otra la miró unos segundos con la boca abierta, pero poco después volcó todo su miedo en el aire y en los oídos de la

inquilina. Es que si vuelve a hacerlo, si alguien le denuncia, la sentencia puede ser de un año... La española se sentó en el banco junto a ella y, acariciando las plumas de la escobilla para quitar el polvo como si fuera un demonio que se espulga el rabo, perdió la mirada en el otro extremo del jardín. Allí era donde Schäfer había construido una especie de santuario para sus hijas.

De uno de los abetos de las estribaciones del bosque había ido colgando un montón de reliquias que ahora brillaban al sol y se movían con el viento. Jeringuillas, biberones y otros artefactos de colores pendían de largos hilos de nylon y parecían querer enredarse entre sí. Un bebé de caucho, un pequeño globo terráqueo, varios botes de crema y una bolsa de agua caliente se balanceaban ante sus ojos. El árbol del conocimiento del bien y del mal, lo había bautizado Horacio, sin que Elba y Jara, convencidas de que su casa era la única con derecho a un árbol de Navidad durante todo el año, entendieran lo que quería decir su padre con aquel extraño título. También Verena y Michael, que vivían al otro lado del bosque, al pie del macizo montañoso, el Siebengebirge, y que se acercaban por allí cada tarde, habían contribuido a la decoración. Aunque ellos tampoco tenían casi juguetes, porque sus padres tampoco les podían comprar casi nada y porque también ellos preferían hurgar en la basura o entre los útiles que se empleaban en el jardín o en los garajes y talleres. Tal vez porque se habían acostumbrado a aquello al no tener otra cosa que hacer.

Y porque lo que de verdad les gustaba era aprender y, sobre todo, escuchar. Escuchar a algunas personas. Que Schäfer les hablara del lugar con el que soñaba día y noche. Una ría en la que siempre lucía el sol sobre montañas de ocle y selvas de eucaliptus salpicadas de helechos y brezos entre los que se escondían los cuervos y las cabras. Y de la hora de las hormigas voladoras, cuando al caer la tarde las gaviotas dan giros bruscos en el aire, empujando compactas nubes de insectos que se mueven con las corrientes y a las que

lanzan picotazos sin preocuparse de lo que hay a su alrededor. Cuando hace poco viento, decía Schäfer, descienden despacio, batiendo las alas, hasta que tocan el suelo y posan el tren de aterrizaje, plegando las plumas con cuidado... O imaginaba que recorría la arena blanca y suave de una playa, buscando crustáceos, recogiendo algas de color rosa, estudiando el cuerpo gelatinoso de alguna medusa varada en la orilla al bajar la marea. Hay que aprender a leer el horizonte, solía repetir, aunque él volvía siempre la mirada hacia el piso de arriba. ¿Por el peligro?, había preguntado Verena en una ocasión, perdiendo la suya entre las copas de las hayas, de los arces, de los fresnos, de los robles y nogales.

Y es que allí, en aquella región del mundo llena de bosques y montañas, no era fácil contemplar la línea del horizonte. Sólo en la planicie, al otro lado del Rin, tan ancho y aparentemente infinito, lleno de agua siempre fría, amenazadora. O en la ribera. Frente a las islas, verdes y largas. O desde alguna de las cumbres de los alrededores, como el famoso Drachenfels, la roca del dragón, que, según el mito, vivía en una caverna, de donde lo había sacado el héroe Sigfrido para matarlo y bañarse en su sangre. Buena pregunta, había respondido Schäfer, aunque yo me refería al mar, a las costas y acantilados, donde hay que aprender a leer el horizonte, pues es de allí de donde suelen venir los cambios, el viento huracanado y las nubes más negras... Y les describía los barcos pesqueros, perseguidos por enjambres de gaviotas. Surcan el agua como las novias camino del altar. Y cuando les da el sol parece que fueran tejiendo unas el velo y otras, las que comen de las redes, una cola larguísima de encaje y de espuma que se despliega camino de la iglesia... Ninguno de aquellos niños, como tampoco él, había visto el mar. Tal vez por eso le escuchaban con tanta atención, porque, como los libros, les hablaba de lo que aún no conocían.

De lo que no habían visto nunca. ¿Y por qué no va usted allí?, preguntaban,

desplegando esa inocencia tan práctica con la que los niños suelen desarmar a los adultos. Hasta la luz necesita tiempo para viajar, respondía él. ¿Cómo es que no le da miedo que sus hijas jueguen con él?, preguntó de pronto la Schäfer, después de que las dos disfrutaran de un largo y reparador silencio. Tenía la voz cansada. Triste. Y un poco ronca, por culpa del llanto. Rita estaba convencida de que aquel hombre era incapaz de hacer daño a nadie. Y menos aún a un niño. Apasionada, impulsiva, se dejaba arrastrar por sus primeras impresiones. Aquí nadie permite que sus hijos se acerquen a él. Sólo Verena y Michael pueden hacerlo, pero, claro, ellos son nuestros sobrinos... La española lanzó una mirada de reojo hacia donde estaba apostado Herr Geiß, que tomaba el sol en una tumbona con un periódico en las manos. Quizá fue él, aventuró, sacudiendo ligeramente la cabeza varias veces en aquella dirección. Quizá fue él el que le denunció, repitió, y volvió a señalar al vecino con la cabeza, con los ojos y hasta con la punta del plumero. Con movimientos breves, minúsculos.

A mí el otro día me acorraló contra la pared, en el sótano, cuando bajé a poner la lavadora, continuó, deseando que la Schäfer le hablara de él. ¿Y qué hizo usted? Algo pasó, respondió Rita. Él volvió la mirada de pronto. Yo aproveché para escaparme por debajo de sus brazos y eché a correr escaleras arriba... ¿Se lo ha contado a su marido? ¡No! Ya sabe usted cómo son los españoles. Además, Geiß me ha amenazado con ir a la fábrica a quejarse de que mis hijas lloran por las noches y no le dejan dormir. Es un monstruo. La pequeña ha estado muy grave. A punto de morir. De un ataque de tetania. Y a la mayor la vamos a llevar mañana al médico. Está en los huesos. ¿Cree usted que mi marido podría perder el trabajo por una cosa así? Al final no tendremos más remedio que regresar a España... No debe usted dejarse quitar la mantequilla del pan, sentenció la otra, mientras se secaba los ojos con la punta de una manga. Rita la miró sin comprender. Ni la mantequilla, se

explayó la otra, ni el pan, ni la leche. Vaya a la policía... ¿Yo? ¿A la policía?, exclamó la española, alarmada, y guardó silencio un instante, dejando descansar el plumero sobre las piernas, aunque enseguida volvió a desatársele la lengua.

Para colmo se pasa el día al acecho, y no sólo de las manzanas. Lo sabe todo acerca de los demás. Quién entra y quién sale. A ver si lo mata un día un rayo mientras atisba las manzanas. O se ahoga en el río. Seguro que ha sido él... Entre sollozos, la casera volvió a taparse el rostro con las manos. Muy educado, un poco tímido, Herr Schäfer tenía las suyas grandes, fuertes, tímidas, y al saludar las movía con torpeza y embarazo, como si tratara de atrapar una mariposa y al mismo tiempo temiera lastimarla, quitarle el polvo sin el que le sería imposible volver a volar. Aquellas manos habían construido un cohete con lo que parecía un torpedo de la segunda guerra mundial. Schäfer había rascado la pintura, lo había pulido y lo había cortado a lo largo. Dentro no sólo cabía cada uno de los niños, incluida Verena, que ya había cumplido los diez años, sino también él, todo lo largo que era. Otro hombre altísimo, que calzaba un 46, pero que, a pesar de su estatura y de su fuerza, de tener el cuerpo ágil y la mente siempre despierta, a veces miraba como si él solo tuviera que soportar todo el dolor y todo el peso del mundo.

Plateado, siempre reluciente, con una llave de grifo que servía de cierre desde el interior, el cohete se alzaba al fondo del jardín, cerca de las cuevas. Algún día será mi ataúd, aseguraba Schäfer, y sonreía con orgullo. Casi todas las mujeres de por aquí salen huyendo en cuanto le ven, se lamentó la casera, después de apartar las manos del rostro y mientras con un dedo retiraba los restos de la humedad de sus ojos. ¡Mira que son tontas!, exclamó Rita y, aunque una vez más vaciló unos segundos, enseguida siguió adelante con su ocurrencia: Con lo guapísimo que es... A la alemana le centellearon los ojos. Más de una vez, cuando saluda a alguien por la calle, dijo, y la sonrisa que por

un instante había iluminado sus labios al pensar en las curiosas y atrevidas palabras que acababan de salir de los de la otra desapareció en el aire, cambian de acera si van andando o suben corriendo la ventanilla si es que están montados en el coche. Y acto seguido, arrancan a toda velocidad. Alguno hasta se ha permitido escupirle. Hace tiempo que perdió el trabajo y no ha encontrado otro. Desde entonces se dedica a hacer esas esculturas, aunque aquí nadie las va a querer comprar.

Se quedarán para siempre en nuestro jardín. A él parece no importarle. Es como si hubiera decidido vivir en otra época. E ignorar al mundo entero, excepto a los niños... El taller de Schäfer estaba embutido en la pared de roca que se alzaba al fondo del terreno, donde, medio oculta por las ramas de un arce, que en otoño parecía bañado en la sangre de un dragón, se abría la cueva más profunda y húmeda de todas. Allí había colgado él una lámpara industrial. Y allí acumulaba cadáveres de máquinas cubiertas de herrumbre. Entre flores sucias. Brocas para perforar la tierra, turbinas, sierras de vaivén y todo tipo de cachivaches de metal se amontonaban junto a las varas de acanto, los racimos de capuchinas y las hortensias trepadoras, que parecían crecer con más fuerza que en ningún otro sitio. Una cuerda larguísima recorría toda la pared de roca a la altura de los ojos. De ella colgaban sus enormes guantes de tela tiznados de grasa y de orín, prendidos con unas pinzas de tender la ropa, una careta de soldador, enorme, unas tijeras para cortar chapa, un muestrario de limas, un colador gigante y la cabeza calva de un muñeco cogida por una oreja, con el plástico ajado por la intemperie y los mohos.

Aquel taller parecía el refugio de un artista de otros tiempos. El nuevo Piranesi, le llamaba Horacio, que había estudiado ingeniería, pero sabía de cualquier otra materia tanto como los propios especialistas. En aquella gruta Schäfer guardaba una colección de animales en botes de cristal. Arañas peludas, sapos moteados y gecos flotaban en un líquido viscoso con las manos

abiertas. Minúsculos racimos de carne que se habían quedado para siempre en el gesto de decir adiós. El nuevo Piranesi encarcelado, pensó Rita, que conocía las prisiones ideadas por el arqueólogo y arquitecto veneciano del siglo XVIII gracias a Horacio. Aparecían en sus célebres grabados llenos de máquinas y arquitecturas imaginarias e imposibles, entre ruedas, cables, poleas, catapultas, puentes, falsas escalinatas y bóvedas descomunales. Cuando Schäfer se llevaba a los niños a buscar material, todos juntos tarareaban una canción de traperos. *Lumpen, Eisen, Knochen und Papier, alles sammeln wir*. Trapos, hierro, huesos y papel, todo lo recoge él, tradujo Rita, buscando la rima también en su idioma para animar a la Schäfer. Sabía que a la casera le gustaba oírla cantar en aquella lengua de la que no entendía una sola palabra.

Con los huesos se hacía jabón, recordó de pronto Rita. Y en su interior oyó el ruido de un hocico royendo un huesecillo. Qué mala puede llegar a ser la gente, dijo. A mí me persiguen por el mercado porque cuando hace sol llevo a la pequeña descalza en el carrito. Es usted una mala madre, gruñen algunas. ¿Cómo se le ocurre hacer una cosa así?, me reprochan, indignadas. Se meten en todo. ¿Por qué le pinta las pestañas?, me gritó ayer una en la carnicería. Nunca se las he pintado. Pero, claro, como tiene el pelo rubio, les llama la atención que las pestañas le hayan salido tan oscuras. Como las cejas. Es por su padre. ¿Ha visto usted sus pestañas?, insistió Rita, como si ella misma no acabara de creerlo, y sus ojos relumbraron. Sí, afirmó la Schäfer. Claro que las había visto. Y las ojeras fúnebres que ribeteaban sus párpados. Cuando voy a la compra, oigo cómo murmuran a mis espaldas. Cuidado, una española. Yo me encojo de vergüenza. Y todas las miradas se clavan en mí. ¿Cómo lo saben? ¿Cómo saben que soy española? No lo parezco. No se me nota ni al hablar en alemán. Por las noches sueño con sus caras inclinándose sobre mí.

Y con sus bocas, picantes de maldad y de reproches. Son como ratas

hambrientas. Claro que no todo el mundo es así, añadió, también ella ruborizada. Por el bochorno de estar hablando tan mal de los compatriotas de su casera. El lechero todos los días les deja a mis hijas golosinas de colores sobre cada una de las botellas... En aquel momento se oyó un chasquido. Una manzana se desprendió del árbol de la casa de al lado y fue a caer en el jardín de los Schäfer. Y la silueta del hombre de casi dos metros, que hasta entonces había permanecido tumbado en una hamaca con pantalones cortos, sandalias de cuero, calcetines amarillos y el *Bild* entre las manos, se puso en pie de un salto, salió disparada, atravesó el jardín, se agachó e, irguiéndose de nuevo a toda prisa, olisqueó el botín. A una velocidad que a ellas les pareció la de la luz. Por eso a la española le gustaba tanto apostarse por allí. Y por eso, a veces se entretenía pasándole el plumero a algún árbol, para disimular de aquella forma absurda su afición por aquel fenómeno que solía repetirse casi cada día a media tarde. Cerca de donde Schäfer había colocado los que él llamaba los guardianes de la cueva, dos piezas de hierro oxidado que parecían el rey y la reina de un inmenso juego de ajedrez.

Hay que tener guardianes, solía decir con aire enigmático, aunque no tardaba en explicar el porqué con una frase que inquietaba aún más a sus oyentes. Porque el diablo corre por el mundo y aúlla, añadía, volviendo la vista hacia el piso de arriba. Son distantes. No tienen ojos, tampoco nariz. Ni boca. Y siempre están quietos... ¿Cómo van a vigilar?, le había preguntado Verena en una ocasión. Si no ven nada... Son espíritus solícitos, había contestado él. Están a nuestro servicio, como los ángeles de la guarda. Siempre van en pareja y te acompañan... ¿Y sus hijas?, preguntó la Schäfer, sin duda buscando un tema de conversación que le ayudara a olvidar sus problemas y a apartar la atención de lo que hacía o dejaba de hacer Herr Geiß. Las he dejado en casa, sentadas cada una en un orinal sobre la mesa de la cocina, mordisqueando unos manojos de judías verdes. Así no se mueven y yo

puedo bajar al sótano a poner la lavadora o venirme aquí un ratito para ver cómo ese chiflado ronda las manzanas... ¿Y no le da miedo que se puedan caer? No sabe usted lo que es tener dos niñas de esa edad. Mientras una da sus primeros pasos, tambaleándose, la otra corre, tropieza o se escurre y se estampa una y otra vez contra el suelo.

No quiero ni pensar en lo que va a ser nuestra vida cuando aprendan a volar... Frau Schäfer la miró asombrada. Cómo le gustaba charlar con aquella española que en absoluto encajaba con el estereotipo de las mujeres de su país de origen. Claro que a ella, morena y de ojos oscuros, tampoco se la podía considerar como una alemana típica. Al parecer, Frau Ochoteco, rubia, de ojos azules, con las pestañas y las cejas muy claras, tenía ascendencia germana y también judía. Y hasta unas gotas de sangre árabe, que había mezclado con la de su marido, un español cuyos ancestros se habían marchado a Puerto Rico, con lo que algunos de ellos llegaron a nacer en aquella isla del Caribe e incluso en Cuba. Todo un prodigio de mujer. Dulce, risueña y soñadora, de vez en cuando soltaba alguna ocurrencia algo estrambótica, sin que le importara que la pudieran oír los vecinos y hasta quienes pasaban por la calle, y en un alemán impecable. Decía que en una ocasión había visto crecer la hierba. Cómo los pelos verdes brotaban de la tierra oscura, rompiendo la costra húmeda, rígida de frío. Y que cuando su marido se marchaba de viaje, cada noche ella, acostada en su cama, le escuchaba respirar. O las ponía en práctica. Sus extravagancias.

Como salir a segar el día que le tocaba hacerlo con un traje rojo de punto, muy ceñido, zapatos de tacón alto y pestañas postizas, aunque lo cierto es que casi siempre iba vestida así, pero al divisarla con la segadora en marcha por el jardín, dando vueltas, la gente se paraba en la acera a mirar. Hasta el coche del canciller aminoraba la marcha cuando pasaba por allí, si a la española ese día le tocaba cortar el césped. La Schäfer imaginó que incluso el general De

Gaulle la había podido ver camino de la casa de Adenauer, donde el año anterior le habían invitado a tomar el té, en una de aquellas reuniones que por fin habían llevado a la firma de un tratado de amistad entre los dos países. La mayor sólo come gracias a las ardillas que se descuelgan por los troncos frente a la ventana. Se queda con la boca abierta y así consigo meterle alguna cucharada de vez en cuando. Mastica un poco, sin ganas, y da vueltas y vueltas a cada bocado, hasta formar una bola repugnante. Y si lo que le doy es puré, lo deja caer babero abajo sin despegar los ojos de las páginas de un libro de tela con estampas de animales que le ha regalado mi marido. Se alimenta casi únicamente de palitos de sal.

Está tan delgada que se me escapa por entre los barrotes de la cuna. Debe de tener algo grave... Tal vez se esté dejando morir de celos, susurró la Schäfer. Rita levantó el plumero, aquel artilugio con el que tanto le gustaba jugar, y lo sacudió unos segundos por encima de su cabeza. Unas flores de cerezo cayeron sobre ellas. Lentamente. Unas flores de un rosa muy pálido. Imposible. Sólo se llevan once meses y son inseparables. Pero ahora que lo dice... Ahora que lo dice... Cuando vamos de paseo, a menudo me paran por la calle y la gente me pregunta si pueden hacer una foto. Yo las coloco a las dos, pero al final resulta que sólo quieren retratar a la pequeña. No, la rubia no, dicen. Y hacen gestos con la mano para que la aparte. A la morenita. Sólo a la morenita. Como si supieran que es la que ha nacido aquí y no la otra. De todos modos, en España la exótica habría sido la rubia... Esa niña tiene la mirada triste, insistió la Schäfer. La de Rita se volvió aún más traslúcida. Y, como si hurgara en lo más hondo de su corazón o le avergonzara lo que estaba encontrando en su interior, empezó a balbucear: La verdad... La casera, para animarla a proseguir, sonrió.

Cuando me enteré de que estaba embarazada, pudo decir al fin Rita de corrido. Cuando me enteré de que estaba embarazada, repitió, nerviosa, quise

deshacerme de ella. De la mayor. Me pasé varias semanas levantando una y otra vez un sillón que tenemos en casa. Y cargando con lo que fuera de acá para allá. Hasta soñé con caerme por las escaleras. Éramos tan felices los dos solos... Que no la oiga nunca decir eso, le aconsejó la Schäfer. Los niños oyen hasta lo que uno no llega a pronunciar jamás. Y ven lo que nadie percibe. Sólo que a lo mejor no lo dicen nunca, pero lo llevan en los ojos... Estando embarazada de la pequeña, continuó Rita, casi a punto de dar a luz, descubrí una tarde a Elba mirándome de una manera extraña. No a los ojos, sino al bulto, quiero decir, a la tripa, cuando de pronto se puso a mover las manos en el aire con los dedos índice y corazón estirados, abriéndolos y cerrándolos como si fueran tijeritas, mientras repetía en voz baja: ¡Te corto! ¡Te corto! ¡Te corto! Así, recalcó, al tiempo que escenificaba el gesto. Pensé que se me adelantaba el parto... Desde la entrada del jardín les llegó un silbido.

Fuerte, alegre, no era el trino de un pájaro cualquiera, sino el de Horacio, que volvía de trabajar. Un sonido que su mujer y sus hijas reconocían en cualquier parte. En cuanto lo oían, volvían la cabeza. Y allí estaba, el rostro moreno, de mirada inteligente, oscura, la sonrisa lenta y franca y el cabello negro, abundante. Con la cartera de cuero viejo llena de papeles en una mano, Horacio se detuvo unos instantes junto a una colosal trompeta plateada hecha con un tubo enroscado sobre sí mismo, una escultura que parecía el cordón umbilical de un cíclope. La había fabricado Schäfer con un serpentín de más de dos metros de altura y otros tantos de ancho, un tubo de metal que en las fábricas servía para enfriar líquidos corrosivos, en cuyo extremo había colocado una boquilla enorme. Con aire pomposo, afirmaba que aquella obra era el heraldo de las eternas verdades contemporáneas. Horacio, siempre que podía, se paraba allí, para comprobar que por la boca del trombón y desde las entrañas de la tierra no surgía ningún eco esclarecedor, que el mensajero de aquellas verdades tan poco imperecederas jamás se decidía a hablar.

Y Elba a menudo le imitaba, porque ya entonces soñaba con ser un hombre, con ser como ellos, aunque enseguida se olvidaba de lo que la había llevado hasta allí y se dedicaba a observar cualquier otra cosa. A los príncipes azules en el estanque, que saltaban hacia fuera y volvían a zambullirse. Flop, flop. ¿Era una variedad de sapos? ¿O su padre los llamaba así por el cuento aquél en el que una joven besaba a un sapo y el batracio se convertía en un príncipe vestido de azul? ¿O era al revés? ¿El príncipe se convertía en sapo? La española se despidió. Pali, llámeme Pali, indicó la casera. Y una hoja de tilo le cayó encima. Con su típica forma de corazón. Los amigos me llaman Pali... Aquello en Alemania, donde la gente seguía tratándose de usted al cabo de años y años, era una enorme prueba de confianza. Y déjese llevar, añadió, sorprendiendo aún más a su inquilina. Pero no por la desconfianza. El único tiempo que no se pierde es el que se vive con amor... Rita se quedó estupefacta, con el plumero colgando y rozando la hierba. Como si acabara de escuchar al heraldo de las eternas verdades contemporáneas. Su marido, tras saludar a la casera, la cogió del brazo y juntos se dirigieron hacia su casa.

Antes de desaparecer, la española sacudió el plumero en el aire para decir adiós a la Schäfer y después se lo metió bajo la axila del brazo izquierdo. La alemana agitó la hojita en el aire. El corazón del tilo. Ya en las escaleras, Rita comentó a Horacio que el casero estaba otra vez en la cárcel. Apuesto a que ha sido Geiß el que le ha denunciado. ¿Has averiguado algo sobre él? Que creció en Hamburgo y trabajó también allí, contestó Horacio. En Neuengamme, exclamó ella, y se detuvo en seco. No me digas más... Después, con una mirada que parecía perdida en algún punto del pasado, se volvió hacia él, pero, en lugar de a su marido, de pie ante ella, vio un montón de siluetas cadavéricas, un sinfín de esqueletos envueltos en harapos, que, apretujados sobre el lodo unos contra otros, se agolpaban delante de una fila de barracones. Envejecidos para siempre. Hasta los niños. Con la mirada fija.

Los ojos, desorbitados. Los párpados, oscuros. Parece mentira, protestó. Meter en la cárcel a un hombre que no es más que un exhibicionista, mientras los antiguos nazis se pasean a sus anchas... Horacio la miró sin comprender, aunque no dijo nada. Y, sin embargo, en este país el respeto a la ley es tan grande, prosiguió Rita y, dándose por fin la vuelta, siguió subiendo con el plumero bajo el brazo.

Es tan grande, repitió, que una persona es capaz de pasarse la mitad del día al pie de un árbol, esperando a que algún fruto caiga en su terreno para poder hacerse con él... Su marido se echó a reír. Sí, dijo. Es un loco. Porque las calles del pueblo se llenan de manzanas en cuanto están maduras, pero él parece que sólo quiere las que crecen en la casa de los vecinos y caen en nuestro jardín. Claro que la mayoría de las que hay por ahí son manzanas salvajes y él prefiere las Tentación, que sólo crecen ahí al lado... ¿Se llaman así? No. Me acabo de inventar el nombre, aunque sí creo que son cultivadas. Parecen de cuento... Subieron los cuatro escalones que faltaban, entraron en su casa y, nada más dejar el plumero y el maletín de piel lleno de arañazos sobre la encimera de la cocina, fueron a bajar a las niñas de la mesa, donde se habían entretenido jugando a lanzarse judías de un orinal a otro. Las vainas estaban repartidas por toda la superficie del tablero y alguna incluso flotaba en el interior de una de las bacinillas. Ese respeto profundo a las leyes, a las normas, prosiguió Rita, es lo que debió de llevarles a organizar la muerte de tantos hombres, mujeres y niños como quien sigue las instrucciones de uso de una lavadora...

Horacio, que había puesto el biberón de la pequeña a calentar, se volvió a mirar a su mujer, atónito. En España las cámaras de gas no habrían funcionado, continuó ella, mientras tostaba harina con azúcar en una cacerola. Se habrían estropeado enseguida. Y nadie se habría tomado la molestia de arreglarlas. Aquí todo, tanto lo bueno como lo malo, se hace a conciencia. Schäfer tiene

razón al decir que hay que aprender a leer el horizonte. Ahora comprendo por qué, mirando hacia aquí arriba, repite eso de que el diablo corre por el mundo y aúlla. Y por qué cuando me cruzo con Geiß me siento tan mal. Como si también yo fuera una manzana, sí, pero una podrida... Pero, ¡Rita! ¿Qué estás diciendo? Estás chiflada... ¿Es que no lo sabes?, replicó ella. En Neuengamme había un campo de concentración... Sus ojos azules se habían vuelto oscuros. Como si el cielo allí fuera se hubiera nublado de golpe y amenazara con un temporal. Una desconfianza y un miedo ancestrales anidaban en el fondo de su corazón y de vez en cuando afloraban a la superficie. Su mirada entonces, con aquellas cejas claras y los iris turbios, a Horacio le parecía la de una hechicera.

Trabajaría en un taller. O en cualquiera de las fábricas que se levantan a lo largo del canal. O tal vez en el puerto, sugirió, tratando de quitarle de la cabeza aquella idea que se le acababa de ocurrir. Rita había pasado parte de su infancia en Alemania, donde pudo establecerse su familia huyendo de la guerra civil española, al ser reclamado el abuelo por el régimen de Hitler, para acabar escapando también de allí pocos años después, al estallar la segunda guerra mundial, aunque apenas hablaba de aquella época. El temor y la desconfianza se transmiten. Son contagiosos. Se había preguntado tantas veces cómo debía tratarla. Con paciencia, pensó, aunque hasta en un lugar tan idílico como éste ve fantasmas por todas partes y acabará temiendo incluso a sus propias hijas. Y acercándose a ella, que acababa de verter un chorro de leche en la mezcla que removía en el cazo, la cogió de una mano, para que se volviera hacia él, y la abrazó con cariño. ¿Hasta qué punto puede el miedo, esa suerte de reacción química capaz de aniquilar el alma, convertirse en maldad? Quizá no sea más que un hombre tímido y un tanto particular, aventuró, intentando que su mujer razonara.

Tentada estuvo ella de contarle lo que le había hecho Geiß en el sótano,

pero lo pensó mejor. También el casero es muy inquietante, prosiguió su marido. Parece un doctor Fausto. Un nigromante moderno. Y hay quien dice que abusa... ¡Calla! Delante de las niñas no... Tienes razón, reconoció él. Además, no hay que hacer caso de las habladurías. O hasta las esculturas del jardín acabarán chismorreando. La gente recela de lo que no es capaz de comprender. Deberían saber que los exhibicionistas no atacan a los... No terminó la frase, sino que hizo un gesto, mirando de reojo a sus hijas, para no tener que expresar en voz alta lo que Rita no quería que oyeran. Después, con el biberón en una mano, cogió a la pequeña y se la llevó a acostar. Está feo, rezongó su mujer, asomándose a la ventana. Ni se ve el horizonte. La que se nos viene encima... Y, sentándose a la mesa con Elba en el regazo, después de haber echado la papilla en un plato hondo, de coger una cuchara y ponerle el babero, empezó a contarle una historia mientras le daba de cenar. El hombre de la arena viene en busca de los niños que se niegan a acostarse y les arroja puñados de tierra a los ojos.

Los encierra en un saco y se los lleva a la luna para que sirvan de alimento a sus hijitos, que tienen, como los mochuelos, unos picos ganchudos con los que devoran los ojos de los niños que no son obedientes... De los de su hija irradiaba la fascinación del pánico. ¿Qué versión le estaba contando? ¿La de Andersen, como tantas otras veces antes de irse a dormir? ¿O la de Hoffmann, para la que aún era demasiado pequeña? El *Sandmännchen* del danés no abrigaba malas intenciones, sólo esparcía un poco de arena, soplando siempre con cuidado, para que los niños no pudieran mantener los ojos abiertos. Después les echaba otro poco por la espalda. Y así se quedaban tranquilos y sus padres podían meterlos por fin en la cama. Sentado en el borde, el hombrecillo les contaba historias. Cada noche, una diferente. Unos picos ganchudos con los que devoran los ojos de los niños que no son obedientes, repitió para sus adentros. ¿Obedientes? ¿Hasta qué punto era la obediencia una

virtud? Qué difícil educar a un niño, enseñarle a distinguir cuándo puede mostrarse dócil y cuándo debe atreverse al desacato. ¿Obediencia a qué? A la luz, pensó Rita, a quien tanto le gustaba el sol.

E imaginó para sus hijas una obediencia de flor. Una vida de amapola. Elba, presa del sueño, se frotó los párpados con los dos puños. Vamos, a dormir, dijo su madre. Que viene el hombre de la arena... En aquel preciso instante se oyeron unas pisadas en el rellano. Alguien se detuvo frente a la puerta y llamó con un par de golpes. Rita dejó a la niña en el suelo y fue a abrir. Una sombra enorme oscureció la entrada de la cocina. ¿Herr Geiß?, preguntó la española y oyó un revuelo a sus espaldas. El hombre no contestó, aunque se inclinó para atisbar el interior. ¿Quiere pasar? Tiene que saber que Horacio está en casa, pensó ella, temblando de miedo. Le habrá visto entrar. Subir conmigo las escaleras. Y se sintió más segura. Además, parecía cohibido. Yo... El hombre bajó la vista. Yo, balbuceó. Quería pedirle la pala que le presté a su marido para esparcir arena sobre la nieve de la entrada, dijo por fin. Se le ha olvidado devolvérmela... Su voz volvía a ser firme, aunque no parecía muy cómodo. Pase, insistió ella, luchando consigo misma. Pase usted... Con los huesos hacían jabón, volvió a recordar. ¿O era con la grasa? Él hizo un ademán de rechazo. No, no. Prefiero quedarme aquí...

Lumpen, Eisen, Knochen und Papier, le canturreó a ella la sangre, aunque abrió un poco más. Trapos, hierro, huesos y papel... No deje a sus hijas solas con ese hombre, se permitió aconsejarla Herr Geiß. ¿A mis hijas?, rezongó ella. ¿Con quién? Con Herr Schäfer, naturalmente... Entonces se oyó un bramido y Rita se volvió a toda velocidad, dando la espalda al intruso. Su hija, acurrucada bajo la mesa, los escudriñaba desde el suelo sin pestañear. La mirada fija, bajo las cejas fruncidas. Y ella inmóvil, como una de las esculturas del jardín. Los guardianes de la cueva. Un demonio parecía haber anidado en su entrecejo. Y de los puños, apretados, le caían dos hilos de

azúcar. Rita recordó en aquel momento que en el sótano, cuando Geiß la acorraló, el detergente se le había caído al suelo desde la palita con la que iba a echarlo en la lavadora. Un hilo de jabón. Sintió un escalofrío de terror y las palabras exactas que le había oído en alguna ocasión a Schäfer mientras miraba hacia el piso de arriba le vinieron por fin a la mente. La frase completa. Palabra por palabra. Sed sobrios y velad, porque vuestro adversario, el diablo, ronda como león rugiente, buscando a quién devorar...

Claro que había sido Geiß el que había denunciado a Schäfer. Y el que había propalado también aquel asqueroso rumor. Aquella falsedad sobre él. No puedo soportar la mirada de esa niña, confesó entonces Herr Geiß. Los ojos de una criatura de poco más de dos años le impedían atravesar el umbral. La mirada de los Löwy. La de los Mahuad. La que él había sentido días atrás en su nuca. En el sótano.

La llegada de los demonios

Vivían con el abrigo siempre puesto. El frío y el viento se colaban por todas partes, ululando por entre las juntas de las ventanas y burlando hasta los postigos, aunque hacía ya unos cuantos años que habían vuelto de Alemania. Sentados los cuatro en el sofá y envueltos en mantas hasta las orejas, en mitad de una sala de estar sin apenas muebles, parecían una congregación de mendigos en plena estepa rusa. Y si alguna vez sonaba el timbre de la puerta de entrada o el del portal, se sobresaltaban todos. Casi nunca esperaban visita. Sin embargo, los fines de semana abandonaban la ciudad y se marchaban al campo. A un valle estrecho entre montañas no muy elevadas. Y en las vacaciones de verano se quedaban allí durante varios meses. Allí ellas se dedicaban a correr desde que salía el sol hasta mucho después de que se hubiera puesto y lo compartían todo con unos cuantos amigos. Incluso la llegada de los demonios. Y se quitaban el abrigo hasta en invierno. Porque apenas paraban un instante. Entonces allí no había luz eléctrica. Se usaban quinqués, lamparillas, linternas. Y uno se calentaba en la chimenea. O con estufas de gas o con leña en salamandras pintadas de verde.

Aunque allí casi siempre hacía calor, un calor amarillo, radiante, con el monótono concierto de las chicharras en cuanto empezaba el verano. O el de los grillos bajo las estrellas. Aquéllos eran unos tiempos distintos. Entonces uno podía oler la lluvia en las piedras y el viento en los árboles, al borde de los ríos. Entonces se esperaba a que llegara la época de las moras y se sentaba

uno a escuchar las historias de algún hombre del campo, aun cuando a menudo no dijera apenas nada, limitándose a rebuscar en su memoria algún crimen, alguna disputa o la muerte de un niño por un destello blanco caído del cielo, mientras apoyaba el antebrazo derecho sobre el mango de su largo rastrillo, con lo que la mano enguantada colgaba en el aire y él extraviaba la mirada en una lejanía que no tenía nada de física. Matabichos era uno de esos hombres del campo a los que tanto les gustaba remontarse a algún hecho inexplicable. Hablaba de cualquier cosa. De la guerra, de la muerte. A veces también del amor. Y lo hacía en pequeñas dosis, tomándose su tiempo. Cazaba acompañado de todos sus perros, una reata de canes llenos de heridas mal curadas, sin más pedigrí que el que da la vida al aire libre, entre zarzas y ganado bravo.

Con una escopeta de dos cañones y su boina, le gustaba hacerlo a la mano, con otros hombres del lugar, y se pasaba el día entero subiendo y bajando por los montes. No regresaba hasta el anochecer, siempre silbando o canturreando entre dientes: Con diez perdices por banda... Aunque no traía más que un conejo al hombro, que ni siquiera había cobrado él, porque, aunque seguía a sus presas con la mira del arma sin bajar la guardia ni un solo segundo, no era bueno a la hora de disparar. Beni, Benedito, que ése era su verdadero nombre, se caracterizaba por sus movimientos pausados y una mirada penetrante. Enjuto, marcando las costillas y con las piernas como tendones de codorniz, tenía la piel morena, con miles de arruguillas, por las muchas horas que pasaba a la intemperie. Era un joven curioso, poseedor de un interés digno de un científico. De un metafísico. Con frecuencia se quedaba atisbando por el agujero del tubo de una de las asas de su carretilla como si fuera un telescopio de ida y vuelta. Se agachaba, acercaba el ojo al hueco y perdía así horas y horas, sin duda convencido de que podía ver el otro lado.

O realizaba distintos experimentos, como poner la mano en el orificio del

otro tubo, con la esperanza de leer sus propias líneas de la vida, pero el cansancio y la frustración que de manera infalible coronaban aquel ejercicio no tardaban en obligarle a tumbarse para echar una siesta, cosa que hacía en cualquier parte y sin importarle lo que le rodeara. Aunque el extractor del pozo estuviera en marcha, era capaz de dormir a pierna suelta y de roncar por encima del traqueteo de la máquina, que sin embargo hacía huir a los señoritos de la capital. Entonces parecía que nunca iba a despertar, que nada podía turbar su descanso, ninguna de las labores que aún le quedaban por hacer, cuando de pronto abría un ojo y se desperezaba, estirándose. Rápidamente formaba con una de las manos un tubo delante de uno de sus ojos y, cerrando el otro, se ponía a fisgar. Aplico la ley del canuto, decía. Es como mirar por el ojo de una cerradura... Y así se pasaba buena parte del día, levantando el falso catalejo y perdiendo la mirada en algún punto para investigar a sus anchas, observando con calma a alguna persona o a algún animal, pues admiraba el movimiento en los demás.

Lo bonito para ti, exclamaba cuando le decían que regara un bancal de flores o recortara un seto. Él prefería plantar tomates, calabacines, judías. Y hacerlo siempre a su ritmo. Pausado. Y siempre lo más lejos posible, para salir del radio de acción de aquella gente que siempre le andaba persiguiendo con algún encargo. Y con órdenes para que hiciera cosas que a él no le interesaban nada en absoluto. Beni, hay que echar estiércol donde los almendros, decía la madre de Araceli, de Leonor y de Elvira. La madre de Carlos. Beni, hay que sembrar cuanto antes estas semillas de caléndula. En el bancal, junto al camino que conduce a la pileta... Lo bonito para ti, murmuraba él, mientras recogía sus aperos para emprender la huida lo más deprisa posible y esconderse en algún otro rincón desde donde pudiera dedicarse a contemplar el horizonte o la nada, olvidándose así del tiempo y hasta de lo que estaba mirando y, por supuesto, de lo que tenía que hacer, con

lo que una tarde, según contaba, una hiedra había crecido hasta enredársele en el pelo y hacerle cosquillas en la nuca y por detrás de las orejas. Como todas las personas acostumbradas a vivir en medio de la naturaleza, sabía lo que es la necesidad y había aprendido muy pronto a tener paciencia.

La vida en la ciudad, en cambio, estaba llena de inquietudes, de precipitación. Llena también de frío y de silencio. Del silencio de la soledad, en medio del ruido. Con ropas siempre heredadas de unos primos mayores, Elba y Jara tenían un aspecto poco común. Cuando la mayoría de las niñas iban cubiertas de lazos y volantes, con tejidos de colores suaves, con bодоques y puntillas, ellas dos solían aparecer siempre vestidas de rojo y negro, enfundadas en unas cazadoras de leñadores canadienses a grandes cuadros. En lugar de zapatos de charol y medias blancas con encajes y puntillas, calzaban recios zapatos de cordones y calcetines oscuros de lana. Aquella diferencia, que en la ciudad las convertía en el blanco de todas las miradas y de más de una burla, en el campo era una ventaja, sobre todo porque a ojos de los demonios las volvía más atractivas. Los demonios llegaban en cuanto apretaba el calor. Otros niños por aquellos tiempos, a finales de los sesenta y después durante la década de los setenta, esperaban el desembarco de los ángeles. En forma de niñas. Y lo hacían en invierno, que es cuando al parecer caen sobre algunas ciudades cubiertas de nieve.

Ellas, en cambio, aguardaban con tranquilidad la arribada de los demonios. Un remolino de cuernecillos, pezuñas y rabos. Toda una lluvia de paracaidistas risueños, que aterrizaban entre detonaciones y un cierto olor a pólvora, como si las fiestas del pueblo empezaran sólo en el instante en el que ellos hacían su entrada triunfal. Con fuegos artificiales de los que te dejan con el cuello doblado y la boca abierta. Ya vienen. ¡Que lleguen los Wojniakowski! ¡Que lleguen los polacos!, gritaban. Con ellos formaban una banda. Y tenían chicos para todas. De padre polaco y madre española, los Wojniakowski

vivían el resto del año en las afueras de Londres, encerrados en colegios lúgubres rodeados de hiedra, tratando de memorizar y entender las reglas de la aritmética y los secretos de la geografía universal. Los traía su madre en un taxi negro y majestuoso, de esos que usan los ingleses en sus ciudades húmedas, siempre envueltas en la bruma, y en los que cabe mucha más gente que en los de cualquier otro país. Aunque ellos no tenían lo que se dice modales británicos. Bajaban del coche como un torbellino de aire caliente.

Y ellas, pero también Carlos, el hermano de Elvira, de Araceli y de Leonor, los recibían con gritos. Como a un aluvión de víveres para una ciudad sitiada. Jan, Kazik, Jerzy y Tadeusz. Tampoco ellos viajaban de incógnito. Como no lo hacían los ángeles, que caían con descaro en otras latitudes. Los Wojniakowski desconocían los rodeos de los santurriones y parecían no temerle a nada. ¡Que llegan los Wojniakowski! ¡Que vienen los Polanski!, gritaban Elba, Jara, Elvira, Araceli, Leonor y hasta Carlos, y se tiraban al suelo, simulando ser las víctimas de una catástrofe de proporciones colosales, cuando en realidad llevaban ya semanas esperando aquel acontecimiento. Llueven demonios y las niñas son felices, había comentado Rita en una ocasión, mientras Horacio sonreía, comprensivo, bajando el periódico. Alegres, con ese punto de crueldad que dan las ganas de vivir, la piel muy blanca y las cabelleras de distintos colores, los Wojniakowski llamaban la atención. Kazik, alto y delgado como un lápiz, tenía el pelo castaño. Jerzy, el más fuerte, era rubio. Tadeusz, en cambio, lucía una melena cobriza. Y Jan... Jan era caso aparte. Un caso arduo. Difícil de describir.

Y ellas jugaban con ellos como si nada. Sin prestar atención alguna al peligro que podía entrañar la mera proximidad de sus cuerpos. Sin prevenirse frente a las quemaduras que provocaba el más inocente de los roces con cualquiera de los cuatro. Jugaban con ellos como si tal cosa. Aunque con un sentimiento de orgullo que tal vez nadie en los alrededores se hubiera atrevido

a compartir. En lugar de dar besos como saludo, los Wojniakowski arreaban mordiscos. Como si Elba, Jara, Araceli, Elvira y Leonor no fueran más que manzanas de distintos sabores. Y no sólo eso. Los Polanski apenas se lavaban, no se peinaban casi nunca, vestían con ropas viejas, llenas de lamparones, comían cuando les daba la gana y por las noches les gustaba correr desnudos por el campo. Jan era... ¿Cómo explicarlo? El silencio se apodera de algunas mujeres cuando se enamoran, aunque hablar en general de la mujer quizá resulte arriesgado, cuando tal vez la mayoría no preste la más mínima atención a las palabras de los hombres y cuando además Elba entonces, cuando lo vio por primera vez, no era más que una niña. Sin embargo, sus ojos ya pendían de los labios de Jan, al que observaba doblando el cuello hacia un lado.

Parecía un rabilargo que atiende al gorjeo de un ave exótica venida de muy lejos, a la que intenta atraer para que se quede una temporadita en su nido. Cuanto más, mejor. Sin poder confesar sus intenciones, pues tal vez entonces la *rara avis* se decida a volar en dirección contraria, poniendo alas en polvorosa. Pero el atrevimiento, el tesón de un tímido no suelen quedar sin respuesta, porque, si se lo propone, es capaz de hacer que hasta las estrellas giren a su alrededor. Jan, el anacoreta imposible. Anacoreta, porque le gustaba rodearse de libros y de cajas de pintura, a menudo para no hacer nada más que mirar el techo, lleno de grietas y desconchones, que luego reproducía con sus pinceles. Imposible, porque era difícil sacarle de su encierro. Pero cuando se producía ese milagro, cuando Jan salía por fin al aire libre, lo difícil era lograr que volviera a recogerse. Jan, el ministro de la nada, no por falta de cartera, pues la suya estaba siempre llena de papeles y cartones, en los que pintaba o tomaba apuntes y hacía bocetos, sino porque, siendo tan joven, a los demás les parecía inalcanzable, aunque no tuviera nada que hacer en todo el día, ni dónde caerse muerto.

Porque se burlaba de todo. Del sí, del no y hasta de sus propias dudas.

Porque hacía locuras, cuando nadie le veía. O cuando él creía que no le veían. Porque se reía de todo. Por su manera de hablar, porque parecía que se olvidaba de sí mismo, aunque no hablara de otra cosa, aun sin decir nada de sí mismo. Y porque se sentaba a mirar cuando los demás jugaban al escondite de noche, entre los árboles y arbustos, a la luz de la luna, o cuando se bañaban en las aguas frías de la pileta, siempre buscando reflejos, transparencias y sombras, siempre observando las reverberaciones acuáticas de los cuerpos. Y también porque a las chicas, a Elba, a Jara, a Araceli, a Elvira y a Leonor, las sacaba varios años. Y unos pocos años a esas edades dan un prestigio difícil de alcanzar más tarde, incluso por quienes tienen más labia. Soy un Robinson Crusoe sin isla y sin haber naufragado, decía Jan, apoyando ambas manos en las caderas para subirse los pantalones, aunque no se le caían. Soy el conde de Montecristo sin que nadie me haya detenido. Y si leo a Kafka, no tardo en verme convertido en una especie de escarabajo, de cucaracha o de sabandija.

Soy todo y nada. No soy nadie. No soy nada de nada. Mi nombre no es mío. Podría haber tenido otro cualquiera. Cientos y cientos de nombres, muy distintos entre sí... No te conviene, le había dicho a Elba su madre en más de una ocasión, como si a su edad aquello tuviera importancia, como si se pudiera torcer la voluntad de una chica obstinada y cabezota. Pero las madres empiezan pronto su labor de zapa y algunas no la dan nunca por terminada. Jamás. Tal vez Rita lo dijera porque le parecía demasiado inquietante, demasiado vuelto hacia su interior. A la mayoría de las madres cierta cantidad de espíritu les resulta excesiva. O tal vez porque pensaba que su hija podía perderse por aquel camino. Dejar de ser mujer, tal y como ella lo entendía. ¿Qué le has visto, Elba? Se diría que te ha sorbido el seso. En cuanto aparece, no tienes tiempo para nada. Ni para nadie. Parece que te hubiera hecho un conjuro del infierno. ¿Te ha hipnotizado? Te quedas como tonta... Su madre tenía razón. En cuanto aparecían los Wojniakowski, Elba dejaba de leer. Y de

escribir. En la libreta de color gris en la que apuntaba sus sueños, aquella corriente submarina en la que se ahogaban los deseos, aquella corriente que, sin embargo, afloraba una y otra vez, azotando cada rincón de su vida.

Y en cuanto Jan le hacía una seña, lo abandonaba todo y le seguía a todas partes con la mirada pendiente de su nuca. Cuando te mira con esos ojos del color de la avellana, le habría explicado Elba de haber tenido un poco de paciencia con los adultos. Ponte cómoda, mamá, que voy a intentar que me comprendas. Cuando te mira con esos ojos del color de la avellana, te deja todo chamuscado por dentro... Pero no tenía tiempo que perder, porque, en cuanto le veía, echaba a correr por el campo. Rita se habría reído. Con ganas. Qué desfachatez. No, si al final va a resultar un santo y algún día hasta habrá que adorar sus reliquias en un nicho. San Jan Wojniakowski. Ella misma inventará sus beatíficas andanzas... Sabía que su hija siempre había soñado con ser chico. Que admiraba a los hombres. A algunos hombres. Su inteligencia y su discreción. Y si algo se podía decir de su carácter era que tenía una fuerza de voluntad descomunal. Siempre estirada, bien recta, nunca se apartaba del camino que ella misma se había propuesto seguir. Decían que parecía una columna, aunque en el fondo era maleable, a pesar de que siempre hacía lo que le daba la gana.

Y orgullosa, por más que por dentro estuviera deseando doblarse. Suspirando por llegar a ser como un hombre, espiaba cada gesto y cada palabra de Jan. Semejante despropósito no llegó a conseguirlo jamás, a pesar de su fuerza de voluntad. Por otro lado, a ella siempre le gustó jugar con fuego. Te quemarás, le habría advertido su madre de haber sabido hasta qué punto era una pirómana del amor. Se quemaría, sí. Y volvería a acercar las manos. Y a meter los pies en la hoguera. A saltar de alegría en mitad de las llamas. Sin embargo, Elba y Jan, a medida que iban creciendo, comenzaron a alejarse poco a poco del tumulto que formaban los demás. De los juegos con

los que, siendo unos niños, en los primeros años, solían matar el tiempo. Como organizar entierros de hormigas, asesorados por Matabichos, al que tanto le gustaba estar con ellos y olvidar sus deberes de jardinero. Al fin y al cabo, era poco mayor. Más o menos como Jan. Y a lo largo de los años entre todos habían construido un cementerio para animales. Gorriones, moscas, lagartijas, salamanquesas, sapos, culebras, arañas. Y palomas, a las que desplumaban y trataban de zamparse las urracas.

O conejos. Y hasta alguno de los perros de Beni. Como Golfá, hija de una podenca andaluza y de un chucho de los alrededores. Tenía los ojos del color de la miel, el pelaje canela con un par de manchas blancas y un carácter que hacía honor a su nombre y a sus ansias de libertad. Había caído persiguiendo a un toro bravo que se acercó más de la cuenta a uno de sus cachorros. Y ellos, cuando la encontraron junto a una zarza, toda picada de grajos, le habían erigido un discreto mausoleo. Otros perros más pesados se paraban ante una escalera. Ella volaba. Y ante los más peligrosos, verdaderos animales de presa, se ponía en posición de caza, con lo que parecía una perdiz a punto de iniciar el baile o un vuelo acrobático, mientras los otros canes se relamían mirándola. Golfá había sido el terror del ganado lanar. Las ovejas huían al verla, corrían despavoridas hacia las rocas y acababan despeñándose. Y se habrían tirado al mar de haberlo tenido cerca. Las cabras eran más listas. Ninguna caía en sus garras, ni recurría al suicidio para escapar a su persecución. Aquella perra era la única que gozaba del privilegio de un epitafio. Unos mueren para que otros sobrevivan, escribieron con esmalte de uñas de color granate en un espejo roto.

Una frase que le habían oído musitar a Beni mientras aplastaba un erizo con su cachava de paseo, surtiéndoles así no sólo de una hermosa frase, sino también de un nuevo cadáver, al que metieron en una de las cajas de galletas que cada año le traían los Wojniakowski, porque les entusiasmaba verle

eligiendo una. Lo hacía como quien se asoma a un pozo. Apoyaba las manos en el borde de metal e inclinaba la cabeza sobre la abertura con precaución, como si temiera caerse dentro. Como si la caja no tuviera fondo. Tan sólo ellos conocían aquel camposanto, al que acudían con regularidad para mantenerlo limpio. Algunas de las sepulturas no eran más que un hueco tapado con un cristal sobre el que habían echado tierra, como las capillas que en los muros de algunas casas guardan la imagen de una virgen o de un santo. De vez en cuando apartaban la arena para observar la evolución del cadáver atrapado allí dentro, el cuerpecillo putrefacto, en el que habían practicado una suerte de momificación casera, y la descomposición de las flores con las que lo habían equipado para la vida de ultratumba. A veces también metían algún tesoro en aquellas vitrinas subterráneas.

Un collar que Kazik ganó en una caseta de tiro al blanco y que le regaló a Leonor. No se podía ir con eso colgado del cuello y por el campo. Y canicas, chapas, alguna copa rota o cualquier juguete viejo que encontraran por ahí. Allí apenas necesitaban nada. Tenían toda la naturaleza para ellos. El valle entero. Y hasta las montañas a uno y otro lado. Otras veces los chicos organizaban batallas entre las hormigas negras y las rojas, como si fueran frambuesas y moras en pie de guerra. O se perseguían los unos a los otros por entre las tumbas del cementerio del pueblo, escondiéndose más de una vez en alguno de los nichos vacíos. También entablaban combates con piedras en mitad de la cañada y contiendas de escupitajos junto al abrevadero, al que entonces no se acercaban las vacas. O en torno a un coche oxidado, sin cristales, sin ruedas. Con otros niños de las fincas de alrededor o con los que bajaban desde el pueblo para juntarse con aquella banda. Riadas de niños y niñas. Después se tumbaban a descansar en el techo y los más rápidos se sentaban al volante.

Pero Elba y Jan, desde hacía un par de años, siempre que podían se

ocultaban en algún recodo del arroyo, un canal de planchas de granito por el que se represó la escorrentía que bajaba de las montañas y que todos los años encharcaba los prados, entre los penachos blancos de las cañas medio secas y los caballitos del diablo, seres tan frágiles que parecían un cruce entre libélula y flor, escuadrones de monjas, moviendo con parsimonia las alas sobre las hierbas que salpicaba la corriente. Allí Jan cogía un palo y una cuerda y con toda la paciencia del mundo se ponía a pescar. O a hacer que pescaba. Algún día sacaré un pez de oro, decía muy serio. Y los dos se reían, porque el padre de Jan se había hecho buscador de oro, aunque apenas encontraba nada. Un pez de oro o una pepita gigante, repetía Jan. Juan y Pínchame se fueron a bañar, coreaban las otras en cuanto veían por dónde andaban ellos. Juan se ahogó. ¿Quién quedó...? Y ellos, en cuanto oían aquellas voces, salían huyendo del sonsonete y se iban a coger moras, arañándose los brazos y enganchándose el pelo en las zarzas, para comerlas solos en algún rincón. En otro escondite junto al arroyo. Un poco más allá. Se les ponían los dedos azules. Violetas.

Y se quedaban allí horas y horas. Ella, para escuchar. Él, para que le atendieran de aquel modo que sólo Elba sabía, pues lo hacía con los oídos, con los ojos y hasta con los labios. Escuchaba así no sólo a los hombres, también al agua, que bajaba de las montañas y empapaba los prados de los alrededores, donde crecían las margaritas, los zapatitos de la reina, los botones de oro y los dientes de león... Escuchaba así a los árboles, a las piedras, pero, sobre todo, a Jan. Jan, el favorito de Elba, le llamaban los demás. Porque ella siempre había trazado círculos y fronteras a su alrededor. Porque el número de los que podían cruzarlos era muy reducido. Matabichos. Golfá. Jara. Jan. Con él se olvidaba de sí misma, del mundo. Con él deponía las armas. Sus fuertes zapatos de cordones, siempre listos para arrear una patada en la espinilla al que se atreviera a meterse con su hermana o con

alguna de sus amigas. Pero hasta allí, a la orilla del riachuelo, o hasta cualquier otro sitio en el que se hubieran refugiado, no tardaban en llegar de nuevo las voces de las demás. ¡A Beni le gusta Elba! ¡A Beni le gusta Elba!, coreaban Araceli, Leonor, Jara y Elvira en cuanto se daban cuenta de que ellos dos habían vuelto a desaparecer.

Los chicos no participaban en aquellas tonterías. Ni Kazik, ni Jerzy, ni Tadeusz. Como tampoco Carlos. ¡A Beni le gusta Elba! ¡A Beni le gusta Elba! Y ella se ponía colorada en cuanto las oía gritar aquella frase, más aún si descubría que Matabichos andaba cerca. Miraba a un lado y a otro, y la silueta de Beni acababa por aparecer siempre en algún rincón. Jan se reía. Pero ella recordaba que cada mañana, cuando abría las persianas, hubiera dormido en la habitación que fuera, Benedito siempre estaba allí, a pocos metros, el antebrazo apoyado en el extremo de su largo rastrillo y la mirada fija en el hueco de la ventana. O cuando abría la del cuarto de baño. Allí estaba Beni, silbando entre dientes, con su catalejo de mentira y unos pimientos rojos o unas cebollas en la cuba de su carretilla. Le hubiera gustado preguntar a las otras si les pasaba lo mismo, pero nunca se atrevió. Y de todos modos estaba convencida de que sí, de que les ocurría también. ¿Has dormido bien, Elba?, decía Beni, en cuanto la veía aparecer en el vano. Y ella pasaba a enumerarle sus pesadillas, las plagas que cada noche la asolaban, por más que cambiara de cuarto, buscando burlar aquellas imágenes que en cuanto cerraba los ojos invadían su mente y le impedían dormir.

Las apariciones noctívagas que ella anotaba en su cuaderno y que tanto le costaba distinguir de las diurnas. Detrás de cada flor veo un tábano. En cada tronco de árbol, un hervidero de langostas. Los bichos me recorren las piernas debajo de las sábanas. Aplasto las arañas con las manos y no me atrevo a moverme, por miedo a que me suban hasta el cuello, aunque por culpa del sueño me voy relajando y poco a poco aflojo los puños, hasta que doy un

respingo en cuanto vuelvo a notar cómo unas patas peludas corretean otra vez por mis muslos. Las ranas ahí fuera me llaman sin cesar, mientras huelo cómo los incendios se comen el monte en la oscuridad y oigo cómo en los troncos revientan las bolas de resina. El sapo concho me despierta, haciendo ruido, llegó a decir en una ocasión. ¿El sapo concho?, había preguntado Beni, perplejo. Elba había corrido hasta la cocina a buscar una cuchara de madera y una cacerola. Suena así. Mira... Y se había puesto a dar golpes asomada a la ventana, apoyando los codos en el alféizar. Con crestas protuberantes sobre los ojos, el sapo concho... Pero, Elba, aquí no hay sapos de éstos, había protestado él. Aquí sólo hay ranas pasilargas.

Y sapos parteros o corredores, que copulan en los charcos... Ella había encogido los hombros, porque lo sabía muy bien, como también que en la antesala del sueño, la lógica y la geografía no tienen ningún sentido. E impasible había continuado con la enumeración de sus tormentos nocturnos. Batallones enteros de sapos cruzan la carretera, aprovechando la oscuridad. Y cuando cantan las ranas coquí tampoco puedo pegar ojo... ¿Las ranas coquí?, la había vuelto a interrumpir Beni. Y ella le explicaba que también eran anfibios de Puerto Rico, de los que le hablaba Horacio. Cada noche, en cuanto cierro los ojos, lo que debería ser hermoso se vuelve atroz. Mi madre se transforma en una fiera. Un oso polar inmenso, que con sus zarpas nos empuja, a mi hermana y a mí, hasta una cueva. Trae la bolsa de la compra vacía. Y yo me despierto sudando en el instante en que nos echa a las dos en el agua hirviendo de una olla que puso a calentar antes de salir... Sí, había dicho él. He visto su abrigo. Elba le había observado admirada. Se refería a un abrigo enorme y grueso de color blanco con el que Rita en invierno se confundía con la nieve.

Todos llevamos dentro al que abraza el árbol y al que lo corta, había sentenciado Matabichos, y Elba le había mirado sin comprender. Todo tiene

dos caras, había añadido Beni. Las ortigas, por ejemplo. Hacen que te arda la piel y por eso las llaman la hierba de los ciegos, porque hasta ellos las reconocen con sólo rozarlas, pero maceradas en agua al sol sirven para acabar con los pulgones. Y en la sopa están bien ricas... En los sueños, había sentenciado Benedito en aquella ocasión en que ella le había hablado de Rita transformada en un oso descomunal, a veces es preciso matar para encontrar la salida... ¿Qué quería decir? ¡A Beni le gusta Elba!, exclamaba su compañera de habitación en cuanto volvía del baño y descubría quién estaba debajo de la ventana. Y Elba, atemorizada, la cerraba corriendo. Sin embargo, aquellas palabras que coreaban las chicas no eran lo peor. Lo peor era que, cuando se hartaban de la frase, el estribillo se alteraba y acababa patas arriba. ¡A Elba le gusta Beni!, decían entonces. ¡A Elba le gusta Beni! Elba cerraba los párpados, los puños, apretaba los dientes.

Y cuando por fin abría los ojos, no se atrevía a mirar hacia ningún lado para comprobar si Matabichos andaba por los alrededores. Una palabra rebotaba desde hacía algún tiempo en el interior de su cabeza. La había utilizado una vecina ultracatólica de origen francés, que veraneaba con su familia en uno de los terrenos colindantes, para referirse a Beni, y todos los adultos se habían echado a reír al oírla, como se burlaban siempre de las manías de aquella mujer. Es un maldito *voyeur*, había dicho. Y el adjetivo a Elba la había hecho estremecerse, aunque el término desconocido en aquella otra lengua no lo entendía, ni se había decidido a preguntar a nadie por el significado, pero lo que esa mujer calificaba de maldito tarde o temprano debía desaparecer de la faz de la tierra. O al menos, de su entorno. Ya había logrado que trasladaran al cura del pueblo y lo enviaran lejos, sólo porque llevaba el pelo un poco largo. Que lo sustituyeran por otro, calvo y decrepito. Señora, le había dicho Horacio a aquella vecina cuando protestaba por el cura de las melenas. Señora, Jesucristo, en el que usted tanto parece creer, también llevaba el pelo

largo. Además, en las monedas aquí ahora tenemos un rey que mira hacia la izquierda...

Todos tenemos derecho a un sitio, había dicho entonces Jan. ¿Incluso los malhechores?, le había preguntado Elba. Incluso ellos... Una tarde de aquel año en el que habían acuñado las monedas con el rey mirando hacia donde no lo había hecho nunca el Caudillo, muerto hacía unos cuantos meses, cuando se encontraban los dos solos sentados a la larga mesa del comedor haciendo tareas porque se acercaba el mes de septiembre, de repente Elba cogió a Jan de la mano y lo arrastró fuera de la casa y después por el campo, a través de la cañada y por las cuestas en dirección al pueblo y desde allí, corriendo por las calles, hasta la iglesia. Vamos a explorar el territorio, susurró nada más salir al aire libre. Las palabras catedral, románico, retablo, leídas en uno de sus libros de estudio, la habían impulsado a ir en busca de los muros fríos, de piedra, de aquel edificio al que nunca se acercaban demasiado. Educada en un sano ateísmo, ella conocía la fe católica más por sus dotes observadoras que por las imitativas. La religión no era un valor común en su familia. Nadie iba a misa, nadie invocaba los mandamientos de la ley de Dios, nadie aludía tampoco a las recompensas y a los castigos del más allá. Ni siquiera las abuelas.

Por su parte, Jan vivía en un país de tradición anglicana y tampoco sabía mucho acerca de lo que allí se traían entre manos. Lo que practicaba con esmero era la duda metódica. Y así los dos desconocían la culpa, el castigo y el perdón. Por eso tenían la felicidad pintada en la cara. Una felicidad que justificaba la existencia. Era domingo y la gente del pueblo asistía a una ceremonia. Había flores por todas partes, flores pálidas. En cada rincón. Y cirios encendidos, aunque fuera el sol estaba en su apogeo. El sacerdote, vestido de blanco, verde y oro, pasó la página de un gran libro que se alzaba ante él, apoyado sobre un atril. ¡Si tu ojo te escandaliza, sácatelo y arrójalo de

ti!, exclamó en el momento en que ellos dos avanzaban hacia el fondo. Mejor es entrar con un solo ojo en el reino de Dios que tener los dos ojos y ser arrojado al fuego del infierno... Elba y Jan se sentaron en un banco de piedra, junto al muro, y observaron el entorno. Las imágenes con coronas de rayos dorados en sus nichos. Con trajes de colores vivos y caras de arrobo o de sufrimiento. Vírgenes y santos. Ángeles y arcángeles. Los cuadros tenebrosos.

Y aspiraron el olor a moho que desprendían las paredes, el de las velas encendidas y el que producía el chisporroteo cuando de pronto alguna se apagaba con una corriente de aire. Las pocas veces que había entrado allí, Elba había escuchado cosas increíbles, como que era necesario convertir las piedras en pan, cuando lo normal era que los panes se quedaran como piedras. O que era más fácil que un camello pasara por el ojo de una aguja que el que un rico entrara en el reino de los cielos. O que el tal Jesús, después de que lo crucificaran, no sólo había perdonado a los dos malhechores a los que condenaron con él, sino también a los bárbaros que les habían hecho aquello. Bienaventurados los pobres, había oído decir en otra ocasión, agazapada junto a la puerta. Y los que lloran. Y los mansos de corazón... Aquellas palabras le habían fascinado, aunque la voz... La voz no le gustaba. Ya no estaba el sacerdote del pelo largo. Pero, ¿con qué voz se podía decir aquello? ¿Acaso sólo con la del silencio? El viento, el mar, las nubes lo decían a cada paso. Si uno sabía escuchar. Con los ojos. Y algunas miradas. Algunas miradas también eran capaces de decirlo.

Hablando como cuentan los poetas que lo hacen los santos. Buscando las palabras, perdiendo las palabras. Con la voz de los árboles. Con la de las olas. Con la de las flores. O la de las nubes. Porque hasta lo que no habla dice mucho. Mucho más que quienes no paran de hacerlo. Se hizo el silencio y, al son de una campanilla, aquel sacerdote calvo y un tanto senil, que debía de hacer las delicias de la francesa, alzó una oblea blanca, redonda. A sus pies

hubo un revuelo de arrodillados. Los fieles bajaron aún más la cabeza. Tienes que hacer como los demás, susurró Elba, mirando a su amigo de reojo. Como ves, beben sangre. Y se alimentan de carne humana. Comen la carne de Cristo. Ese que está ahí en la cruz. ¡No mires! Haz como ellos. Arrodíllate... Jan obedeció divertido, poniéndose de rodillas en el suelo, junto a su amiga, que lo acababa de hacer. Después inclinó la cabeza sobre el pecho y entornó los ojos. Jesús, la noche en que iba a ser entregado, tomó el pan y dando gracias lo bendijo, lo partió y se lo dio a sus discípulos diciendo: Tomad y comed todos de él, porque éste es mi cuerpo, que será entregado por vosotros...

Del mismo modo, acabada la cena, tomó el cáliz y, dando gracias de nuevo, lo pasó a sus discípulos diciendo: Tomad y bebed todos de él, porque éste es el cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados. Haced esto en conmemoración mía... ¿Lo ves?, murmuró Elba. Ahora, aprovechando que no le miran, se lo bebe. Es un bebedizo de sangre. Una pócima. Como de magia negra. Pero no levantes la vista... Alguien se acercó hasta ellos, arrastrando los pies, y se paró justo delante. Tan sólo vieron las botas, en el suelo de barro, porque seguían sin levantar los ojos. ¿Qué hacéis aquí? Elba se limitó a chasquear la lengua. Jan siguió encogido, con la vista clavada ante él. ¿Qué hacéis de rodillas? Y tú, Jan, ¿por qué bajas los ojos? ¿Acaso cuando una gallina pone un huevo miras a otro lado? Elba y Jan levantaron la cabeza al tiempo. Quien así les hablaba, quien se había acercado hasta allí, arrastrando los pies, con aquellas botas llenas de arañazos que eran como un documento de identidad, era Beni, Benedito, el mismísimo Matabichos, que enseguida añadió: Tened los ojos siempre bien abiertos...

Y levantando el índice de la mano derecha señaló los suyos, primero el uno y después el otro, abriéndolos cuanto era capaz. Venga, prosiguió. ¿Por qué no vais a tomar un baño? Hace calor y acabo de cambiar el agua de la pileta...

Alrededor muchos se habían vuelto para fisgar y bisbiseaban entre sí. No les quedó más remedio que seguir el consejo de Matabichos y salir de allí a toda prisa, la misma con la que recorrieron el camino de vuelta, cuesta abajo, a través de la cañada y después entre las fincas de los vecinos. El agua estaba clara, transparente, aunque otra vez se había llenado de notonectas y zapateros que disfrutaban a sus anchas de aquella novedad, nadando unos a espalda y los otros utilizando sus largas patas como si fueran remos, igual que antes lo habían hecho entre la porquería que iba cayendo de los árboles. Envuelta en el silencio de las últimas horas de la tarde, la pileta estaba a pocos pasos de la roca en la que el año anterior habían visto a un burro gris y a un gallo del color del fuego, el uno encima del otro. Rodeados de zarzas que al final del verano se llenaban de moras con las que se hacía una mermelada oscura, muy líquida.

Sobre aquel promontorio cubierto de musgos y líquenes, unos de un verde pálido y un gris blanquecino, otros ocres y anaranjados, mullidos en invierno y en aquella época del año resecos, parecían atrapados. ¿Has estado alguna vez en Bremen?, le había preguntado Elba a Jan, que nada más verlos se había referido a la famosa escalera de animales, mientras entre la maleza buscaba al gato y al perro que faltaban para completar el grupo. No, pero sé que en una de sus plazas hay un monumento con los cuatro animales encaramados los unos sobre los otros y que, según una leyenda, para volver allí o para pedir un deseo y que se cumpla hay que tocar una de las patas delanteras del burro... Se habían mirado sin decir nada más y de pronto habían echado a correr hacia la roca, para rozar también ellos una de las patas del burro, con la esperanza de poder regresar siempre que quisieran a aquel lugar y verse en aquel mundo en el que parecía que el tiempo no contaba, sin reparar entonces en que los animales del cuento no consiguieron llegar nunca a Bremen. Al burro y al gallo

los había sacado de allí Golfá, con sus ladridos, muy tiesa, tratando de no pincharse el hocico.

Siempre tan convincente. Tan bullanguera. Y ellos cada vez que pasaban por allí miraban hacia el peñasco, aunque jamás se volvió a repetir aquel prodigio incompleto. Nunca tampoco volverían a ver a Golfá, sus ojos del color de la miel, el pelaje canela salpicado con un par de manchas blancas, una en la cara, en torno a los ojos, y otra en la punta del rabo, que, como un banderín, casi siempre enhiesto, indicaba por dónde andaba aquella revoltosa. Y es que el acto de mirar no da vida al objeto con el que soñamos, como tampoco el apartar la vista de una cosa la hace desaparecer. Elba y Jan volvieron la cabeza. Nada. Ningún animal se movía por allí. Sólo los árboles al fondo decían adiós. Unos chopos cabeceando. No se oía más que el sonido de las hojas empujadas por un viento caliente, uno de esos vientos de última hora de una tarde estival que, parecidos al oleaje de un incendio, al crepitar del agua, atenúan los extremos. Sin decir una palabra, se acercaron a la pileta y despacio se fueron quitando la poca ropa que llevaban encima. Juan y Pínchame se fueron a pescar, se oyó a lo lejos. Eran las voces de Leonor y de Jara. Juan se ahogó...

Elba estuvo a punto de volverse, para comprobar de dónde venían aquellas palabras, pero lo pensó mejor y siguió avanzando en pos de su amigo, a una distancia prudencial, aunque preparada para coger carrerilla. Le gustaba verle de espaldas. La figura esbelta. Los hombros anchos. El cabello negro revuelto. Las piernas como columnas de fuego. Y con la imaginación le cubrió de caricias. De todos los besos que le daba cada día sin llegar a dárselos jamás. Por primera vez, Jan se detuvo en el borde, en lugar de lanzarse al agua sin pensarlo. Tal vez percibiera su mirada, porque se volvió con una extraña expresión en los ojos, una mezcla de tristeza y ternura. Elba dio un par de pasos más. Él se acercó, la cogió de una mano, la atrajo hacia sí y por primera

vez la besó en los labios. Y cuando ella, al cabo de unos segundos, en los que pareció que se había sumergido en un lago de montaña, abrió los ojos, de un verde enmarañado, Jan, mirándola desde arriba y abrasándola por dentro, susurró: Es como besar el bosque. Nunca más volveré a apartar la vista... Y la apretó contra su cuerpo. Olía a manzana de rosa. A ella se le empañó la mirada.

Algo en su interior le dijo que aquél iba a ser uno de los últimos veranos, pero recordó que el año anterior los dos habían tocado al mismo tiempo la pata del burro gris, de modo que, aunque algún día se separaran, acabarían por encontrarse. Allí o en cualquier otro lugar. Jan la estrechó aún más entre sus brazos, hundiendo la cara entre sus cabellos, pero Elba notó unos ojos clavados en su piel, una mirada que subía despacio por sus pantorrillas, por sus corvas, que se demoraba unos instantes un poco más arriba para trepar después por su espalda, como un rastrillo que, arrastrado por la tierra, recorre las pequeñas hondonadas y los resaltes que forman los terrones, arañando toda la superficie que encuentra a su paso. O unos anteojos, que en la distancia pueden detenerse a placer allí donde les viene en gana. No se volvió. Bueno, ¿qué?, refunfuñó al oído de Jan. ¿Tomamos ese baño o no? Hace tanto calor... Y se sintió como un hombre. Lo había conseguido. Con toda la naturalidad de sus quince años había logrado mostrar esa distancia que a los ojos de las mujeres hace a los hombres tan distraídos y apetecibles. Jan sonrió y, dándose la vuelta, echó a correr y se tiró de cabeza al agua.

Flop. Flop. El príncipe azul atravesó la pileta buceando y enseguida reapareció en el otro extremo. De sobra sabía él que el calor no era más que una excusa. A pocos pasos de allí una silueta, agazapada tras un árbol, se estiró sobre las puntas de los pies. Elba comprendió de pronto lo que significaba la palabra *voyeur*. Los mirones son antropófagos, pensó. Como los fieles en la iglesia. Ahora verás, susurró entre dientes. Abre bien los ojos. Te

toca a ti abrirlos... Y, dándose la vuelta y poniéndose en jarras, fulminó al que desde hacía un rato se la comía con la mirada desde su observatorio. Lo bonito para ti, declaró entonces. Porque éste es mi cuerpo... Beni bajó la vista y pareció fundirse con la pala, con el tronco, desvanecerse en el aire soleado. Todos tenemos derecho a un sitio, recordó Elba. Y una vez más se giró, echó a correr y, dando un brinco, también ella desapareció en el agua, donde se descompuso en mil reflejos. Azules, verdes, del color del tabaco y de la miel. Maldita golfa, oyó a sus espaldas. Y los toros en los prados mugieron en celo.

Padre nuestro

Podía pasar horas cavilando, mirando al infinito, sin que le molestara que los demás estuvieran delante, que a su alrededor hablaran y hablaran sin parar. A menudo dibujaba o tomaba apuntes, no sólo para proyectar ingenios que hicieran la vida de los demás más fácil y hasta acogedora, también porque le gustaba diseñar artilugios con los que entretener a los niños que siempre se arremolinaban a su alrededor, y lo hacía cogiendo el rotulador o el lápiz como si fuera un cálamo, con naturalidad y reverencia a un tiempo, con mucha calma y al mismo tiempo sin dramatismo ni pomposidad alguna. Andaba a una velocidad de crucero, ni de prisa ni despacio, pero si uno se fijaba en sus movimientos enseguida le llamaba la atención un detalle en su manera de avanzar, y es que podía parecer que cojeaba un poco, aunque no tenía defecto alguno, ni físico ni espiritual, al menos no a simple vista, pues era tan reservado que hubiera sido difícil saber lo que de verdad pensaba, perdido casi siempre en interminables reflexiones. Aquella cojera fabulosa quizá no fuera más que un reflejo de su profunda timidez, de su modestia. También leía sin ansia, como si tuviera toda la vida por delante o le bastara con un solo libro.

Elba lleva un buen rato ensimismada, abismada en su memoria, recordando gestos, bromas y algunas de las frases célebres de su padre. Cuando Horacio lograba leer toda una página de un libro que un rato antes había dejado caer al suelo, pues, al tener la vista ya un poco cansada, no podía leerlo de cerca,

alzaba los ojos y en su expresión se podía adivinar que estaba pidiendo a gritos, sin hacer aspaviento alguno y ni siquiera mover los labios, que alguien le pasara la página para poder recorrer la siguiente, contagiado de la indolencia abrumadora de uno de sus personajes favoritos, el héroe ruso Oblómov, el campeón de los perezosos, un genio en el arte de la holgazanería, capaz de soñar y soñar despierto y de olvidarse hasta de vivir. En lugar de sedentario, explicaba Horacio sonriendo con los ojos, con las cejas, arrugando la frente, hay que ser sedimentario. Que te lleve el curso del río y te deje donde quiera... Es un héroe del sentido del humor, piensa Elba. De la paciencia. De la falta de ambición. Desconoce el precio de los filetes, de la ropa, de los coches. Para él la felicidad no se encuentra en los objetos.

A la hora del desayuno solía quedarse absorto, contemplando la mesa que Rita disponía como para un banquete de novios. Con los manteles que ella misma había bordado de joven, cubiertos de cigüeñas en plena migración, que unas veces volaban hacia el norte y otras hacia el sur, aunque siempre entre las cuatro paredes del comedor o, como mucho, dentro de los límites de la terraza, fronteras invisibles que aquellas aves de hilo blanco jamás se atrevieron a rebasar. O de uvas en sazón, con las puntadas garnachas bien prietas. O de limones, su carne y sus hojas hechas de minúsculos retales amarillos y verdes. Horacio miraba estupefacto las tazas, la jarra del café, las flores en un bote de cristal, la fuente con los churros. Y cuando en una ocasión Jara le había preguntado si acaso pretendía que se los aplastaran contra la montaña de azúcar y se los alcanzaran hasta el plato, para ahorrarle tan tediosa faena, con una de sus sonrisas oscuras y a la vez resplandecientes había contestado: No, muchas gracias, lo que necesito es que alguien los coma por mí...

Durante las vacaciones, cuando a lo largo de un mes abandonaban el campo para irse a la costa, podía permanecer también horas y horas oteando el paisaje, los acantilados azotados por el viento y el mar, los montes envueltos

en la bruma de la niebla matinal que poco a poco bajaba hacia los prados, las puestas de sol, a la espera del famoso rayo verde o de una extraña luz violeta que a veces, muy raras veces, parecía teñir el mundo entero justo antes de que oscureciera. Como también esos anchos círculos de plata que se forman en la superficie negra y rizada del agua cuando el mar está tranquilo, mientras el cielo aparece cubierto de nubes oscuras y los rayos del sol se cuelan entre los cúmulos, esos círculos refulgentes que según algunos son las almas de los que se han ahogado en el litoral a lo largo de los años. Y las tormentas, que al atardecer dejaban regueros de plomo líquido en los cristales. O mirándose los pies, como una gaviota cuando agacha la cabeza y parece que se examina los chanclos, hasta que de pronto una gota de agua salada le cae desde la punta del pico. O acechando el paso aburrido de los caracoles, con sus caparazones del color del azafrán.

Pero, sobre todo, Horacio se dedicaba a observar el vuelo de las gaviotas, tan feroces a la hora de comer. El de los cormoranes, que, cuando no aleteaban a ras de agua, se paraban en las rocas con las alas abiertas, extendidas, para secarlas al viento, como si fueran espantapájaros. El de los cuervos, con sus descensos suicidas y acrobacias, entre gritos y siempre en pareja. O se quedaba en una silla, en silencio, fisgando la vida lenta de las vacas. La de las garcillas con manchas de color café con leche en la pechera, que parecían restos de serie del Pleistoceno y jugaban a hacer el trabajo de los picabueyes. La vida breve y frenética de las moscas. Hasta su mujer, Rita, por lo general tan laboriosa, se había llegado a contagiar una temporada, durante la lectura de aquel libro, de la inactividad y apatía del personaje y, en lugar de preparar el desayuno como hasta entonces cada mañana, nada más levantarse se había dedicado a leer, arrebujada bajo una manta, ante el asombro y la alarma de los demás, que veían amenazada su primera comida del día.

Horacio era daltónico y estaba convencido de que su mujer cuando salía al

jardín o andaban por el campo se vestía siempre de rojo para que él no supiera dónde estaba, porque entre las plantas la perdía de vista. Otros padres por entonces no bromeaban de aquel modo. Con suerte, se dedicaban a imitar al cuco. O a perseguir a sus hijos zapatilla en mano dando voces y no precisamente de alegría. El suyo, para colmo, era un nuevo Salomón. Siempre acababa por encontrar algún remedio a cualquier problema que se le planteara. Una solución a menudo radical, muchas veces práctica. Y otras, tan sólo teórica, como el problema mismo. En una ocasión, con un corrillo de mujeres sentadas a la mesa hablando como cotorras acerca de la obesidad, de lo importante que era mantener la figura por respeto a sus parejas, como llegó a afirmar una, Horacio, que no había dicho nada durante un buen rato, de pronto había sonreído y a su alrededor se había hecho el silencio. Lo mejor sería pegar en el espejo una imagen de cuando teníamos veinte años, había sugerido entonces, y mirarnos de vez en cuando en el espejismo...

Rita, Jara y Elba atraviesan ahora un largo pasillo, arrastrando los pies y con la mirada baja. Los hombros, caídos. Las manos, sueltas, columpiándose en el aire. A un lado, se acumula toda una hilera de camas destartaladas junto a aparatos con carteles escritos de cualquier forma: Sala de pintar, No funciona, Fuera de servicio... Al otro, ven una serie de puertas cerradas también provistas de letreros, aunque en este caso bien rotulados: Lóbulo 1, Lóbulo 2, Lóbulo 3... Así, hasta diez. Y junto a cada puerta, un nuevo pasillo aún más estrecho que se pierde en un recodo. Rozando las paredes frías, revestidas con diminutos azulejos de color blanco, entran en el que les corresponde, el que les ha indicado una enfermera antes de que ellas se aventuraran por ahí. Apenas cabe una persona por uno de esos cortos laberintos, diez infiernos blancos dispuestos en paralelo, y al llegar al fondo se detienen ante el único hueco abierto en esa angosta galería. Lóbulo 10, cama C. No es más que un ventanuco de un palmo de ancho por unos tres de altura, cubierto con un visillo

que sólo por una esquina permite adivinar la agitación que en ese momento se produce al otro lado del cristal.

Hace apenas un cuarto de hora que el doctor ha esbozado una sonrisa victoriosa, mientras enumeraba todo lo que le había tenido que extirpar al paciente. Un riñón, el uréter, una pequeña parte de la vejiga. Un éxito... Rita le había dirigido una de sus miradas retadoras. De ave rapaz. Carnicero gordinflón, había murmurado. Jara le había dado un codazo, directo a las costillas, pero ella había seguido adelante. Carnicero gordinflón, pulcro y pequeño, en día de matanza y desolladura, inventariando con orgullo un menú compuesto por las piezas que ha conseguido extraer de las reses recibidas esta misma mañana. Vaca, ternera, cerdo. Chicha, crioja, magro... Mamá, calla, por favor, habían protestado las dos, pero ni su madre ni el médico se habían inmutado. Él debía de estar acostumbrado a las protestas de los familiares angustiados, aunque no a aquel lenguaje. La bata estaba impoluta, excepto por unas pequeñísimas manchas en un costado. De un sospechoso color rosa. Arbolillos de sangre, había pensado Elba, mientras su madre terminaba su letanía: El pulso del matarife sin duda alguna es perfecto...

El bisturí se había movido en la cabeza de Elba y probablemente también en las de Jara y Rita, cortando con frialdad y precisión una glándula roja y grasienta en forma de habichuela, veintisiete centímetros de fibra muscular y parte de ese órgano membranoso tan elástico que es capaz de contener hasta un litro y medio de líquido. ¿Por qué no abren? ¿Por qué mantienen el ventanuco cerrado si nos han dicho que podíamos verle, que estaba bien?, pregunta ahora Rita, y en sus ojos el agua está revuelta. El mar de fondo hace rato que ha aflorado a su mirada. Hay cada vez más olas sobre sus pupilas azules y frías. ¿Por qué mantienen el ventanuco cerrado si nos han dicho que está bien? Que la operación ha sido un éxito... Sal y pregunta, sugieren Jara y Elba al tiempo, pero lo hacen las tres, las dos hermanas, de diecinueve y veinte años, y la

madre. Tres orugas en procesión. Con el corazón casi en la boca vuelven a atravesar el laberinto. Esas modernas y saneadas catacumbas. La puerta del lóbulo 10, justo a la salida del pasadizo que le corresponde, también está cerrada. Como el ventanuco en el otro extremo. Con los nudillos, Rita da un par de golpecitos en la madera pintada de blanco.

Elba y Jara se cuelgan de sus brazos, a la altura del codo. Y al cabo de unos segundos se abre una rendija, por la que se escurre una joven vestida de blanco. En esta ocasión la bata está impecable, aunque la expresión del rostro de la desconocida no augura nada bueno. ¿Qué ocurre? La doctora titubea. Casi parece que fuera tartamuda. Incapaz de hablar. Y ellas tres aprovechan para atisbar por la hendidura de la puerta. No les bastan las palabras. Quieren verle. Aunque no dicen nada. Pero estiran el cuello, la barbilla, los talones, los ojos, hasta que consiguen vislumbrar el camastro, al fondo, junto a una pared. Y unas manos, sus manos, las de su padre, las de su marido, crispadas, contraídas, trazando figuras incomprensibles, un baile de articulaciones engarabitadas. Como si estuviera ensayando para un teatro de sombras. Como cuando Elba y Jara eran pequeñas. Juegos para los niños antes de que se vayan a dormir. Aunque ven su boca entreabierta, buscando el aire. Su cuerpo retorciéndose sobre la cama. Un gusano indefenso rodeado de máquinas llenas de tubos. ¿Qué ocurre? La glotis. Un espasmo...

¿Acaso esta mujer sólo es capaz de escupir fragmentos de frases, palabras sueltas?, espeta Rita, con los ojos clavados en los de la doctora. Las palabras, cobardes, huidizas, se escurren. De los labios de la joven. No sólo de los oídos de la madre, también de los de las hermanas. Sienten que las rodillas se les doblan, que se les vacían las venas, cuando de pronto la joven de la bata blanca toma aire y parece coger impulso para pronunciar toda una frase. Tendrá que permanecer en observación... Y al cabo de unos segundos incluso añade otra, más concisa, con menos palabras, sin verbo: Con respiración

asistida... Y a continuación varias preguntas: ¿Padece asma? ¿Es alérgico? No, contestan. Una vez más, las tres al tiempo. Calma, concluye enseguida la joven. Hay que esperar... Y ellas de nuevo avanzan por el pasillo, en dirección contraria y con la cabeza gacha. Seis pies cubiertos por una gasilla de color verde. Esos capullos de seda que envuelven sus zapatos. Sobre la ropa llevan unas batas del mismo material, translúcido, anudadas por detrás. Una triste procesión de insectos que avanza hacia la sala de espera. Con la efigie del paciente incrustada en el alma. Un doloroso pendón.

Tres langostas desoladas deslizándose por el suelo liso, resbaladizo, que se va oscureciendo a su paso. Entre dos camas inservibles abandonadas en el pasillo, una mujer con el cabello revuelto llora en silencio. Una araña peluda, disponiéndose a tender allí mismo los hilos de su tela para poder agarrarse a algo. Ellas esbozan una sonrisa, tratando de mostrar su desconuelo ante una desconocida en parecida situación, pero a sus labios no aflora más que un rictus. Y en la sala general se dejan caer en un sofá. El plástico resopla bajo sus cuerpos. Con un leve restallido. Ellas intentan sonreír, darse ánimos. Hay que esperar, repite Rita con los ojos muy abiertos. Como los de un búho del Ártico en mitad de la noche. Un gran búho blanco. Nival. ¿A qué?, pregunta Elba, que teme que la infinita molicie, la pereza de su héroe, no innata, sino fingida, fruto de su talante festivo y generoso, le lleve a dejarse morir. Pero no, está luchando. ¿Por qué si no esos movimientos, sobre la cama? Si hubiera claudicado, parecería un faraón egipcio en el interior de su hipogeo, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Hace unos días ha visto temblar los dedos de su padre. Como las últimas hojas de un árbol en otoño. Entonces sintió deseos de decirle lo mucho que, bueno, no se atrevió. Nunca te hemos dicho lo mucho que... Las tres. Jara y yo. También mamá. Tu carácter introvertido, nuestra incapacidad para expresar afecto. Somos tan reservados, que nos hemos querido siempre en

silencio. Con ese silencio que de pronto un día nos damos cuenta de lo mucho que duele. Yo admiro tus palabras, aun siendo tan pocas. Tu sentido del humor. Nunca nos levantaste la voz, menos aún la mano. Y cada día, en cada ocasión, nos has dejado escoger... Y su mirada. Esa mirada negra que, sin embargo, siempre ha hecho que las aguas, cuando se desbordaban, volvieran a su cauce. Que la vida diera menos miedo. Esa manera de mirar que, al parecer, tienen algunos científicos y filósofos, quienes por medio de la razón tratan de penetrar la oscuridad que nos rodea, era también la de su padre. Había miradas tuyas que nunca olvidaría. Y ademanes, casi imperceptibles, como una pequeñísima caricia hecha con la punta del dedo índice en la cintura de Elba. Por la espalda.

Un par de años atrás, en un funeral, en el que acompañaban a sus amigos, a Leonor, a Araceli, a Elvira y a Carlos, que acababan de perder a su padre, ahogado en el mar. Aquello había acabado de golpe y para siempre con todo un mundo. El de los veraneos en aquel lugar en el que parecía que el tiempo no contaba. Todos juntos. Había sido el fin de una época. Desde entonces todo parecía haberse derrumbado. Desde entonces tampoco había vuelto a ver a Jan, su amigo de la infancia. De la adolescencia. De los primeros años de la juventud. Su amigo de no hacía tantos años. ¡La glotis! Elba se sobresalta al recordar esa palabra empleada por la doctora hace tan sólo unos instantes y una luz se abre camino en su mente. Poco a poco. Una idea. Un pensamiento que le revuelve las tripas. Algo que ha hecho hace poco más de un mes crece y crece en su interior y amenaza con estallar. Algo que en un principio había considerado tan sólo como un juego, un desahogo pueril al que no había dado mayor importancia, pero ahora una punzada de angustia en su conciencia la hace estremecerse. El sueño había sido el origen de todo. Un barrio de calles y tugurios cubiertos de polvo y de basura.

Y en una de aquellas chabolas, el círculo de los conjurados. Vuelve a ver

los movimientos bruscos, espasmódicos, frenéticos. A percibir el olor ácido y denso de los cuerpos bamboleándose hacia un lado y otro. El sudor espeso recorriendo la carne. Y una vez más oye los ritmos antillanos que obligaban a los congregados a girar y girar, enloquecidos. Y vuelve a ver también la hoja del cuchillo manchada de sangre, pasando de mano en mano. Los tambores y marimbas aún resuenan en su cabeza. Danzas desenfrenadas y coros de una monotonía salvaje entre paredes iluminadas por trémulas reverberaciones. Se había despertado empapada en sudor, aunque pocos días después ella misma había decidido practicar la magia negra. Fuera del sueño. La aguja de coser vuelve a brillar ante sus ojos. La aguja de coser con la que había pinchado aquella imagen. La había atravesado. Con las pupilas veladas, susurrando una fórmula que nunca lograría comprender. *Ezili kalikae elu, ala loa ki red. Ezili madé kabri dé pié, katé pum para pu ba li.* Aquello sonaba como las canciones absurdas del trópico americano. De Cuba. De Puerto Rico. *Manguanguay de la vida culinay, que manguanguay, macacafú...*

Una fórmula propiciatoria, un sortilegio que había encontrado en un libro. Tal vez fuera aquel libro el que le había provocado el sueño. Aquel grimorio maldito, salido de no se sabe qué círculo del infierno. Elba tan sólo había intuido el significado de dos palabras en toda aquella invocación: *dé pié*. Un bípedo, una víctima humana. ¿O una gallina? Y, repitiéndola, le había atravesado el cuello a aquella mujer de papel. Había sentido un alivio desconocido en el momento de clavar la aguja, dejando marcada para siempre la brillante superficie. Un pequeñísimo agujero por el que ahora se escapa la vida. Otra vida. Y no la que ella hubiera querido truncar. Vuelve a sentir por unos instantes el hilo entre los dedos, la hebra de color rojo con la que había cosido también su falda, la falda en la que, huyendo de la candomblé de su sueño, se había hecho un desgarrón. Un desgarrón que pocos días después apareció en el mismo lugar, en la falda roja, mientras caminaba por una calle

de su ciudad, a plena luz del día, sin que se enganchara con nada. Como si un espectro surgido de su sueño se la hubiera rasgado. En un absurdo acto de justicia onírica. La realidad adaptándose al sueño, y no al revés.

El desgarrón había crecido con saña. Largo y con un nudo, el hilo rojo quedó atrapado en el interior del álbum familiar, colgando de aquella aguja que ella utilizara, no sólo para coser la realidad y el sueño en la tela de color rojo, también para atravesar aquel gaznate. Y allí estarían aún, el hilo y la aguja, el hombre y la mujer, aplastados entre cartulinas, bajo las tapas negras. Tengo sueños que me predicen el porvenir, que me advierten de peligros, que me hacen comprender de pronto cosas extrañas, se dice Elba, pero lo hace en voz alta. Jara la mira sin comprender. También Rita. El pensamiento mítico se contagia, más que el racional, continúa ella, ya para sus adentros. Siendo una adolescente había llegado a creer que sus ojos podían cambiar de color con sólo mirar durante un buen rato la carrocería de un coche negro con cuya imagen había forrado un libro. ¿Acaso en su familia imperaba la ley racial? Una ley racial al revés. Distorsionada. Distinta a la de casi todo el mundo. Su padre era oscuro. De piel. También el cabello y los ojos los tenía renegridos. ¿Había querido tener la mirada de su padre?

Por entonces ella estudiaba de pie, con el libro desplegado sobre el mueble de la cocina, y en una ocasión, al levantar una pierna para descansar un poco, como un flamenco en mitad de una salina, sin darse cuenta había encendido con la rodilla una de las placas y el automóvil estacionado en la cubierta se había derretido sobre la chapa del electrodoméstico, extendiéndose como un lago de aguas negras, calientes. Aquello era lo único que había cambiado de color. La magia simpática también entonces había errado el blanco. Como todo en la vida, se dice Elba, que ahora levanta las manos hasta la altura de los ojos y contempla las palmas, con los dedos muy abiertos. La aguja al final se ha vuelto contra todos ellos, los cuatro, contra su madre, contra su hermana,

contra ella y, sobre todo, contra su padre, porque justo debajo de la fotografía de aquella mujer, en la otra cara, debía de haber una de él. Una fotografía de Horacio. Sí, de su padre. De nuestro padre, piensa, volviéndose hacia Jara. El hombre al que ella, sin querer, ha puesto en trance de muerte. Dos gargantas atravesadas por la misma aguja. No tienes derecho a llorar y, sin embargo, ya estás lloriqueando más que nadie, más que ellas, que no saben lo que has hecho.

Salir corriendo hacia su casa. Sacar la aguja de allí. Cuanto antes. Arrojarla a la basura. Pisarla. Comérsela. Pero, ¿cómo marcharse de allí en un momento como ése? ¿Cómo explicar a las otras dos lo que de pronto tiene que hacer con tanta urgencia? Que se acaba de dar cuenta de que se ha dejado el horno encendido... ¿Un grifo abierto? No. No puede irse de ahí. O tal vez fuera mejor ponerse a dar gritos: ¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego! Conseguir que todos los que están en la sala salgan despavoridos y en el tumulto, una vez en la calle, echar ella a correr hacia su casa. Se está quedando helada. Una extraña comezón como de escarcha se apodera de cada centímetro de su cuerpo, avanzando desde los dedos de los pies. Siente que unos parásitos, insaciables, se agarran con fuerza a todos sus miembros. Que se vuelve pesada, muy pesada. ¿Acaso la magia funciona? Sacrificando gallos, palomas y corderos, clavando hierros en una lengua de ternera, enorme, ¿se consigue que un deseo se convierta en realidad? ¿Que la realidad sea siempre tal y como nosotros deseamos? ¿Que lo que no nos gusta desaparezca para siempre?

Y se vuelve para mirar a Rita y a su hermana. Lo había hecho por ella. Sí. Por ella. Por su madre. Y también por Jara. No. Lo he hecho por mí, se dice. ¿Y ahora qué hago? ¿Colgar tapices blancos y poner plantas verdes en torno a la cama del enfermo para conjurar el peligro? ¿Encender una vela a un santo? ¿A cuál? ¿Qué santo sería capaz de aplacar el poder, la sed de aquellos genios vengativos engendrados por los dioses del continente más oscuro de la tierra?

Quien haga uangas, caprelatas, vaudaux, compedre, macandele u otros sortilegios será castigado... Un sudor frío poco a poco le recorre el rostro, el cuello, el escote, las costillas, bajando hasta el ombligo. Entre las tres han ido zurciendo la inquina, en silencio, dando puntada tras puntada, tratando de disimular el agujero que un buen día se abriera en sus almas. Esa mujer ha intentado robarles. Arrebatárles lo que ellas más quieren. Elba ha deseado su muerte. ¿Lo habrán hecho también las otras dos? Y se vuelve otra vez para mirar a Rita y a Jara. Imposible saberlo. En este mundo unos se dedican a hilar, mientras otros se limitan a devanar la madeja. Tienen dedos hábiles. De hilar y de anudar y de tejer entienden. Sólo algunos, muy pocos, saben cortar.

Pero no se puede defender lo que uno quiere como si fuera un pedazo de carne muerta, con uñas y dientes. Todo lo haces mal, se recrimina, y se da un golpe en el pecho. Siente que tiene plomo en los pulmones. Jara y Rita ahora la miran, asombradas. O lo dejas sin terminar, prosigue Elba. Para sus adentros. Tú misma vas en pos de tus propios sentimientos cuchillo en ristre... A menudo la invade una sensación de asco, un asco físico frente a cualquier persona. Frente a sus ademanes, su olor, sus ruidos. Esos sonidos constantes que, a veces casi imperceptibles, emite el ser humano, hasta en reposo. Hipos, ronquidos, el gorgoteo de las flemas. O el de los mocos, en el interior de los laberintos nasales, camino del cerebro, cada día más turbio, más espeso y a la vez vacío. También babas, esputos, escupitajos. Cada una de las glándulas sebáceas de los rostros que encuentra a su alrededor, sigue pensando, mientras se vuelve para observar a los desconocidos que llenan en esos instantes la sala. Cada una de las glándulas parece rebosar sin freno. Como tiembla la pelusilla blanca que los cubre. Su mirada de miope parece un microscopio de aumento. Un telescopio milimétrico.

No puede acercarse a nadie, porque enseguida la embarga una sensación de repugnancia. También hacia sí misma. Cuando ve brillar todos y cada uno de

los poros de su piel, si, inadvertida, se demora más de la cuenta ante un espejo. Cuando imagina la cantidad de células muertas y de pelos que caen alrededor de cada ser humano. Inactivo o en movimiento. O las voces que dan. Su amor al ruido. Constante. Su miedo al silencio. ¿Es que no puede usted apagar ese transistor?, grita ella ahora, clavando los ojos en un hombre encogido sobre un aparato de radio que mantiene pegado a su oído izquierdo y que le devuelve una mirada de rabia. No, señorita, contesta. Acaban de entrar en el Congreso. No lo pienso hacer... Elba, haz tú un esfuerzo, sugiere Rita, intentando calmarla. Recuerda algo o piensa en algo que te ayude a alejarte de aquí... Su hija obedece, cierra los párpados, respira hondo y al cabo de unos instantes se ve rodeada por cuatro jóvenes vestidos con hábitos de alguna orden religiosa para ella desconocida. Grises, bajo sus barbas largas y oscuras. Están sentados en los escalones del pórtico de la iglesia de Santa Cecilia, entre inscripciones en latín y lápidas antiguas.

Los rosarios de madera, del mismo color que las sandalias de cuero, cuelgan de sus manos. Siempre ha soñado con estar allí. En Roma. En todos los lugares de los que le hablaba Jan. En Nápoles. En Florencia. En Marsella. En Bremen. En Moscú. En San Petersburgo. Los lugares con los que soñaba él. Y ahora, con los ojos cerrados, sueña que está sentada a las puertas de la basílica, junto a él. Las gaviotas chillan en el patio, sobre la fuente, a la entrada del templo, y las palomas zurean o vuelan muy rápido, batiendo un ala contra otra, como si fueran palmas. Están los dos allí fuera, sentados en el suelo de piedra fría, esperando a que abran el portón para entrar a ver la figura de mármol de la santa, tumbada bajo el altar en la misma postura en la que la habían encontrado en unas catacumbas. Tras intentar escaldarla, sin éxito, la habían degollado. Una melodía brotó del cielo durante el suplicio. Elba apoya la espalda en el pecho de Jan. Él la rodea con sus brazos. Fuertes. Huele a árbol. Cuando de pronto la ve. Por fin. La puerta está entornada. Y la

santa tendida de lado con la cabeza cubierta por un trapo y vuelta del revés, escondiendo la mirada, intentando sustraerse a la de sus torturadores.

Una sirena varada en la orilla del martirio. Sin rostro. El corte en el cuello. El cuerpo ligeramente encogido. Los brazos estirados ante ella, en un gesto de triste abandono. Las manos desmadejadas, caídas, como alas rotas. Una mostrando tres dedos. Y la otra, uno. Tal vez quiso decir algo. Con los dedos. Tal vez también su padre. Pedir perdón. O darlo. Y vuelve a ver la aguja, la garganta de Horacio, las manos contraídas. No se ha alejado de allí más que unos instantes. Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa, repite, apretándose el pecho con ambas manos. ¿Qué hago? Si yo no rezo jamás. No lo he hecho nunca... Jara y su madre se vuelven una vez más hacia ella, alertadas por los temblores que parecen recorrer todo su cuerpo, por los golpes de esa penitencia a la que tampoco ellas están acostumbradas. Las manos de Elba ahora resbalan y se detienen en su regazo, con las palmas hacia arriba. Por mi culpa, por mi culpa... ¿Es arrepentimiento? ¿O miedo frente a lo que podría interpretarse como una represalia divina? ¿De qué dios? Si ella no cree en ninguno... ¿Cómo erigirse en juez de quien causa un mal cuando nadie puede estar seguro de no provocarlo?

¿Notarían su hermana y su madre cómo con frecuencia vigilaba cada uno de sus movimientos, sus carraspeos, sus toses? Vuelve el rostro y de nuevo las observa. No sólo a ellas, también una vez más a los familiares de los otros pacientes, que esperan como ellas alguna noticia sobre la intervención a la que han sometido o están sometiendo a alguno de sus parientes. El veredicto. O una absolución. Y otra vez se abandona al asco, dejando que le asalte la náusea, toda la porquería del ser humano que ella adivina a su alrededor a la menor ojeada. Escarificaciones, pelos que asoman por los orificios de la nariz, comedones, unas encías inflamadas, el sarro entre los dientes, medio cubiertos por ese verdín que se agarra a las superficies duras como si quisiera

formar parte de ellas para siempre. O los cañones de una barba mal afeitada, rígida y blanca en las puntas de las cerdas. Y tantas emanaciones dudosas. Pensar en un simple roce le produce escalofríos. A veces hasta cree oír las cataratas de sangre circulando por las venas, los remolinos que se forman cuando llega al interior de cada uno de los órganos. Rita y Jara la observan. Y parece que mueven los labios.

¿Estarán rezando? Imposible. No saben hacerlo. O sí. Tal vez sí que sepan. Como ella misma. Sin saber. Tal vez si, en lugar de desclavarla, dejara la aguja en aquella otra garganta, aunque sacándola del álbum y escondiéndola donde nadie pudiera encontrarla jamás, de modo que no atravesara también la de su padre. No. No. Tienes que sacar la aguja. ¿Cómo podía haber sido tan imbécil? Porque la garganta de su padre debía de estar justo debajo. En la página siguiente... Yo sé el uso más secreto que tiene un viejo alfiler oxidado, recita, recordando un poema. Y sé del horror de unos ojos despiertos sobre la superficie concreta del plato... Tiene la sensación de que la sangre se le escurre por las venas, de que la cabeza se le nubla, de que se le reblandece hasta la médula. Qué absurdo. El vudú. La magia negra. Querer vengarse por control remoto. Sin dar la cara. Como creer que sólo por mirar atentamente una cosa, un árbol, un bosque entero de eucaliptus, un edificio de veinte plantas o una estación de tren enorme, ese objetivo que pretendemos destruir pudiera prender minutos después o al cabo de unas horas y desaparecer para siempre bajo el fuego. Como si los ojos, algunos ojos, tuvieran poderes sobrenaturales.

¿Y si es un castigo para él y tú no tienes culpa de nada? Tú le ves perfecto, pero tal vez no lo sea. Sin duda no lo es. Aún así, le quieres. Mucho. Muchísimo. Con sus fallos. Con sus sombras. Tan imperceptibles para ti como esa especie de cojera inexistente con la que camina un poco más despacio que la mayoría. Intentas hacer una broma. Tal y como haría él. Lo tienes

sublimizado. Es lo que dice Rita de la merluza del mercado de Maravillas y vosotros os reís como locos. ¿Quién aseguró que los hijos cargan con las culpas de los padres? Ahora son los padres quienes cargan con las de los hijos. Un doloroso nudo en la memoria se deshace. No, Elba. Tal vez no sea así. ¿No ha hecho él algo que habría podido llevar a todo esto? Si es verdad que la culpa nos persigue y nos castiga... Un escarceo. Un coqueteo. Pero eso no es un crimen. Eso no le convierte en un delincuente. ¿Y ella? De ella no quieres ni hablar, aunque también a ella la quieres, la querías, pero os ha intentado robar. Lo que más queréis. Jara dice que es una culebra. Una lagarta. Pero Jara repite lo que le oye decir a Rita. Lo que más duele y pesa no suele salir nunca a la superficie. O lo hace sólo un instante. Y vuelve a desaparecer de inmediato. Se queda siempre en el fondo.

Elba siente un escalofrío. En la nuca. Sus manos, tal vez en busca de algo a lo que aferrarse, llegan hasta el cuello, pero no encuentran nada allí. Ni una triste medallita con la efigie de algún santo o el bajorrelieve de una virgen a la que implorar. ¿Cómo iba a haber allí algo semejante, si no tiene creencias? Si nunca las ha tenido. Sin embargo, cierra los ojos e inicia una muda plegaria con la cabeza vencida hacia atrás y los labios entreabiertos, sin darse cuenta de lo que hace. Padre nuestro, que estás... Siente la lengua gorda, pegada al paladar. Rita le acaba de poner la mano en la frente para tomarle la temperatura. ¿Te encuentras bien, Elba? También Jara le acaricia una mano. ¿Familiares de Horacio Ochoteco?, prorrumpe una voz desde la puerta. Tras la enfermera, aparece la bata del doctor. Con las mismas manchas rosadas. Jara y su madre se enderezan a toda velocidad en el asiento, aunque no les da tiempo a levantarse, como si ya no tuvieran fuerzas. Está fuera de peligro... Aliviadas, una vez más se vuelven las dos hacia Elba. Con la cabeza hacia atrás, como si se la hubieran cortado y no fuera capaz de sujetarla, ya no mira a nadie.

De nuevo las gaviotas chillan en el patio, sobre la fuente. Y las palomas entre los muros de la iglesia de Santa Cecilia en el Trastevere zurean y revolotean muy rápido, batiendo un ala contra otra, cuando de pronto una melodía surge del cielo. *Quien haga uangas, caprelatas, vaudaux, compedre, macandele... será castigado.* Elba sigue sin moverse. Un buitre traza círculos concéntricos, cada vez más amplios, cada vez más altos, en su interior. ¿Y si fuera todo un sueño que nunca se fuera a acabar?, se pregunta. Jan, ¿dónde demonios estás? *Manguanguay de la vida culinay, que manguanguay, macacafú...* ¿Elba? ¡Elba, despierta!, exclaman su madre y su hermana, mientras la cogen cada una de un brazo y la sacuden al tiempo. ¿Qué te pasa? Está mejor. Está fuera de peligro... Han entrado en el Congreso, vuelve a decir en ese instante el hombre del transistor. ¡Un grupo de guardias civiles armados! En plena votación de investidura... A su alrededor se hace el silencio. Con la mirada rota, Rita suelta el brazo de Elba y levanta una mano para llevársela hasta la frente, pero no es capaz de completar el gesto. Está tiesa. Y parece que el cuerpo se le hubiese llenado de miles de agujeros sin fondo.

Mamá, piensa Elba, mirándola a los ojos y aún con la boca abierta, aunque sin atreverse a decir nada. Mamá, ¿has perdonado? Si no perdonamos... Varias personas en la sala levantan también la mano derecha para llevársela a la frente. Después rozan con la punta del dedo índice un punto cualquiera en su escote, bajo el cuello, y a continuación los hombros. Ellos sí que saben hacerlo. En el nombre del padre...

Soldado ruso

¿Qué diablos es eso? El coronel, que paseaba de un lado a otro con las manos a la espalda, levantó el brazo y, en el revuelo de medallas e insignias que adornaban su uniforme, señaló un artilugio aparcado junto a uno de los muros del edificio de Capitanía, una silla plegable, en cuyo asiento, lijado cuidadosamente e incluso lustrado y protegido con varias capas de barniz, habían practicado un agujero de veinticinco centímetros de fondo por unos veinte de anchura. Unida al respaldo por una complicada urdimbre de alambres, una sombrilla roja se alzaba sobre el asiento, mientras una cortina de rayas de colores vivos cubría parte de las patas. ¿Qué diablos es eso?, repitió el superior. Un retrete portátil, mi coronel, contestó, no sin orgullo, el cadete que le acompañaba. Y, chocando los calcañares, se cuadró, con lo que el caucho de sus botas rechinó sobre el cemento. Venían de una jura de bandera y en su interior aún resonaban las palabras del Himno de Infantería: De amor patrio henchido el corazón, entonemos el himno sacrosanto del deber, de la patria y del honor... ¿Se puede saber quién lo ha hecho? El pintor, mi coronel...

¿El pintor?, gritó el oficial. Y las condecoraciones, con las que parecía un mercachifle con todos sus enseres auestas, relumbraron al sol. Sí, mi coronel... ¡Que venga ahora mismo!, ordenó el otro. El cadete volvió a erguirse y a colocar los pies en escuadra y, tras llevarse de nuevo la mano a la sien, se alejó en busca del soldado al que a menudo se referían de ese modo.

Apenas nadie era capaz de pronunciar su apellido, por lo que le llamaban así, el pintor. Y también porque lo era. Había estudiado primero la carrera de Biología y después la de Bellas Artes. Y desde hacía un tiempo se dedicaba a eso, a pintar, una ocupación con la que a los demás les parecía no difícil, sino imposible, ganarse la vida. El pintor. Aquello era como no tener nombre. Ser un soldado más raso que cualquier otro, algo que a él no le importaba. Más aún, le daba seguridad. No ser nadie implicaba la posibilidad de serlo todo. Y él además jugaba al despiste. Unos días se hacía llamar Piotr. Otros Kazimierz. Y otros Jacek. Y con todos esos nombres, él escribía cartas. A su amiga de otros tiempos. Cartas en las que le contaba todo lo que ocurría allí. Una cada día.

Y cada una de ellas, con una firma diferente. Más de trescientas. Soldado ruso, le decían también, para esquivar su nombre, aunque él era de origen polaco. Su padre, un buscador de oro siempre al borde de la ruina, era oriundo de una ciudad de nombre también impronunciable, un puerto en la desembocadura del Odra, frente al Báltico. Su madre, en cambio, era de origen español, y él mismo había nacido en Madrid, aunque había estado a punto de hacerlo en Huelva, adonde sus padres se trasladaron a vivir una temporada, antes de establecerse en Londres. A sus compañeros aquel embrollo geográfico les resultaba incomprensible y decidieron que toda la extravagancia que emanaba de su compañero sólo podía proceder de las estepas de Rusia. Sin duda imaginaban que los inviernos gélidos propios de esas remotas extensiones semidesérticas habían afectado a sus gestos, a su manera de hablar, dándole aquella vivacidad que incluso en Andalucía llamaba la atención. El cadete volvió a presentarse ante el coronel. Tras él, venía el soldado sin nombre. A ver, soldado, ¿a usted qué le pasa?, preguntó el superior señalando el retrete portátil. ¿Acaso no le gustan nuestras letrinas?

Ludwik pensaba que era mejor alejarse con su invento en busca de un lugar

apartado. No era el único. ¿Me prestas la silla?, le preguntaban una y otra vez los demás soldados. Y él no se la negaba a nadie, aunque algunos la dejaban llena de manchas. En las letrinas hay que hacerlo a pulso, mi coronel, contestó Semjon y, apoyando las palmas de las dos manos en ambas caderas, hizo ademán de subirse los pantalones, aunque no se le caían. En lugar de hacer el saludo reglamentario, llevándose la mano derecha estirada hacia la sien al tiempo que chocaba los talones, Vladímir solía repetir aquel gesto y parecía que, más descuadrado que ningún otro, trataba de recomponerse. Nadie hubiera podido imaginar la confianza con la que habría de moverse en el ejército alguien como él, que siempre había echado pestes contra aquel monumento viviente a la tiranía. Tal vez los hipnotizara. Tanto a los oficiales como a los demás reclutas. Tal vez les produjera una suerte de infección mental. A menudo estallaban en carcajadas o se les saltaban las lágrimas de risa al oír lo que decía o al ver lo que hacía.

Y así, se puede decir que Stepán, que pronto iba a dejar el campamento, había pasado por él como un pastor por el bosque tocando el caramillo. Así puedo disfrutar del aire libre, se atrevió a añadir Yuri al tiempo que contemplaba su obra. Y hasta llevarme un libro... El coronel no daba crédito a sus oídos, aunque su rostro permaneció como una piedra, sin más expresión que el temblor, casi imperceptible, de un par de músculos en la mandíbula, cada vez más apretada. Un hombre cultivado, se limitó a murmurar y miró de arriba abajo a aquel sujeto tan poco común. Yegor había cumplido ya los veintiocho. Era el niño más viejo del regimiento. Todo en usted es *extremista*, prosiguió el coronel. Debe de ser todo un espectáculo verle utilizando su invento en mitad del campo, añadió sin dejar de admirar el artificio. Un heroico artillero con su carro de combate en el fragor de la batalla. ¿Lo ha patentado usted? En aquellos irónicos circunloquios se olía el peligro. No auguraban nada bueno, por lo que el cadete, que observaba la escena con los

cinco sentidos y en posición de firmes, miró al ruso de reojo. Józef reconoció que no era mala idea y confesó que había mucha demanda. En especial, a ciertas horas de la mañana y de la tarde.

Hágame el favor, soldado, enséñeme sus pinturas, sugirió el coronel, sin perder ni un ápice de su acostumbrada rigidez. Parecía tener el cuerpo de hierro, rebosante de metralla. A la orden, mi coronel, contestó Kirill y, dándose media vuelta, guió a su superior hasta el almacén en el que cada día los soldados clasificaban los frutos que habían recogido. Unas caballerizas algo mohosas en las que ya no se guarecían los animales, porque aquél era un cuartel de infantería. Allí Karol guardaba sus pinturas y el material que había ido acumulando desde que comenzara su instrucción. El coronel, husmeando el aire, se detuvo en la entrada. Olía a aguarrás, a aceite de linaza y a trementina. Tubos espachurrados, varios frascos llenos de pinceles, un par de paletas manchadas con todos los tonos imaginables, además de unos cuantos rollos de papel higiénico y un montón de trapos sucios se apilaban en un rincón, tras unos tableros de madera apoyados sobre caballetes y totalmente cubiertos de caquis ordenados por colores. Los más maduros en los dos primeros. Los más verdes, al fondo.

La verdad es que la pintura moderna está al alcance de cualquier niño, se mofó el coronel y, en voz baja, añadió: Se puede decir que no es más que una mierda... Será mejor que no opine sobre lo que no entiende, gruñó Stanislaw. El cadete esta vez encogió el cuello, esperando sin duda una andanada de insultos, pero el coronel, haciendo caso omiso del atrevimiento de Panteleimon, le invitó a seguir adelante: Continúe, soldado... Antip entretanto descorrió una cortina. Sus cuadros colgaban del techo con largas cuerdas, formando lo que parecía la tramoya de una escenografía teatral, un entramado de nubes llenas de imágenes. ¡Pero si son lápidas!, exclamó el superior. Sí, mi coronel. Rincones de un cementerio ruso en el que nunca he estado... Nikolái

pintaba con jugo de remolacha, con tinta de calamar, con azafrán. Es verdad que lo que está bien dibujado se puede pintar con mierda, reconoció Radoslaw. Al parecer, lo había dicho uno de los grandes. Un francés. Tal vez Delacroix. ¿O había sido Goya? Dadme un cubo de mierda y os pintaré un paisaje... Slawomir hablaba y hablaba, gesticulando y moviéndose entre sus lienzos.

Un baile de muecas y frases en el que todos aquellos nombres bajo los que se ocultaba el suyo, todos aquellos personajes que se movían en su interior y bajo cuyas advocaciones él escribía cartas y más cartas, entablaron un diálogo frenético. Ese bastidor roto es mi *alter ego*, dijo uno. Y enseguida otros dos se enzarzaron en una discusión tan absurda que al coronel debió de parecerle que era como escuchar a un ladrillo charlando con un cepillo de dientes. Ninguno parecía entender al otro. Y como Nikodim tenía nombres y nombres, al igual que los protagonistas de esos libros rusos de mil páginas que aparecen con uno distinto casi en cada párrafo, cuando no en cada frase, era difícil hacerle callar. Los nombres del más raso de los rusos se enredaban entre sí, mientras Andrzej tiraba de las cuerdas, con lo que se producían mágicas transformaciones en el aire, en la parte alta del almacén, y sus cuadros parecían cobrar vida. Es usted un loco genial, murmuró el oficial con el cuello doblado. Soy sin duda muchas cosas, respondió el ruso. Y ninguna... Así fue cómo Aksel se hizo también con el favor del coronel, un hombre serio, impaciente, poco amigo de gastar palabras. Como se había hecho ya con el de todo el ejército.

Se huele el desierto. Se huele la sed, había dicho Leónidas nada más llegar al campamento, en cuanto se bajó del camión en el que les habían trasladado hasta allí, tras un largo transporte a oscuras, bajo la gruesa lona que cubría la parte trasera, apretujado entre sus compañeros, doce horas seguidas de pie, a merced de los bandazos que daba el vehículo por la carretera y después por

aquel terreno inhóspito, de pie con una bolsita en la que guardaba una muda, varios pinceles, una paleta llena de manchas de colores y unos cuantos tubos de pintura, un pequeño botín que luego iría ampliando durante los permisos, además de unas cuantas fotografías de un cementerio de Moscú. Se huele el desierto. Se huele la sed, había dicho nada más bajarse, a pesar de que el campamento estaba rodeado por un vergel, obra de los muchos soldados que habían hecho la instrucción en esa plaza, trabajando la tierra, plantando árboles frutales que poco a poco habían ido sustituyendo a las fantasmales pitas y a las chumberas cubiertas de polvo propias de la región. Aquellas dos frases habían corrido de una punta a otra. Que presintiera el desierto nada más bajarse del camión, bien, pero, ¿la sed y la pobreza en la que aún vivían las gentes del lugar?

Así se había ganado el respeto de todos. Intuían en él una fuerza que, sospechaban, debía de ejercer una atracción irresistible sobre las mujeres. Y en eso, Szymon siempre andaba a la busca de un filón, de alguna pepita de oro, con la esperanza de tener algún día mayor fortuna que su padre. Es conocido el extremo idealismo de los rusos, y aunque Maxim sólo era medio polaco, aquel rasgo bastante común entre los habitantes del país vecino al de origen de su padre no sólo no le faltaba, sino que en él era incluso más acusado. Pero para encontrar una ganga, una sola partícula de oro, hay que haber cribado antes todo el terreno. Un buen bateador lo que necesita es mucha paciencia. Allí, en el cuartel, todo parecía organizado, pero no lo estaba en absoluto, una manera estupenda de hacerlo, en un lugar en el que no había más remedio que aceptar cada orden, por estúpida que fuera. Disparen hacia allí, había gritado el comandante una mañana durante las prácticas de tiro. Hacia allí... Y con el brazo extendido había señalado un punto en el horizonte. A Marruecos. Al Gurugú. A los moros... El ruso había apoyado el arma en el suelo, se había

vuelto a colocar los pantalones y le había dicho: ¿Y eso a usted le satisface especialmente?

El comandante le había dedicado una mirada de desafío, sin soltar una sola palabra, perplejo ante el tono tranquilo del soldado, aunque enseguida su rostro había adquirido una expresión diferente, casi de alegría, una alegría cínica, como si no hubiera oído nada, como si tan sólo hubiera oído el vuelo de un mosquito a su alrededor. Disparen hacia allí. A Marruecos, había vuelto a exclamar entonces, y después, cada vez que hacían prácticas de tiro, mirando de reojo al ruso, con un placer malsano. ¡Disparen! ¡A los moros! Sin embargo, aquella farsa no era un juego. En aquella extensión vastísima, en aquel campamento de intervención directa, en el que los quintos serían los primeros en ir al frente si había una guerra, las garitas de guardia estaban muy alejadas unas de otras, sobre todo cuando la oscuridad caía de golpe, como sólo lo hace en los trópicos y en los parajes desérticos. En el tiempo que el ruso llevaba allí encerrado, dos jóvenes de menos de veinte años se habían pegado un tiro en mitad de la noche. Dos muchachos que no habían tenido siquiera la oportunidad de intentar buscar algo hermoso y justo.

Y ya había terminado su esperanza. Para siempre. Habían regresado a casa antes de tiempo. En un tren de mercancías. Después habían sido los dibujos. Al principio, en cuanto los demás vieron a Ruslán garabatear en un cuaderno, habían pensado que lo que hacía era escribir, escribir cartas, cosa que también hacía, sin parar, pero pronto se dieron cuenta de que otras veces tomaba apuntes del natural, es decir, que pintaba, mientras que otras inventaba máquinas complicadas como aquella del retrete portátil, y enseguida todos quisieron que les hiciera algún retrato. Soldados rasos y oficiales. Le entregaban fotografías de sus novias, de sus mujeres, y él, por la noche, con una linterna en una mano y el lápiz en la otra, reproducía aquellos rostros desconocidos para él. Y se quedaban estupefactos, porque el boceto se parecía

al original más aún que la fotografía que ellos le habían dado. Como si las conociera. De toda la vida. Aunque a veces el dibujo no guardaba el más mínimo parecido con el modelo que le habían entregado. Y en esos casos siempre pintaba el mismo perfil. El de una chica muy joven, casi una niña. Con el cuello inclinado, como si escuchara con mucha atención.

En cuanto Waleri se daba cuenta de lo que había hecho, como en trance, escondía el apunte en un bolsillo y volvía a empezar. A toda velocidad trazaba entonces la silueta de la mujer que aparecía en la foto que le habían entregado. Le daba sombras, encarnadura, la retocaba, hasta que el propietario, impaciente, se la quitaba de las manos. ¿Cómo lo hace? ¿Acaso las ha visto?, se preguntaban todos y cada uno de ellos. Parece conocerlas mejor que nosotros... El comandante se había enojado. Decían que era muy celoso. Que su mujer, mucho más joven, le era infiel. Con alguno de los reclutas. Historias apócrifas, aseguraba Arkasha. Tal vez el comandante pensara que el ruso la veía a escondidas y que por eso su retrato le había salido tan condenadamente realista. ¿Cómo lo hacía? Dejándoles hablar, a todos, como habría hecho con cada una de haber estado ellas allí, con él. O hablando y hablando, en una maniobra envolvente, con la que les sacaba sus secretos, una estratagema con la que hubiera podido observar a sus anchas a las novias y a las mujeres de todos ellos, y tal vez hasta enamorarlas. Buscaba a su amiga en todas las demás. Y no la encontraba. Huía de ella. En las demás.

Así era como conseguía también los permisos de fin de semana, con los que se marchaba a la ciudad, donde iba a pasear por la playa y a contemplar la espuma de las olas, la arena blanca y los barcos que cortaban la línea del horizonte. O entre la ropa tendida, para estudiar las sombras que se proyectaban en los muros. Y las formas que adivinaba en los mordiscos que el aire y la lluvia daban a la pintura. Añil, rosa, ocre, verde limón. Batallones de peces, retenes de algas, tropas de caballitos de mar. Allí recordaba aquel beso

que le había sabido a bosque. Y desde allí también escribía cartas. A Elba. Me siento como un reloj roto, le decía. No soy el mismo de antes... ¿A ti qué demonios te pasa? ¿Es que acaso te transformas cuando te ponen una estrella?, le había gritado en otra ocasión a un alférez que maltrataba a sus compañeros porque no sabían llevar el paso. Eran hombres que ni siquiera habían tenido la oportunidad de hacer gimnasia en la escuela. A los demás reclutas se les había erizado la piel y habían encogido la cerviz, pensando en la andanada de golpes e improperios que se le vendría encima al ruso, pero lo sorprendente era que solía salir siempre indemne de aquellas escaramuzas.

Y, sobre todo, lograba que los superiores se olvidaran de ellos, de los demás soldados sin graduación. Tenía la bula del licenciado, del universitario, del que sabe hablar y consigue que le respeten. A veces unas cuantas palabras bien dichas, sin vacilar, son capaces de reducir a un sargento, a un alférez. Tal vez incluso a un coronel. De seducir a una mujer. O a todas. Tan sólo había otros dos hombres con estudios en todo el campamento, un médico y un veterinario, pero ellos estaban entre los mandos y se cuidaban de mantener las distancias. Puede retirarse, soldado, dijo por fin el coronel. Abram salió del almacén y se marchó hacia el edificio de Capitanía, temiendo lo que le esperaba allí. Cada mañana el comandante, nada más llegar, se acercaba a Wojciech. Óyeme, cosssaco, ordenaba con voz sinuosa y el cuerpo arrugado por los efectos del alcohol que ingería a primeras horas. Sin duda necesitaba vaciar una botella en cuanto se levantaba, para enfrentarse a otro día. Quiero que pintess aquí el dissstintivo del cuerpo de artilleross... Y con un dedo churretososo se ponía a dar golpecitos en el cristal de una de las ventanas del edificio de los oficiales.

Grande y fuerte como un paquidermo, donde plantaba la mano dejaba una mancha de grasa. El aceite del desayuno, tanto si tomaba churros, como si le servían tostadas, pan con tomate o manteca colorada, parecía rezumar por

cada poro de su piel y se quedaba pegado en el vidrio, para después escurrirse lentamente ventana abajo. Y el cristal protestaba, chirriando bajo la presión de las yemas de aquellos dedos enormes. Cada mañana, nada más despertar, el comandante se ahogaba en alcohol y se olvidaba de todo. Tal vez hasta de que el día anterior había dado la misma orden. De que la obra por alguna extraña razón no sólo no avanzaba, sino que incluso desaparecía por la noche. Un auténtico misterio. Porque Boleslaw, Witold o como diablos se llamara el soldado pintor en aquel momento le obedecía, no cabía duda. Arkadi, bien lo sabía él por haberlo observado, se ponía de inmediato a trabajar con los pinceles. Trazaba primero el rombo en el cristal que le habían señalado y después pintaba con todo detalle la bomba, la mecha y hasta la llama que haría estallar el artefacto. Casi parecía que el proyectil silbaba por el aire, a punto de alcanzar su objetivo.

El comandante en persona vigilaba el proceso, al menos en sus inicios, pues por las tardes, poco después de comer, se marchaba, no sin antes pasar revista a las dependencias en las que se almacenaban los caquis, para no volver más que a primeras horas de la mañana siguiente. No había mucho que hacer en el campamento. Coger la ropa en Capitanía, lavar la ropa, tender la ropa junto a una pared encalada, batida por el sol, sobre la que se proyectaban las siluetas de las sábanas, de los calzoncillos, de los pantalones, siluetas que se movían con la brisa y que fascinaban a Ígor, siempre en busca de superposiciones, siempre observando cómo los calcetines jugaban a darse patadas unos a otros o las camisetas de manga larga y las camisas de color caqui se cogían de las manos para dar un paseo al viento. Y horas después, vuelta a empezar. Descolgar la ropa, recoger la ropa, llevarla a Capitanía. Y al día siguiente, lo mismo. Coger la ropa en Capitanía, lavar la ropa, tender la ropa, descolgarla, recogerla y llevarla al edificio de los oficiales. Y estaban también los caquis. Otra misión que los mantenía ocupados casi todo el día.

En aquella tierra arisca, huraña, tenían que cuidarlos con mucho esmero, regarlos, fumigarlos, protegerlos con pequeñas bolsas, recogerlos, limpiarlos, colocarlos en largas mesas, a cubierto, clasificándolos por tamaño y grado de sazón, esperar a que terminaran de madurar, montar guardia para que no los robaran, y al final llevarlos a Capitanía, donde desaparecían sin dejar rastro. Los mandos se los comían. Con sus mujeres e hijos. Alguien podría preguntarse qué hacían unos soldados del ejército español clasificando caquis en Almería. La extravagancia era resultado de los caprichos del anterior coronel, que había querido que se plantara allí una buena cantidad de ejemplares de aquella especie de árboles originaria de Japón, de hoja caduca y fruto anaranjado, del tamaño de un tomate. Janusz los había pintado recién florecidos. Al poco de llegar él. Tenían unas flores de un blanco verdoso. Sólo más tarde, cuando empezaron a dar frutos, se convirtieron en una pesadilla para ellos. El comandante cada día, antes de abandonar el cuartel, se acercaba al almacén a preguntar por los caquis. Pedía los más maduros, para llevarse un saco a casa.

Pero en el ejército el responsable de todo es el soldado raso. El último eslabón es el que siempre tiene la culpa, aunque no haya hecho nada, nada más que obedecer las órdenes de su inmediato superior, al que no puede enfrentarse, por más que sus órdenes estén en contradicción con las de los mandos más altos. Ya en una ocasión a Borís le habían puesto una pistola en la frente porque faltaban varios kilos de caquis, de modo que, a partir de entonces, cuando, de guardia en el almacén, veía que se acercaba el comandante, buscaba algún caqui que, teniendo buen aspecto, aún estuviera verde. Al comandante, al probarlo, se le encogía el rostro. Están todos por el estilo, mi comandante, afirmaba Roman, subiéndose los pantalones. Y aquel día el oficial se iba con el saco vacío. Cada tarde también, justo después de comer y de que el comandante se hubiera marchado, el coronel entraba en el

edificio de Capitanía, veía el distintivo de artilleros en el cristal y mandaba llamar al soldado pintor. ¿Quién le ha ordenado pintar esa bomba? El comandante, mi coronel, decía Yevgueni, apoyando las dos manos en las caderas y empujándose los pantalones hacia arriba.

Pues a borrarla... A sus órdenes, mi coronel. Y el ruso de los mil nombres, con un mohín de amargura en los labios, se iba a buscar una cuchilla y raspaba con paciencia el rombo, la bomba, la mecha y las llamaradas de fuego que por enésima vez había estado pintando aquella misma mañana. Al día siguiente el comandante veía el cristal vacío y, sin mostrar el más mínimo asombro, como si allí nunca hubiera habido nada, como si él no hubiera dado ya aquella orden, volvía a mandarle que pintara el distintivo del cuerpo al que pertenecía. Óyeme, cosssaco. Quiero que pintesss nuesstro emblema en esste cristal, decía, golpeándolo con el dedo cubierto de grasa. Walentin una vez más se ponía manos a la obra sin protestar, con aquel gesto de triste sensualidad en los labios, hasta que por la tarde el coronel volvía a pasar por allí. Haga el favor de borrar esa pintura, soldado, decía. Y Mieszko, subiéndose los pantalones con ambas manos, obedecía al instante. Así se desarrollaba la particular batalla que día tras día se libraba en aquel cristal.

Una batalla sin gloria. Como la de la ropa. Como la de los caquis, a los que Aleksandr más de una vez, aprovechando la sinrazón del ejército, había arrestado, con la excusa de que se habían tirado al suelo, para así defenderlos frente a la avidez del comandante. En el reino del absurdo, había pensado, tal vez lo más lógico sea comportarse de manera irracional. Sin embargo, la mayor parte de la tarde los soldados la dedicaban a jugar a las cartas, al ping-pong, a charlar, a dormir la siesta, a ver la televisión o a soñar en voz alta. Sólo el pintor entre los soldados sin graduación leía. No soy nada. No soy casi nada, leía el ruso sin nombre. No soy prácticamente nada. Pero al mismo tiempo soy alguien. Dentro de mí nadan miles de peces inocentes o

perversos... Y levantaba la vista de las páginas que, mecanografiadas, le había enviado un amigo poeta, un largo diálogo en prosa que estaba escribiendo. Acerca de un hombre echado en la cama de su habitación junto al cuerpo inerte de su compañera y consumido por los peces que habitaban su estómago. Un soldado. Ruso. Como él.

También el falso ruso soñaba. Con el mar. Con aquella inmensidad que le ayudaba a creer que el mundo algún día podía llegar a ser de otra manera. Con lugares a los que no había vuelto desde hacía años y con otros en los que no había estado nunca. Rincones de su patria fabulosa. Como el cementerio Novodévichi en Moscú. Cada noche Ardalion se acercaba al estanque, en el que se reflejaban las cúpulas de oro del convento, la fachada y los muros de colores, atravesaba el alto portón rojo, la verja bajo el arco, y caminaba sobre la nieve, entre los árboles desnudos. Tanto a la luz del sol como de la luna y las estrellas, Wiktor se perdía entre las tumbas, tratando de descifrar las leyendas en cirílico, en busca de nuevos nombres con los que escapar del absurdo de aquella vida. Y se topaba con la de Gógol. Con la de Bulgákov. Con la de Chéjov. Y en cuanto veía las de los combatientes, llenas de tanques y cañones, Mijail se daba la vuelta. Y por las tardes Wissarion leía a Gógol, a Bulgákov, a Chéjov, buscando más nombres bajo los que poder sentirse el más raso de todos los rusos. El más ruso de todos los soldados rasos. Nombres con los que escribir a Elba. Y nombres de mujer. Aglaia. Irina. Liudmila. Nombres con los que olvidar a Elba.

Saber leer y escribir era un atributo raro entre aquellos hombres, un talento tan poco común que bastaba para entrar a formar parte del cuerpo de mandos, aunque a Anatoli no le había supuesto más privilegio que el de leer en voz alta las cartas que recibían los demás y que ellos mismos eran incapaces de entender. Iwan no estaba hecho para mandar. Ya que no soy libre, decía cuando le preguntaban por qué no hacía valer sus derechos para subir en el escalafón,

quiero vivir como los demás... Y le miraban sin comprender, convencidos de que estaba loco, como cuando le hacían quedarse a trabajar en un despacho y Ieronim, aburrido, se dejaba caer despacio sobre su botella de agua, colocada estratégicamente en el suelo junto a su silla. He perdido el equilibrio, murmuraba. Muy en su línea, cosaco, protestaba el comandante. Haga el favor de sentarse como es debido y de poner el matasellos derecho, gritaba el superior, tras echar un vistazo a los documentos que se amontonaban sobre la mesa del ruso, feliz con su identidad de hombre aventurero, pues el de los cosacos es un pueblo nómada, imprevisible y caprichoso, amante de la libertad.

El águila está torcida. El escudo de España tiene que estar en su sitio, volvía a protestar el comandante. Practique, soldado. Practique en una hoja en blanco... Y le obligaba a imprimir cientos de veces el escudo del Estado español con una precisión milimétrica, llegando a medir él mismo con una regla y un porta-ángulos la exactitud de la estampación. Ya lo decía Einstein, pensaba Matvéi. Sólo hay dos cosas infinitas. El universo, sobre cuya infinitud él aún abrigaba ciertas dudas, y la estupidez, sobre la que a Samuil no le cabía ninguna en absoluto. Como me leas algo que no pone ahí, te rompo las narices, le había amenazado en una ocasión un caballista andaluz altísimo, mientras golpeaba la carta de su novia con el dedo índice. Y Tytus, pues aquélla era la invocación bajo la que se ocultaba el polaco en el momento en que el amante de los caballos había aparecido ante él con una carta alarmanamente breve de su amada, había desplegado la hoja de papel en la que se arracimaban unas cuantas líneas y se había puesto a leer, no sin mirar de vez en cuando al destinatario, que le escuchaba con atención. Todo su cuerpo estaba pendiente de su voz.

Yákov había pensado entonces en todo lo que le estaba vedado a aquel hombre por no saber leer. Los pollos, las paellas, las tazas de café humeantes

y los picatostes pintados en los ventanales de los bares eran para quienes, como aquel recluta, no sabían leer. Había sentido una compasión inmensa y se había propuesto enseñarle. A leer. Y a escribir. Al caballista, cuando el ruso terminó de leer la carta, dos lagrimones se le habían escurrido mejilla abajo. A la tristeza frente a una despedida que aseguraba que era para siempre, se unía la humillación de que aquellas palabras no hubieran sido únicamente para él, pues en su vanidad un tanto irreflexiva había querido que no sólo Mitrofan, sino también otros muchos escucharan lo que su novia había querido decirle. Podía haberle roto las narices al ruso, haciendo creer a todo el mundo que en aquella carta no ponía nada de lo que había leído Fiódor. Pero no lo hizo. Sin embargo, Yefrem cumplió un deseo. En unos meses enseñó a leer al jinete profesional. Y a escribir. No era raro que todos le respetaran, porque tenía estudios, porque conocía las estrellas, cada una por su nombre. Las flores. Los árboles. Y cada piedra.

Conocía el campo mejor que muchos de ellos. Cada animal, del tamaño que fuera. A Ósip la soledad de aquel hombre, llorando como un niño por un contratiempo como aquél, le hizo sentir aún más la suya. Y otro propósito anidó desde aquel día en su interior. Volver a aquel mundo de la infancia en el que el tiempo no contaba. ¿Por qué le parecía tan luminoso? Era la promesa, pensaba. La promesa de la vida. Y miles de peces nadaban desde entonces en su interior. Volvería a ver a Elba. Y ahora, cada vez que redactaba una carta para otro, se equivocaba, hablando de cabellos rubios y ojos verdes. De su manera de escucharle. Y cuando leía en voz alta aquellas líneas, los reclutas protestaban: No. No. Es morena. Y tiene los ojos negros... Y al ver las páginas, con aquellos signos misteriosos, que no entendían, pensaban que tal vez las escribiera en ruso, a pesar de que Stenka utilizaba una caligrafía distinta para cada uno de ellos, según fuera su personalidad. ¿Por qué no vas a

buscarla?, decían. Fue hace mucho. Un día hizo algo insólito. Y fue como si hubiéramos tropezado. Yo caí hacia el Este y ella hacia el Oeste...

También ellos, los demás reclutas, casi todos hombres del campo, contaban con el respeto de Spirid. Hombres curtidos, pero de buen corazón, a los que el ruso siempre defendía frente a la arbitrariedad de los mandos. No tratéis así a la gente. Con severidad, con rigor, de acuerdo, pero no a golpes, le había dicho el primer día al comandante después de que propinara un puñetazo en el pecho a un recluta por no saber cómo se cogía el fusil. ¿Cuáles son las virtudes de un soldado?, le había gritado en otra ocasión el comandante. No las conozco. Me las están enseñando aquí... Ésa había sido la respuesta de Yeliséi. Ah, bueno, bueno. Usted es licenciado, ¿verdad? Oleg se había quedado sorprendido. Sabes leer y escribir, y sólo por eso te respetan. Y él leía y leía. Lo que nadie se molestaba en leer. El cabo, inmediato superior del soldado o marinero, se hará querer y respetar por él, decía, por ejemplo, uno de los artículos del Código Militar. Desde el camino que conducía al edificio de Capitanía, Boroskov vio llegar al comandante, que, más bebido que de costumbre y arrastrando los pies, se detuvo frente al cristal en el que no perdía la esperanza de encontrar alguna vez el distintivo que había encargado el día anterior.

Tambaleante, el oficial levantó la mirada y comprobó que una vez más seguía sin haber allí rastro alguno de la bomba de artilleros. Y, dando una patada en el suelo, mandó llamar al soldado pintor. Vodka se llevó las manos a las caderas para colocarse los pantalones y se acercó tranquilamente, cuando de pronto el oficial se le vino encima. Rugiendo una ristra de palabras ininteligibles y echando espumarajos por la boca, agarró a Sobieski por el cuello y empezó a apretar con ambas manos, sin duda tratando de estrangularle, aunque por la expresión de su rostro parecía que quisiera sacarle todo el líquido que pudiera tener dentro. ¿Había cambiado Iganoff de

sexo? ¿Por qué el comandante se agarraba a él como si fuera una mujer o una enorme petaca rebosante de alcohol de cincuenta y seis grados? Aquí, pensó confundido Smirnoff mientras caía al suelo bajo el peso de aquel mastodonte de impulsos incontrolables, ¿quién es el ruso? Sin duda la bebida hace perder la cabeza a los hombres. ¿O la pierden antes y por eso se emborrachan? ¿Qué hacer? ¿Sortearlo jugando, como quien bromea frente a los obstáculos con los que se topa en el camino? Se estaba quedando sin aire.

El coronel acertó a pasar por allí y se detuvo para observar la ofensiva. ¡Pelea! ¡Pelea!, bramaba el comandante, apretando el gáznate de Moskovskaya, mientras le mantenía reducido con una rodilla con la que le aplastaba el pecho, cuando de pronto, echando mano de todas sus fuerzas, Eristoff consiguió zafarse de las garras del superior y se escurrió de entre sus manos como si fuera de cristal frío y húmedo. El comandante perdió el equilibrio y cayó al suelo, donde se quedó, tirado boca arriba, con las piernas abiertas. Stolichnaya, después de rodar como una botella, se puso en pie de un brinco. Era un estupendo gimnasta. No sólo hacía piruetas, cabriolas y equilibrios en el plano metafórico, sino también en el suelo y hasta en el aire. Demonio de soldado, murmuró el comandante mientras se levantaba. Ya te enseñaré yo a buscar Pepitasss... El coronel se puso a aplaudir, chocando las palmas de las manos despacio. Está claro que el comandante la ha tomado conmigo. Con tanto nombre casi parece que aquí no hay más soldado que yo, se dijo Priviet, que había sacado los últimos de las etiquetas de las botellas que el comandante debía de beber de un trago cada mañana.

Mientras Soviet se sacudía la ropa, el coronel se acercó. Todo en usted es *impresionista*, soldado. Ya sé que está a punto de licenciarse, pero no tengo más remedio que ponerle bajo arresto... Menos mal que pronto voy a marcharme de aquí, pensó Russkaya mientras le conducían al calabozo. Demasiados cañones apuntándome. Hombres y mujeres me quieren matar. Y la

nostalgia es cada día mayor. Todo ese cielo sobre mi cabeza. El amplio horizonte de la estepa rusa. Pronto voy a marcharme, murmuró Kubanskaya para sus adentros durante todos aquellos días en los que permaneció encerrado. Y podré pasear de verdad entre las tumbas de Novodévichi. Entrar en el monasterio de las Doncellas. Yekaterina, Yelena, Tatiana. Y buscar a Elba. O escapar. Y seguir soñando con ella... Al cabo de una semana, el soldado Wojniakowski, de aspecto imponente, aun con el cabello rapado, la figura esbelta, los hombros fuertes, las piernas como columnas de fuego y los ojos del color de la avellana, salió del edificio en el que los quintos dormían la siesta dispuesto a decir adiós para siempre a aquellos muros blancos. Volvía a llevar la camisa y los pantalones con los que había aparecido allí el primer día, la bolsa con los pinceles y los tubos de pintura y varios lienzos enrollados bajo el brazo.

Abandonaba el cuartel. En medio del patio y del silencio de un sol que parecía empeñado en brillar las veinticuatro horas del día, un silencio tan sólo interrumpido por el murmullo incesante de las moscas, Jan Wojniakowski saludó a sus superiores, alineados frente a él. Se sentía fuerte, con esa sensación de poder que da la libertad cuando se aproxima dando zancadas. Como el atleta al que el día anterior habían visto en televisión portando la antorcha de los Juegos Olímpicos de Los Ángeles. Tan fuerte, pensó, que nadie podría meterme un cuchillo, porque rebotaría... Y se echó a reír. Era la alegría por recuperar su independencia. Con soldados como éste, pocas guerras íbamos a ganar, protestó el comandante. El coronel le miró de reojo. Pero la paz se haría más llevadera, replicó, y dando un paso al frente se acercó al falso ruso, le estrechó la mano y le deseó suerte. Makar chocó los talones. La paz y la guerra son dos tareas de Sísifo, sentenció Pável, empujando sus pantalones hacia arriba con ambas manos y frunciendo sus

labios de calmuco. Le dejó el retrete portátil, mi coronel. El superior carraspeó. Preferiría uno de sus cuadros, pero si ése es su deseo...

Abra la sombrilla, mi coronel, contestó Antosha. Se llevará una sorpresa... El comandante, en cambio, no se movió de su sitio. Alargó un brazo y, plantando la manaza en el hombro de Sibirskaya, le dejó una mancha en forma de estrella partida por la mitad, una condecoración de grasa. Se me ha essscapado usted, sssoldado, murmuró. Una honda compasión por aquellos hombres que se quedaban allí para siempre embargó a Konstantin, pero se dio media vuelta y se marchó. Apenas una hora después, Elba llegó ante la garita de guardia. Y al detenerse ante el portón de entrada de aquel campamento, pensó: Se huele el desierto. Se huele la sed. Como en mi sueño. Es aquí... Un grupo de mujeres se arracimaba junto a la alambarrera de espino. Hablando todas a la vez, como pájaros de colores que revolotearan en torno a los barrotes de una jaula. En cuanto se abrió la garita, trataron de formar una hilera y por unos instantes guardaron silencio. El recluta que salió a atenderlas, un andaluz altísimo con muy buena planta, bajó la vista para consultar la hoja con los nombres de las visitas de aquel día. Quiero ver a Kosak, exclamó una joven, levantando el brazo. Era guapa. Muy guapa.

Y yo a Dimitri, dijo enseguida otra joven muy bonita estirándose sobre las puntas de los pies. Yo vengo a ver a Issai... Y yo a Liev... El recluta se santiguó. La última era doña Josefa, la mujer del comandante. El caballista se puso a hacer aspavientos con los brazos para que aquella mujer se alejara de allí. Para que no la viera allí su marido. ¡Yo a Gerassim! ¡Que salga Serguéi! ¡Yo quiero ver a Nikita! ¡Y yo a Kornéi! Parecía como si cada una de ellas voceara varios nombres. Lo siento... El recluta se llevó una mano a los labios con el dedo índice estirado. Señoras, señoritas, prosiguió el hombre cuando por fin ellas obedecieron, dejando de atosigarle con sus peticiones. El soldado Wojniakowski... El soldado Wojniakowski, repitió, titubeando una vez más al

tratar de pronunciar el apellido del polaco ruso, se ha marchado hace poco más de una hora... ¿Para siempre?, gritó una. ¿Adónde?, exclamó otra. El soldado Wojniakowski cumplió el servicio... ¿Y no ha dicho adónde iba?, inquirió Elba. El recluta bajó la vista y volvió a consultar la hoja en la que aparecían los nombres de los que gozaban de un breve permiso y los de los afortunados que abandonaban para siempre el campamento.

Aquel día tan sólo había uno. A Novodévichi, leyó. En Moscú... A su alrededor ahora sí que se hizo el silencio. Y al cabo de unos instantes todas aquellas mujeres se dieron media vuelta y se marcharon. Sólo Elba se quedó allí, agarrada a la alambrada de espino, como si fuera incapaz de creer lo que acababa de ver con sus propios ojos. Con la mirada fija en el uniforme de color caqui. Flop. Flop. El príncipe azul se acababa de convertir en un sapo verde. Tal vez aún no esté preparada. No, aún no lo estoy, se dijo, y se volvió para contemplar una vez más a todas aquellas hermosas desconocidas que habían preguntado por el ruso. Por su soldado. El que ella creía que era su soldado. Había por lo menos doce. Se abrieron las entrañas de su corazón, las puertas del infierno. La rabia reprimida, el odio y el deseo de venganza nublaron sus ojos. No. Aún no estoy preparada, repitió para sus adentros. Sigo siendo demasiado joven. Pero para llegar a perdonarle algún día, para poder estar con él, tengo que parecerme aún más a él. Intentar comprenderle. ¿Elba?, preguntó entonces el caballista. ¿Eres Elba? Ella hizo un gesto afirmativo con la cabeza y con los ojos.

El soldado Wojniakowski se dejó esto en la taquilla, dijo él, y le tendió un paquete. Un atadillo formado por cientos de sobres. Cientos de cartas nunca enviadas. Todas dirigidas a ella. Todas con distintos nombres en el remite. Nombres rusos. Polacos. Desconocidos. Como los que acababa de oír de labios de todas aquellas desconocidas. No le pudo alcanzar, se excusó el andaluz, pero ella levantó la vista de los sobres y, sonriendo y cogiéndole de

la mano, le miró de una manera extraña. Miles de peces inocentes y perversos nadaban en su interior.

Sueño robado

A la mayoría de los chicos les atraía más la muerte que la ceremonia del entierro. Enviaban hormigas rojas a las guaridas de las negras sólo para asistir al espectáculo de una lucha sin cuartel, pero después dejaban los cadáveres sembrados en el polvo, sin ocuparse lo más mínimo de ellos. No dedicaban ni un instante a organizar unas exequias en condiciones. Con su comitiva y todo. Aunque otras hormigas no tardaban en aparecer y en llevarse de allí a las muertas para comérselas en su refugio o alimentar a las larvas. Ellos hacían también trasplantes de corazón en ranas, anestesiándolas como podían. Con aspirinas. O alcohol. O con un golpe, a menudo más mortífero que la propia operación. Ellas, en cambio, se consagraban al ritual de las pompas fúnebres, imitando con escobillas de alguna planta largos caminos de cipreses. Y acumulaban material. Una caja de fósforos como ataúd para los más pequeños. Insectos, gusanos y mariposas. Las de galletas, para los de tamaño medio. Pájaros recién salidos de su cáscara que no sobrevivían a una caída desde el nido. O sapos y salamansas que por las noches se aventuraban hasta la terraza de la Casa Grande y a los que alguien, sin querer, pisaba.

Y las de zapatos para alguna que otra culebra. Ni un solo detalle escapaba a su celo funerario. Y cuando no se producían muertes de manera natural, también ellas llegaron alguna vez al extremo de intentar quemar una araña con una lupa para poder organizar un buen sepelio. Allí entonces los sueños eran mucho más intensos. Allí podía uno creer a pies juntillas que era capaz de

levantar el vuelo, de hacerlo planeando con los brazos en cruz, bien extendidos, y a ras de tierra, como un cormorán cuando roza con las alas el agua del mar, aunque tal vez en uno de aquellos sueños más de uno se diera de narices contra un roble o una encina o se estrellara contra una tapia hecha con pedruscos de granito, y desde entonces se acostumbró a no soñar o a hacerlo con los pies bien plantados en la tierra, preguntándose con el transcurso de los años si es que los sueños no se cumplen porque alguien nos los ha robado o porque simplemente hace mucho que perdimos la capacidad no sólo de hacer que se cumplan, sino incluso de soñar. Hasta que un buen día se da uno cuenta de que esa usura irreparable la ejerce el tiempo y, en todo caso, uno mismo, nunca los demás.

Y el miedo a todo, hasta a lo más delicado, a los deseos, al mero acto de pensar. A los sueños propios, a menudo terribles. Como uno mismo. Como la naturaleza, sólo en apariencia idílica. Con ropas siempre heredadas de unos primos y el pelo corto, Elba y Jara en aquellos tiempos parecían dos chicos, dispuestos a arrasar con todo lo que se les pusiera por delante, cuando, en realidad, siempre que no las separaran, eran capaces de jugar horas y horas en silencio con unas cuantas conchas o un buen montón de piedras, con unos guirlaches o unas pipas de girasol. Entonces el mundo entero, un mundo plagado de peligros y de sorpresas, tenía tan sólo unos cuantos kilómetros cuadrados. Y ellas comían flores. Las flores del trébol. Arrancando las minúsculas cabelleras de color lila o rosa, mordisqueaban la parte inferior, en la que se acumulaba el néctar, un líquido espeso, dulce. Entonces tenían todo el tiempo por delante y las vacaciones parecían infinitas. Entonces los cielos aún estaban cuajados de estrellas. Después casi dejaron de verlas. La vida en la ciudad, las casas altas, pegadas las unas a las otras, los cielos sucios, la edad adulta, el olvido. Y tantas, tantísimas noches sin sueños.

Estamos comiendo al aire libre, explica Elba, cuando ellos están

precisamente haciendo eso mismo, comer al aire libre. Un bicho sube por el mantel. Mamá lo coge, tira y tira, pero el insecto no se despega de ahí, sigue aferrado a la tela de cuadros, aunque ella insiste, cada vez con más energía, hasta que sus patas, las patas del insecto, convertidas en ruedas, se alargan, y mamá por fin consigue levantarlo hasta la altura de los ojos. ¡Está lleno de judíos!, exclama. Y sí, no miente ni delira, en cada una de las ventanas del insecto transformado en una especie de tractor se ve una silueta oscura, con barba, tirabuzones y su kipá. En ese momento un hombre sentado a la diestra de mamá, un hombre que se parece al Papa y que va todo vestido de blanco, con la cara llena de estigmas, de llagas, empieza a hablar en latín... Elba, haz el favor, recrimina su madre. Como siempre, vestida de rojo. ¿Acaso estás en otra de tus fases *omniricas*? Si una vaca que por casualidad comiera un par de mondas de naranja le parecía un omnívoro, como una gallina que en libertad picotea orugas y lombrices y todo lo que encuentra a su paso, Elba, que se alimentaba de toda clase de sueños, debía de ser eso. *Omnirica*.

Y lo ofensivo no estaba en el tono, ni en aquella palabra, un tanto misteriosa, sino en la imagen del despreocupado y voluminoso rumiante, mascando sin orden ni concierto. Masticar y digerirlo todo. Eso es propio de cerdos, cuando ella en realidad tiene un estómago muy selectivo. *Omnirica*. Su madre a menudo inventaba palabras. A los vegetarianos los llamaba los *leguminosos*. Los *alimantes* hay que tomarlos con los cinco sentidos, había dicho en una ocasión, convirtiendo la carta de aquella taberna en una lista de extraños manjares que no se sabía si tenían más de amantes o de alimañas. Pero Elba, sin hacer caso del reproche, sigue dándole vueltas al sueño, empeñada en la difícil tarea de encontrar las claves. De entender cada elemento, como si se tratara de los intrincados enigmas de un oráculo, de hallar la salida a un laberinto. Observa tanto sus sueños que casi se olvida de vivir. Y a veces le parece que su vida no es más que eso, un sueño

interminable que ella siempre está analizando con una lente de aumento. Tal vez fuera mejor no tratar de interpretarlos. Como las historias de los libros, que es preferible no comprender nunca del todo.

Ha llegado otra vez el verano, y en la terraza, bajo la luz cambiante del toldo y el susurro de las hojas de los prunos, rodeados por el crepitar de las chicharras, ellos cuatro charlan durante horas en una de sus reuniones semanales, mientras matan avispas, enjambres obstinados que apenas les dejan resistir ahí fuera. Zumban a su alrededor, probando carnes, salsas, pasteles. Todos los platos de una cena que merecería ser la última. Llevo siete, dice el padre, agitando con orgullo la palmeta. Yo nueve, replica Jara. Ella las mata con el tenedor, estrujando sus cuerpos, que se quiebran entre los dientes de metal. Un nuevo chasquido del plástico. Y otro avispon pegado al respaldo de una silla. Es una experta, comenta Horacio, aunque algunas veces blandiendo el matamoscas nos salpique macarrones... Y, dándole con el codo un suave empujón en una costilla, le guiña un ojo. Fiesta de jugos. Amarillos, rojos, negros. Con esa misma palmeta aplastan moscas y mosquitos contra los cristales de las ventanas. Jugos que sirven de cebo para nuevos insectos que se frotan las patitas. *Moscófagos*. Amarillos, rojos, negros. Sangre también de otros seres humanos. De animales. De los frutos de los árboles. Sangre de flor.

Hace unos días soñé que íbamos por un bosque. Jara y yo. Nos sentábamos en un banco, y en el de enfrente había un pordiosero... Elba, vuelve a protestar Rita. Tienes una cabeza que parece un almacén. El museo de arte egipcio en El Cairo. Todo está ahí revuelto, apilado de cualquier manera. O el *Titanic*. Varado en el fondo del mar tras el choque con un iceberg. Lleno de escombros... No siendo particularmente defensora de la razón, qué *onirocrítica* se mostraba su madre. El famoso trasatlántico hundido lo habían encontrado hacía tan sólo unos días. A más de tres mil ochocientos metros de profundidad. Era el descubrimiento del siglo. Pero Elba no se inmuta y sigue

adelante, impasible: No se le ve la cara. Debe de estar durmiendo. Jara se levanta, empieza a dar vueltas alrededor de los bancos, intranquila, mirando el suelo, cuando de pronto se pone a canturrear, con voz temblona, para que yo sepa lo que acaba de ver, sin necesidad de acercarme hasta allí, para mantenerme alejada del peligro: Se transparenta la sangre... Elba, por el amor de Dios, interrumpe Rita una vez más, y buscando un modo de cerrarle la boca, le alarga una fuente con croquetas de aceituna.

Es como comer pan bendito, como volver a alimentarse de flores, piensa Elba, recordando los veranos de su infancia, cuando con sus amigos, con Jan, chupaban las inflorescencias que crecían en el trébol, unas veces blancas y otras de color rosa o morado, y mira a su alrededor. Los huevos de codorniz encapotados, las gambas con gabardina churruscada, los diminutos merengues con una frambuesa o una nuez garrapiñada en la cumbre. Bocados con los que su madre compone una misa pagana, un ceremonial sin salmos ni penitencias. Sin embargo, al tiempo que saborea la carne verdosa, que revienta bajo la envoltura dorada del pan rallado y la masa tierna y blanquecina de la bechamel, todavía caliente, continúa: El guiñapo abre un ojo, un ojo oscuro, legañoso, y lo clava en mí, sin moverlo. Mientras, Jara sigue cantando: Se transparenta la sangre. Entre los árboles. Y la ropa interior. De una mujer... La melodía parece no tener música. Es un canto hablado, una cantinela de terror, una advertencia. Con el ritmo de una monótona letanía. Yo no me muevo. Trato de disimular y hasta le dirijo la palabra al espantajo. Con educación.

Después, sin hacer ruido, me acerco hasta donde está Jara. Y sí, lo que dice mi hermana es cierto. No miente, ni delira. La ropa interior es... ¡Elba!, exclama Rita, enderezándose en el asiento. Llevas los sueños en cada poro de tu piel. Te arrastran, parece que te tiran de la mano. Debes de soñar hasta despierta. No sigas. Que me pones la piel de punta. Y no me mires como una vaca cuando pasa el tren... Verde. La ropa interior era de color verde pálido.

Elba rememora los aperitivos de Rita y Horacio con los padres de Elvira, de Leonor, de Araceli y de Carlos, pocos años antes de que ocurriera aquello. Pocos años antes de que el padre de Elvira, de Leonor, de Araceli y de Carlos se ahogara. En el mar. Lo que más duele, lo que más pesa se queda casi siempre en el fondo. Apenas se habla de ello. Y vuelven enseguida aquellos aperitivos para enterrar otra vez a los que ya no están. Con los padres también de los Wojniakowski y los de otros chicos de los alrededores, durante los largos veraneos en el campo. Los últimos. Antes de que todo aquello desapareciera para siempre. En plena anexión del Sahara por los marroquíes, con Franco muriendo al fin.

Hacía ya unos diez años, aunque del último verano tan sólo seis. Bajaban por una ladera, desde la casa de unos vecinos, y en la penumbra de la cocina preparaban el almuerzo entre risas, ciegos de ginebra o intoxicados con los efectos de alguna planta psicotrópica. Un domingo se les ocurrió organizar una Marcha Verde. Con todos los trapos que encontraron en la casa. De aquel color. El color de Alá. El verde que los musulmanes no tienen por ninguna parte. Sólo en los oasis. Y en las banderas o en los turbantes. Y tal vez también en los ojos. En los ojos de algunos de ellos. El verde del paraíso, de los que sueñan con huríes. Y con aquellas telas recorrieron los caminos y la cañada, entre las fincas de los alrededores, soltando consignas: ¡Sebta, Mililla, Sahara magrebía! Repitiéndolas una y otra vez y agitando alguna pancarta, que movían al compás de sus lemas: ¡Sebta, Mililla, Sahara magrebía! No era verdad. En cada poro guardaba algo más que sueños. ¿Y cómo termina tu pesadilla? Déjalo, Jara, protesta Rita. Debe de ser verdad eso que cuentan de que los sueños los envían las almas de los muertos... ¿Cómo había de acabar? Flotando en un aparente absurdo.

Y Elba en el cuarto de baño, sobresaltada, salpicándose con agua fría para volver al mundo de los vivos despiertos. Hay sueños inescrutables, dice Elba,

y de lenguaje oscuro, y no se cumple todo lo que anuncian a los hombres. Sí. Los sueños, según los griegos, vienen del inframundo. La entrada se encontraba en el Averno, en el que, al parecer, había dos puertas. Las puertas del sueño las llamaban. Una era de marfil y la otra de cuerno. Y aseguraban que los sueños que salían por la primera eran falsos, mientras que las visiones que lo hacían por la otra eran verdaderas. ¿Puedo yo contaros uno de los míos?, pregunta Rita. Un sueño agradable. Un sueño bonito. No una de esas truculencias que se le ocurren a Elba... En eso su madre tenía razón. Cuando no eran atrocidades, siempre cabía esperar algún susto. Calamidades, desastres, pestes. Siendo pequeña, una noche había alertado a toda la casa, gritando dormida. ¡El cólera! ¡Que viene el cólera! Unos días antes se había declarado una epidemia. A finales de los sesenta. ¿O fue en los setenta? Sí. En la década de los setenta. Y al acostarse, cuando tenía ocho o nueve años, Elba rezaba a las ánimas para que la avisaran al salir el sol.

Le había enseñado a hacerlo una muchacha que trabajaba en casa de sus amigos, porque ella en materia de religión era una ignorante. Quería ir con Jan, uno de los demonios que cada verano parecían caer del cielo, los primos de Elvira, de Leonor, de Araceli y de Carlos, los polacos que vivían todo el año en Londres y que venían a arrasarlo el campo y las vacaciones, quería ir con su soldado a coger moras, mientras los demás dormían. En una taza de hierro esmaltado, desportillada, recogían los frutos de las zarzas y los devoraban en una hondonada entre altos penachos albinos, junto al arroyo, donde se bañaban los renacuajos y las corujas. Dejó de hacerlo, de invocar a tan benditos centinelas, tras despertar una mañana retorciéndose de dolor. Las almas del purgatorio, al ver que se hacía la remolona, le habían propinado un hachazo en toda la barriga. El dolor, la risa, el llanto, nada más salir de un sueño, del estado de inconsciencia, son tan equívocos. Entonces ellas dormían todas juntas en colchones tirados por el suelo en torno a una mesa enorme y vieja de

nogal, con un orinal también de esmalte colocado allí debajo, en el suelo de cemento.

En el cuarto de la torre en la parte alta de la Casa Grande, donde a la luz del día el abuelo de Araceli, de Leonor, de Elvira y de Carlos pintaba ciervos, nubes, ángeles y arcángeles sobre cielos de colores raros y nubes muy blancas y gordas. Y en mitad de la noche todas ellas llamaban con insistencia a Jan y a Carlos. Unas por miedo. Y otras, sólo por verles. Aunque sólo fuera un rato. Un rato más. Altos, esbeltos, de hombros fuertes, con el pelo oscuro y largo, el uno con los ojos del color de la avellana y el otro de un verde tan claro que chispeaba en mitad de la noche y tan transparente como el agua del riachuelo que cruzaba la finca, parecían dos san Jorges dispuestos a matar al dragón, que por lo general no era más que una araña de patas largas, temblorosas. Pero cuando aquellos dos aparecían, hasta las lamparillas de san Juan Bosco, esos cartoncillos redondos recortados de algún naipe, que con sus mechas diminutas flotaban en un cuenco de barro lleno de agua y aceite, vacilaban. Mariposas minúsculas que, por poquísimos dinero, iluminaban las casas durante toda la noche cuando no había luz eléctrica. Por el día las niñas vagan como fantasmas, le había dicho Rita a Horacio en una ocasión. Preocupada.

¿Acaso no duermen nunca? Él, bajando el periódico, había comentado: Duermen donde les encuentra la noche, pero antes corren por ahí medio desnudos con una linterna. Entre los árboles... ¡Claro! Así los encuentro a todos dormidos por el día. En una butaca. En el fondo de un armario. O en el de una bañera. O ahí fuera, entre los matorrales. O hechos una maraña junto a las tapias de piedra. Estos polacos deben de alimentarse de reptiles y de leche de gato montés. Parecen insensibles al dolor. Espero que lo sean también al placer, al menos más allá de su gusto por la carne cruda y las carreras al aire libre bajo la luz de las estrellas y de la luna... El abuelo tenía nombre de arcángel. Salía de su casita muy elegante, con su chaqueta de espiguilla y el

pantalón bien planchado, el pelo hacia atrás y el bigote espeso, con su pajarita y el bastón de paseo, un bastón cuya asa de metal tenía un mecanismo gracias al cual se abría en dos para que él pudiera descansar cuando quisiera. Y parecía que lo hiciera sentado en el aire. Como los espíritus celestes que él mismo pintaba en sus cuadros.

Así vestido se alejaba cada tarde en dirección a su cabaña de pintar, una cabaña que le habían construido al otro lado del riachuelo cuando sus rodillas se negaron a subir los peldaños que llevaban hasta la parte alta de la torre. En la Casa Grande. Allí también olía a aguarrás, a barniz y a esencia de trementina. Allí el abuelo Rafael tenía pinceles, lienzos, cacharros de barro, cartones y un ventanal enorme por donde acechaba el cielo, esos cielos que recreaba como fondo de sus rumiantes provistos de largas y ramosas cornamentas. Un cielo siempre absurdo, el de sus retinas ya cansadas, nunca el del ventanal. Con él Jan había aprendido todo lo que no debe hacer un pintor. Jan. ¿Qué pasaría si volvía a verle? Tal vez nada. Dicen que los amigos de las vacaciones tan sólo nos seducen con ciertos paisajes como fondo y en verano. Pero ella no quería otra cosa. Cuánta nostalgia, piensa. Hacía tanto de todo aquello que casi parecía que no lo había vivido, que sólo lo había soñado. Que Jan no era real. Que no lo había sido nunca. Como tampoco ella. Ni aquellos amigos con quienes lo habían compartido todo. Os lo cuento, ¿o no?, pregunta su madre con impaciencia.

Elba, Jara y Horacio, sumidos hasta ahora cada uno en sus pensamientos, escuchan con atención cómo Rita enseña a volar a una amiga de la infancia, planeando las dos agarradas de la mano muy cerca del suelo y arrancando con la que les queda libre las flores que crecen unos cuantos centímetros por encima de la hierba. Unas flores diminutas, salvajes, de color rosa o lila que... Elba nota el corazón acelerado. Parece que tuviera fiebre. Y plomo líquido o balas que le nadaran por dentro, a través de la sangre, espesa. Y

siente el eco de los latidos. Los golpes en el interior de las venas hasta en los codos, en las rodillas, en las puntas de los dedos. Y unos ladridos, desde el bosque de té verde que ha tomado a media tarde y que ahora crece y crece en sus arterias. Una jauría por todo su cuerpo. Tiene los ojos clavados en el azul de esos dos iris que ahora la miran con insistencia. Los iris de los ojos de Rita. El sueño es suyo. ¡Suyo! Robar un sueño, como quien arrebató el pan a su vecino de mesa. Tal vez ella lo ha contado tantas veces que su madre ha llegado a confundirse, apropiándose de él, convencida de que le pertenece. De que forma parte de sus noches.

No debe uno contar nunca los sueños en voz alta, y menos aquellos que, aunque aparezcan una sola vez en la vida, no se olvidan jamás. Como un animal salvaje, hay que delimitar bien el terreno, marcando y protegiendo el territorio. Los recuerdos de infancia, las ideas propias, los amores, los odios, nuestros deseos más ocultos, cualquier sospecha. Ese espacio interior, lleno de luces y penumbras, de tinieblas, en el que los demás no deberían entrar nunca. La frontera entre la realidad y nuestra imaginación es tan sutil. En sueños puede uno cometer los peores crímenes y pasearse después con total impunidad entre los vivos. ¿Y en la vida? Sí. Tal vez en la vida también. Elba hace un gesto a su hermana, que con saña acaba de aplastar el frágil cadáver de un avispon, al que ahora rebana las antenas. Ya ni al caer la noche nos dejan en paz, dice Rita, mirando de reojo a una urraca que se ha acercado más de lo debido. Las dos hermanas se levantan a la vez, para llevarse platos, fuentes, cubiertos, aunque dejan las copas. A sus padres les gusta terminar el vino con calma, apurando la última luz del sol. ¿Y tú qué urdes, Elba?, pregunta Rita. Pero su hija no responde.

Está pensando en las cáscaras de naranja, en las orugas, en las lombrices, con las que, según su madre, ceba sus sueños. Ahora sólo es capaz de alimentarse de rabia. Hay una enfermedad en ella que inquieta a toda la familia.

Un corazón exuberante. Es como el estómago de algunos animales, en el que se pueden encontrar clavos, trozos de cristal y hasta pañuelos. Sueño cada noche que algo o alguien, no sé bien qué o quién, irrumpe en la escalera de mi casa, dice por fin Elba. Dando golpes. Y gritos. Que va subiendo despacio y quiere meterse en mi casa, sin llamar, tirando la puerta. ¿Es mi pasado? ¿Nuestro pasado? ¿Un manojo de episodios reprimidos? ¿Intrusos en forma de recuerdos turbios? Rita la fulmina con los ojos. Hala, hala, se mofa. Apunta. Apunta todo esto en tu cuaderno gris. Corre. ¿Has traído alguno? ¿Cuántos cuadernos de esos tienes ya? Ven, Jara, dice Elba, en lugar de contestar a su madre. ¿Qué te ocurre?, pregunta su hermana. Tú sígueme... Jara obedece. Se alejan las dos hacia la cocina. Y tras dejar los platos, las fuentes y los cubiertos, se van a la que hasta hace poco fuera su habitación y se tumban cada una en una cama.

Ahora se pondrá a despellejarme, refunfuña Elba. Me despellejará, mirándose en su espejito. Dime, espejito mágico, ¿quién es la más hermosa de este mundo? ¿El espejito es papá? Sí... Jara se echa a reír. ¿Tanto la quieres que te gustaría que fuera perfecta?, aventura con perspicacia la más joven. El séptimo mandamiento lo dice bien claro, Jara. ¿O era el octavo? No sé mucho de estas cosas, aunque ahora me vienen a la cabeza. O tal vez por eso. Tal vez por eso resuenan en mi interior más que en el de cualquier creyente. No hurtarás. No codiciarás los bienes ajenos... ¿Qué quieres decir?, protesta su hermana. Tú sabes que no es verdad, Jara. Ese sueño es mío... Convencida de que su madre le está sisando la libertad, la independencia de alma, Elba parece un dios airado. ¿Estás segura? Si confundes lo que lees con la realidad y a menudo no eres capaz de distinguir lo que sueñas de lo que ocurre cuando estás despierta... ¡No, Jara! ¡No! Era yo la que te enseñaba a ti a volar. ¿Te acuerdas de aquellas flores que brotaban todos los años en el mes de marzo o

abril? Tenían el tronco verde y unas corolas carnosas, diminutas, como orquídeas liliputienses.

Yo te llevaba de la mano y juntas volábamos a muy poca altura, a un palmo del suelo, planeando tumbadas. Con la mano que nos quedaba libre, íbamos arrancando esas flores. Y nos reíamos de todo. De los toros en los prados vecinos, al otro lado de la tapia, mugiendo, en pleno celo. De los golpes que nos dábamos con alguna piedra o con el tronco de un árbol agostado. De los demás, que no sabían volar. Entonces comíamos flores, ¿recuerdas? Las flores del trébol, aquellas cabelleras de color blanco, rosa o malva, a las que arrancábamos las hebras, para mordisquear las puntas, dulces, canijas, que se aferraban al tallo para absorber el alimento de la tierra... ¿Por qué no había dicho nada? ¿Por qué no había protestado? ¿Cómo castigar a un ladrón que nos ha burlado algo tan inmaterial como un sueño? ¿Qué pruebas tenía? Ninguna. Como tampoco las tendría su madre para demostrar que había soñado aquel sueño. Hurtar con la mente, sin mover una pestaña... No tiene importancia, Elba. No es más que un sueño. Además, sabes bien lo difícil que a menudo resulta distinguir la verdad de la mentira, lo que ocurrió hace tiempo de lo que nos han contado.

¿Acaso tus recuerdos de infancia no son los que mamá te ha repetido una y otra vez? Estoy convencida de que los míos no son míos, sino prestados... Elba, frunciendo las cejas, reconviene a Jara con los ojos. Bueno, tú tienes mejor memoria que yo, contemporiza su hermana. Te acuerdas de cosas que me parece no haber vivido más que en sueños... Sí, reconoce Elba. Las despedidas en el puerto, con todos aquellos rollos de papel higiénico desenrollándose, formando un bosque de guirnaldas entre el barco y los muelles, corriendo como carretes de hilo, hasta que se rompían. Largos, larguísimos pañuelos de papel con los que decíamos adiós y con los que nos resistíamos a separarnos del todo de la costa. De la ciudad que después se

perdería en el horizonte. Papá y mamá siempre estaban con nosotras, en cubierta. Él jamás fue un miserable punto negro del que nos alejábamos, porque ella nunca quiso dejarle solo. Aquellos rollos de papel, interminables, blancos, tan frágiles, nos unían a unos desconocidos de los que nos distanciábamos sin pena o a unos amigos a los que tarde o temprano volveríamos a ver, nunca a un padre al que se abandona trabajando mientras los demás disfrutan de las vacaciones...

Un castillo. A Jara, Elba le parece eso. Un castillo enorme. Rodeado de plantas trepadoras. Erguido sobre un peñasco, con miles de cámaras e intendencias llenas de recovecos. Un castillo inestable, volátil, disparatado. ¿Te acuerdas de cuando alguna tarde salíamos a dar una vuelta?, prosigue Elba. Mamá siempre quería volver enseguida, estar en casa antes de que papá regresara de la fábrica. ¿Y de los trajes largos, ceñidos, con escote, que se ponía para esperarle? Parecía que la hubieran invitado a un cóctel, pero se sentaba tranquilamente en el sofá a coser o a leer el periódico, cruzando con coquetería las piernas y balanceando, colgado de los dedos de sus pies, uno de aquellos zapatos con tacones de aguja... Elba está furiosa. Volar en sueños es bastante común. De acuerdo. Pero la forma en que se hace varía de un durmiente a otro. Podría preguntarle a su madre dónde se desarrollaba el suyo. Lo más probable es que, sin la ayuda de un apuntador, no fuera capaz de contestar. O tal vez inventara algo, un escenario diferente, falseando aún más ese sueño que nunca ha tenido.

Algún día incluso empezará a dudar, delante de todos. ¿Eran orquídeas silvestres? ¿O simples margaritas? No consigue quitárselo de la cabeza. Es un plagio. Y su madre, una sofisticada cleptómana. Con esa cara de felicidad y los ojos tan azules como siempre después de haber dormido a pierna suelta cada noche, se aprovecha de quienes con frecuencia sufrimos de insomnio. La vida es corta, se dice Elba, que ahora parece una sonámbula. Y no hay que

dejar escapar nada. La vida es corta, sí. Y la muerte inevitable... Y de un brinco, se levanta de la cama, se acerca a la estantería y hurga en una taza de cerámica con dibujos de color azul llena de lápices y rotuladores, cuando de pronto un objeto brilla en su mano, que ella levanta por el aire con gesto triunfal. El abrecartas con el que había rasgado todos los sobres de Jan. Todas aquellas cartas firmadas con distintos nombres. Los cientos de nombres bajo los que se había escondido el soldado ruso. Su soldado. El soldado que se le acababa de escapar de entre los dedos. Hacía muy poco. Que le habían querido robar. Todas aquellas mujeres. Como les había intentado robar también aquella otra mujer hacía unos años.

Algo tan difícil de robar como un padre. Como le ha robado también su madre. Hace tan sólo un rato. Algo tan personal, tan impalpable, como un sueño. No lo ha vuelto a usar. El abrecartas. Y a Jan no lo ha vuelto a ver desde entonces. Unos cuantos años que a ella le parecen toda una vida... Herir y defender, murmulla ahora, moviendo el brazo como un espadachín que se infundiera valor justo antes de un lance. Y se dirige hacia la puerta. Jara, al tiempo que su hermana sale de la habitación murmurando, hablando a media voz, grita: ¡No olvides tú lo que dice el cuarto...! Pero Elba no se detiene y ni siquiera se vuelve. Sigue hablando para sí misma. Honrarás a tu padre y a tu madre, Elba. Honrarás... Ahora Elba se para en seco, unos instantes, aunque tampoco esta vez se vuelve. Sígueme, Jara, que te voy a contar una historia... Su hermana obedece. La sigue. Llevo un abrecartas, murmura Elba, mientras cruza la sala de estar. De plata. Con un león grabado en el mango. Acaricio el relieve, las melenas del mamífero carnívoro. Las fauces, abiertas. Voy hacia la cocina. Mi madre estará de espaldas, fregando.

La luz de la primera farola entrará por la ventana. Toda esa arquitectura de carne, sangre y huesos, esa cabeza llena de piraterías, esos brazos que pretenden ser alas, todo eso, es decir, mi madre, estará de espaldas. Me

acercaré por detrás, sin hacer ruido. Aunque ahora recuerdo otro sueño. Me veo matando a gente, cercana, con un cuchillo mellado. Es tan fácil... Como cortar salchichas. Cruje al principio, por el pellejo, después resbala carne adentro, sin ofrecer resistencia. Un tajo en el cuello, otro a la altura de las rodillas... Llevo siete. Y los pedazos los echo en un papel, con el que luego formo un cucurucho. Ya son nueve. No dejo huellas, porque los cadáveres no sangran. Me acerco. Cada vez más. Ahí fuera oscurece y en el cielo gris no se sabe si la nube es humo o el humo nube. Las copas de los chopos parecen cobrar vida y empiezan a susurrar, a moverse... Aunque, pensándolo bien, ¿de verdad era suyo el sueño? Frente a la memoria, que le parece prodigiosa, de los otros, le desespera lo evanescente y caprichoso de la suya, por mucho que su hermana afirme lo contrario. Y que la memoria no sólo falsee la vida despierta, sino también nuestro descanso.

¿Se trata de un verdadero robo, consciente? ¿O se habrá arrogado el sueño sin mala intención? Acabará creyendo que ha sido ella la que una noche de verano soñó que su madre le robaba el sueño. Elba entra por fin en la cocina. Empuñando el abrecartas como si fuera un cuchillo. Murmurando, hablando a media voz. Toda esa arquitectura de carne, sangre y huesos, esa cabeza llena de piraterías, esos brazos que pretenden ser alas, todo eso, es decir, mi madre, está de espaldas, fregando. No me habrá oído llegar. Ahí fuera oscurece y en el cielo gris no se sabe si la nube es humo o el humo nube... Me das miedo, Elba, dice su madre, sin volverse del todo. A veces me das miedo... Pero Elba se acerca aún más. Muy despacio, sin hacer ruido, sin contestar. Me das miedo, Elba, dice mi madre, sin volverse del todo. A veces me das miedo... Pero yo me acerco aún más. Muy despacio, sin hacer ruido, sin contestar. Y al llegar a la altura del fregadero, agarro a mi madre por la cintura, la obligo a girarse y... ¡Elba, por Dios!, protesta Rita. ¿No has tenido ya bastante? No,

mamá... Cría cuervos y te sacarán los ojos, murmura Rita. A mi madre siempre le gustó esa expresión, piensa Elba.

Calla, mamá, que aún no he terminado... Rita obedece. Y Elba continúa con su relato. Al llegar a la altura del fregadero, agarro a mi madre por la cintura, la obligo a girarse y... Elba sonríe y le da un beso. No tienes remedio, Elba, dice su madre, secándose las manos en el delantal, cuando su hija le da un ligero empujón. No tienes remedio, Electra, dice Elba, quiero decir, no tengo... Ya no sé lo que quería decir... No tienes remedio, Elba, repite su madre, entre risas, pero te quiero... Y yo a ti, madre. Y yo a ti... Mientras Jara, que ha permanecido al acecho, se aleja de allí, canturreando: Se transparenta la sangre. Entre los árboles. Y la ropa interior. De una mujer... Su hermana y su madre, ahora cogidas del brazo, observan a un gorrión que revolotea entre unos trozos de cristal embutidos en el muro de la casa de enfrente. Y el cielo, lleno otra vez de estrellas. Verde. La ropa interior era de color verde pálido. ¿De qué color será la que lleva hoy mi madre?, se pregunta ahora Elba. Y unas palabras antiguas resuenan de pronto en su memoria. Como burbujas que surgieran del fondo del océano. Como si algún ahogado enviara un mensaje desde allí.

Sed sobrios y velad, porque vuestro adversario, el diablo, ronda como león rugiente, buscando a quién devorar... Las palabras que su madre solía repetir cada vez que veía aquel abrecartas plateado, mientras, cogiéndolo entre los dedos, acariciaba el bajorrelieve del felino, con las fauces abiertas de par en par. Con las yemas. Y con avidez. Con una extraña avidez. Como si quisiera que aquel objeto que hacía unos años le había regalado a su hija volviera a ser suyo y no se atreviera a decirlo. Por eso, ella no se lo había llevado nunca de allí. Lo dejó en su antiguo dormitorio, aunque con él había abierto todas y cada una de las cartas de Jan. Elba vuelve a levantar la mano que le queda libre, la del abrecartas. Con un movimiento brusco. ¿Qué pasa?, pregunta Rita

con los ojos como platos. Pálidos azufres parecen transparentarse bajo la piel de su rostro. Y toma, esto para ti, murmura su hija entre dientes. Que tanto te gustó siempre. Así no me lo quitarás. Al fin y al cabo era tuyo. Tú me lo diste a mí hace mucho tiempo... Nueces, avellanas y pasas. Para la vida en el más allá. Y hasta una moneda para cruzar al otro lado del río. Guárdala bajo la lengua, mamá. Guárdala bien.

Para pagar al barquero que nos transporta sobre las aguas. Porque si no, vagarás cien años por las riberas como si fueras una sombra errante. Porque aún no has perdonado... El papel higiénico como mortaja. Entre cerillas, la capilla ardiente. Para el gorrión, funambulista, que tal vez se haya pinchado. La vida es un juego. Peligroso. Y la muerte, inevitable.

Escrito en el agua

El cielo parecía de plomo. Ennio dijo que se suspendía la visita al cementerio, a pesar de que la habían planeado varios días antes. Con este bochorno caerá una tormenta, concluyó. De eso nada, protestó ella. Contra la lluvia existe un instrumento infalible. Y abriendo y cerrando su paraguas, repitió: De eso nada... También ella era adicta a los cementerios. En el silencio de aquellos recintos, donde tan sólo hablaban las piedras y los pájaros, las criaturas vociferantes que sin cesar se quitaban la palabra en su interior parecían calmarse un poco. Pero Ennio, hijo de español y de una suiza de padres napolitanos, de supersticiones bien arraigadas, al parecer hereditarias, se sintió amenazado por los movimientos de su amiga, que con tanta audacia y destreza blandía un paraguas en un espacio cerrado. Cierra, cierra eso, rogó, haciendo también él aspavientos con los brazos. Iremos... Al fin y al cabo era él quien había ido hasta allí para estudiar la arquitectura funeraria de la región. Hay una luz extraña, amarillenta. Va a llover, aseguró ella poco después, sentada en el claustro y mirando hacia arriba, un claustro lleno de plantas y esculturas, con escenas de la vida de san Francisco pintadas al fresco.

Claro que la fachada casi tiene ese mismo color. Pero también hay un silencio extraño, amarillento. Va a llover, repitió. Y se echó a reír, burlándose de la poca disposición de su compañero a enfrentarse a las inclemencias del tiempo. Hacía apenas unos días de la explosión de un reactor nuclear en

Chernóbil y él se preocupaba por cuatro gotas de lluvia. Estaba claro que el suyo no era lo que se dice un carácter bizarro, y ya se sabe que a la mayor parte de las mujeres les atrae la gallardía, aunque se trate de una actitud alcanzada con esfuerzo. Admiró a los hombres que bajo un cielo nublado no pierden la confianza en sí mismos, sentenció ella riendo, cuando la verdad es que era capaz de amar a un hombre que estuviera enfermo doscientos días al año. Procedo de una estirpe de titanes, se burló. Mi padre se desmaya en cuanto ve un poco de sangre y mi madre llama precipicio a un desnivel de un palmo de altura... No le quedó más remedio que acompañarla. Salieron cada uno con su paraguas, sin abrirlos, porque no caía ni una gota. Elba movía el suyo, de color azul cobalto, como una esquiadora de fondo que necesitara darse impulso.

Y en el trayecto, sin darse cuenta, pinchó con la punta a un joven de cabellos largos y oscuros que caminaba justo detrás. *Non ti fermano gli uomini per strada?*, preguntó el caballero con una amplia sonrisa en los labios, después de adelantarles muy ufano. No. Sólo los ángeles. Algunos hombres tan espantosamente hermosos como tú, pensó ella. Y recordó los tiempos en los que del cielo llovían demonios y ella, su hermana y sus amigas eran felices, por más que todos los veranos cayeran los mismos. O tal vez por eso, porque nunca faltaban a la cita. Con un movimiento brusco, Ennio la cogió del brazo y tiró de ella. *Ciao*, se despidió el ángel con aire divertido. Y se alejó de allí, agitando su vistoso paraguas de colores. Elba lo vio perderse entre la multitud. Aquella voz... Y los cabellos al viento. Y aquel olor a trementina. ¿Estaba soñando? Y comenzó a caminar más deprisa y a mover otra vez el paraguas con brío. Tal vez creyera que así podría enganchar a otro ángel del ala, percibir el ruido imperceptible de una pluma tronchada. La primera tumba que encontraron fue la de Shelley, junto a una de las torres de la antigua muralla de Marco Aurelio, bajo un pino centenario.

Murió ahogado, explicó Ennio, mientras caminaban entre las lápidas. Navegaba con un amigo en dirección a Livorno cuando les sorprendió una tempestad. Su cuerpo apareció en una playa diez días más tarde, aunque al parecer esta tumba no contiene más que su corazón. ¡Qué lugar tan extraordinario!, exclamó, levantando los brazos como para abarcar todo el espacio. En realidad, nosotros, los que ahora caminamos entre las tumbas, somos los muertos. No recuerdo haber estado jamás tan cerca de la inmortalidad... Tú no sabes lo que es ahogarse en el mar. Que tu cuerpo no lo encuentren jamás, pensó Elba con rabia y una punta de desprecio, mientras pasaban los dos por delante de las tumbas del poeta Carsten Hauch, del naturalista Humboldt y de Gramsci. Que a tu padre o al padre de tus mejores amigos le ocurra eso... Además de supersticioso, incoherente y poco aguerrido, su compañero se estaba revelando como un auténtico pedante. *Vietato calpestare le aiuole*, leyó en un rótulo de esmalte blanco con letras negras colocado en mitad de aquella hierba de un verde jugoso y húmedo. ¡Qué idioma!, exclamó entonces ella misma. Aquí hasta lo prohibido suena a invitación...

Por fin llegaron junto a la de Keats. Una tumba sencilla, en un pequeño jardín que daba a una de las aristas de la pirámide de Cestio, que Ennio definió como el monumento funerario más impresionante de la antigua Roma. Cómo le gustaba hacer clasificaciones, instalarse en el superlativo. Pero Elba, después de repasar mentalmente otros rincones de la ciudad, protestó. Te olvidas del Panteón de Agripa... No está claro que su destino fuera funerario, replicó él. E impertérrito, siguió en su papel de cicerone. Keats está enterrado junto a su amigo el pintor Joseph Severn, que cuidó de él durante sus últimos días de vida, dijo, y acto seguido leyó la inscripción en inglés. Aquí yace alguien cuyo nombre fue escrito en el agua, tradujo Elba, en cuanto él terminó de recitar el epitafio. Murió de tuberculosis el 24 de febrero de 1821. A los

veinticinco años, concluyó Ennio y, entusiasmado, abriendo los brazos, volvió a exclamar: ¡Qué mortal me parece ahora la inmortalidad! En cambio, Elba, que estaba a punto de cumplir la misma edad que el poeta romántico y que acababa de recordar el destino del mejor amigo de su padre, se estremeció. Y qué dulce la muerte, prosiguió él. ¡Cuánta camaradería hay entre los muertos!

Roma me tiene encadenado. Cuánto me va a costar volver al presente. Creo que hoy voy a empezar a beber unas cuantas horas antes, para no pensar en el futuro. Y repetiré el epitafio de Keats hasta caer al suelo borracho... Cogiéndole del brazo, ella le señaló otro enterramiento. Una figura femenina, desconsolada, escondía la cabeza entre los brazos, que tenía apoyados en el borde de la estela. La lasitud de una de las manos, suspendida en el aire, expresaba una tristeza sin límites. También su forma de ocultar el rostro, como si fuera incapaz de soportar hasta el roce de una mirada, porque ni con aquellas grandes alas era posible alejarse del dolor de la tierra. Ennio aprovechó para hablarle del escultor, un americano que antes había sido poeta. William Story. Se estableció aquí y su última obra fue esta tumba para su mujer... Cualquier nombre, cualquier objeto o edificio ponían en marcha su memoria. Sabía tanto que a veces resultaba difícil no caer en la sospecha de que quizás estuviera inventándolo todo. Empezó a llover al fin y decidieron regresar caminando. Elba desplegó su arma impermeable de color azul cobalto y Ennio, usando la suya como bastón, rápidamente se refugió a su lado.

Y así atravesaron el río y entraron por fin en el barrio del Trastevere, pasando por delante de la basílica de Santa Cecilia, de su fachada blanca sobre cuatro columnas, con el pórtico detrás, un patio amplio con mosaicos antiguos, un cántaro enorme en el centro, en la fuente, y el alto campanario de ladrillo. Elba aún no había entrado allí, porque sólo quería hacerlo con Jan. Esta ciudad no es más que un sueño, seguía perorando Ennio. Un sueño de cúpulas y de viejos palacios, tan frágiles como las convicciones de quienes

los contemplan desde su escala humana, un decorado roto por la realidad cotidiana, habitado por gentes cuyos sueños también se han hecho añicos y a los que sólo les está permitido sobrevivir entre la belleza de sus calles... Estaba enamorado de Roma. Y por extensión, de toda mujer que caminara por allí. La piel tostada de Elba se confundía ahora con el rojo toscano de las paredes de un enorme edificio de dos plantas. Él contempló la transformación, pensando en el momento en el que su sombra se fundiría con la noche. Elige una letra, dijo de pronto. Una sola... Le gustaban las adivinanzas, los enigmas, el juego. Una cualquiera, prosiguió.

Todo el abecedario está a tus pies. De la A a la Z. A tu entera disposición. Pero elige bien, porque el amor siempre dispara a quemarropa. Elba le recordó que tenía el corazón blindado. Sí, lo sé. Una coraza de hierro frío y cortante lo preserva... Aunque más bien parecía que desde hacía un par de horas no estaba en este mundo. Tal vez fuera por el silencio del camposanto. Aún en su interior. O tal vez el apuesto desconocido del paraguas de colores revoloteara aún por su cabeza. Pero Ennio era insistente. Y persuasivo. Siempre dispuesto a conseguir incluso lo que no quería. Venga. Decídete de una vez. Elige una. Te ofrezco todo el alfabeto. Naturalmente, el latino. Nada menos que veintiséis letras a tu servicio... Elba no lo dudó. Seguía siendo fiel a la J. Una inicial que para ella se había convertido en una especie de talismán y que le gustaba contemplar, imaginando que era el contorno de la sombra mayúscula de un joven de espaldas. La figura esbelta, de anchos hombros. Los cabellos revueltos... Qué estupidez, pensó. Ser fiel a una letra. No cabe duda, dictaminó él, al tiempo que cruzaba los dedos para que eligiera la E, la inicial de su propio nombre, no cabe duda, repitió, de que la letra que escojas será la inicial de un nombre masculino.

Un nombre español. O tal vez italiano... La J, le interrumpió ella y clavó la mirada en sus pupilas. Sí. Ennio no se había equivocado. Era la inicial de un

nombre, el de un hombre al que consideraba como su único amigo y al que ella misma daba mil nombres para que pareciera aún más de lo que era. Todo un enjambre de amigos. Todo un ejército de amistades. Pues menuda suerte tiene el tal J. Tanta que estoy por cambiarme de nombre, porque la E está demasiado cerca de la A. Y todos sabemos que las mujeres son indecisas por naturaleza y que se toman su tiempo antes de elegir una letra en la que fijarse. Cuando eso ocurre, casi siempre se han saltado ya la E. Claro que tampoco llegan nunca hasta el final del abecedario. Menos mal que no me llamo Uberto o Vinzio... Ennio se detuvo unos instantes y la miró con atención. De arriba abajo. ¿Y si era una chiflada que se sentía atraída por cualquiera cuyo nombre empezara por J, sin importarle el aspecto de su alma, de su rostro? ¿Es que acaso bastaba con llamarse Jürgen o Jesús? ¿O era una J en concreto, un hombre y nada más que uno? Pero Ennio era optimista por naturaleza, así que enseguida abandonó esta última opción.

A partir de ahora voy a decir que me llamo Jota. Tener un nombre que empiece por jota es como que te toque la lotería. ¿Cómo podría llamarme? ¿Jacopo? Ah, Dios mío. Contigo estoy condenado al fracaso. Y tal vez por eso me gustas cada día más. Y porque bajo ese cuerpo femenino intuyo un carácter viril, una combinación explosiva... Hazme un favor, dijo Elba interrumpiendo sus fantasías, llévame a la piazza Barberini. ¿No fue allí donde Nietzsche compuso su canción de la noche? Él la miró desconcertado, pero ella sonrió: En mí hay algo insaciado, insaciable, que quiere hablar... Sí, pensó Ennio al oírla recitar de aquel modo. Un alma insaciable, aunque también tremendamente esquiva. Se encontraban ya al pie de las escalinatas del viacrucis de San Pietro in Montorio y estuvo a punto de dar la vuelta, dispuesto a demostrar que sus deseos eran órdenes, pero oírla hablar de amor le hizo pensar que tal vez fuera más conveniente acabar en un lugar menos abierto. Mañana te llevo a la piazza Barberini, prometió, donde por cierto

vivió el escultor William Story. Por hoy ya hemos caminado bastante. Aunque ahora mismo te enseñaré la plaza desde ahí arriba. Desde la azotea...

Y hablando de amor, ayer estaba haciendo mis deberes, ya sabes a lo que me refiero, cuando la noche se llenó de luciérnagas. Un fenómeno que jamás he visto en otra ciudad. Miles de puntos luminosos volando en todas direcciones. Decidí ir tras una, pero al cabo de unos segundos mi luciérnaga se confundió con otra, y luego con otra. Eran como señales luminosas, pequeñas guías aladas que conducían hacia el país de los sueños. Cuando menos lo esperabas, te encontrabas en mitad de un callejón oscuro rodeado de minúsculas luces que no se detenían a saludarte. ¡Qué descortesía! De haber atrapado una, le hubiera pedido que se casara conmigo. Me habría montado en una de sus alas y le habría dicho: A la cripta de San Clemente de viaje de novios. ¡Volando! ¿Acaso hay mejor sitio que San Clemente para un aprendiz de bandido y una luciérnaga que necesita la oscuridad para mostrar su belleza? Elba no parecía prestar demasiada atención a sus palabras, así que decidió atacar de frente. Pareces dura y gélida como la nieve rusa, aunque intuyo que por dentro estás llena de amor y poesía. Como he leído algunas páginas de tu cuaderno gris, sé lo que digo.

Cuando paseo mis ojos por esas palabras es como si te estuviera viendo desnuda. Por dentro, claro. No es como una ración doble o triple de Averno. Es como beberse una botella de golpe. Salta a la vista que por fuera eres un cañón. Un cañón tan devastador como tu belleza. Pero por dentro libras una guerra contigo misma, una lucha cuerpo a cuerpo. En tu batalla, yo me siento un miembro del ejército aliado, el que porta como estandarte la bandera del bandido. Y, ¿qué es lo que hay en juego en esa guerra imaginaria?, inquirió ella. Tu propia supervivencia, las palabras del cuaderno, que me han convertido en tu soldado... Yo sólo tengo un soldado, pensó Elba. Y no eres tú... ¿No hay quienes dicen que luchan por la libertad?, continuó él. Pues yo

quiero luchar por el cuaderno gris, por lo que representa. Seré tu esclavo, tu mayordomo, tu ayuda de cámara. Tu galán de noche. Uno cualquiera entre los muebles que te rodean... Alcanzaron al fin la explanada del Gianicolo con el aliento entrecortado. A sus pies empezaban a centellear las luces de la ciudad.

Llega la noche, Elba, la hora de los bandidos. El momento en el que nosotros, los bandoleros, saltamos de una cama a otra y, milagrosamente, acabamos acurrucados junto a quienes no debemos y, sin embargo, más queremos. Nadie tiene más habilidad para realizar milagros que un forajido, capaz de provocar terremotos en el interior de las personas. Al principio, nadie le toma en consideración, pero con el paso del tiempo se vuelve imprescindible. Es como la sombra de la conciencia. Como la sombra de la noche, que todo lo llena... Se detuvieron al fin junto a la puerta del edificio en el que se alojaban. Ennio alzó la vista y después se volvió hacia ella, señalando con el dedo y el brazo estirados una luz en la torre. ¿Ves esa ventana iluminada? En esa habitación se aloja un pintor que apenas sale. Parece un eremita que hubiera vivido demasiado tiempo entre rocas y árboles. Todo un misterio... Ahora se lo comía con los ojos. Por fin le prestaba atención. Aunque aún parecía no verle. Como si mirara más allá. A través de su cuerpo. Los cumplidos no servían de nada. Aquella mujer era inmune al halago. En cuanto trataba de adularla, se comportaba como si le hablaran de otra persona.

Si alguien le hacía un elogio, obraba como si aquello no tuviera nada que ver con ella. Fruncía la frente y parecía mirar al infinito, aunque a veces de pronto sonreía. Tal vez no tuviera ego. O tal vez lo tuviera del tamaño de todo un continente, de un país inmenso, de modo que si en una ciudad del sur se festejaba la belleza de la costa oeste, en el norte no tenían por qué enterarse. En vista de lo cual, prefirió seguir adelante con su historia, envalentonándose cada vez más. Tan sólo sale de noche, a dar un paseo a la luz de las

luciérnagas. Quiero decir, de las farolas. O de las estrellas. Con su abrigo largo y fino, su chaqueta de pana, la mirada triste y la sonrisa fácil. Va siempre muy abrigado. Tiene un despiste mayúsculo. Es un hombre al que las cosas reales no le interesan más que las imaginarias. El ruso falso le llaman... Encantado con el efecto que producían sus palabras, Ennio era incapaz de detenerse. Siempre le zurea el estómago, porque come poco, en un plato que suele dejar perdido entre pinceles, recortes de periódico y botes de pintura. A menudo ni se acuerda de tomar alimento. Aunque otras veces, parece que se olvida por completo de su arte.

Y otras muchas, se queda sumido en profundas meditaciones delante de su obra o simplemente tirado en un sofá contemplando el techo. Las calles se pueblan de curiosidades a su paso. Se para y lo observa todo. No deja escapar nada. Cada detalle cobra vida bajo sus ojos. Quizá por eso, aunque sale muy rara vez, aunque cuesta mucho sacarle de su encierro, cuando se decide a hacerlo resulta aún más difícil conseguir que se repliegue... Elba no podía dar crédito a lo que oía. El ángel del paraguas de colores, uno de los demonios, su soldado. El ruso de los mil nombres. Todos allí. En aquella torre sumida en la oscuridad. Con una sola luz. En su ventana. Donde los demás no ven más que una gota de agua que rueda lentamente sobre un cristal, él ve una multitud de seres vivos, animados por todas las pasiones de la existencia. En las manchas verduscas que una buena ama de casa se empeña en quitar de la superficie de las cacerolas para hacer confitura, él discierne, con el nombre de moho, jardines de hadas llenos de valles y veredas, plantados con árboles de follaje copudo de un color verde prodigioso... A mí no me engañas, le interrumpió ella.

Esto último, lo de las manchas verduscas en las cacerolas, lo del moho y los jardines de hadas llenos de valles y veredas, lo has leído en un libro... Cierto. Él mismo era consciente de que tenía una memoria fabulosa, una memoria con

la que cada mañana y cada noche salía en busca de alguna presa, pero esta vez le habían cazado a él. Y, ¿qué es lo que pinta?, preguntó Elba. Había conseguido que se interesara de verdad, que se le iluminaran los ojos. En ocasiones es necesario desviar la atención de uno mismo para que se nos vea mejor. Más de una vez había pensado si no sería profundamente miope, aunque no llevaba gafas, quizá por coquetería. Si no sufría una especie de ceguera mental que hacía que no viera más que lo que ella quería ver. Su mirada parecía resbalar sobre los objetos opacos. Y sobre la mayoría de las personas. Fijarse tan sólo en los cuerpos luminosos. Son imágenes invisibles, contestó Ennio por fin. Y no sólo porque no deja que nadie vea lo que está haciendo, sino porque lo que representa son casi siempre sombras, transparencias, superposiciones. El otro día aceché por la rendija de la puerta y pude ver en el lienzo un cuerpo de mujer que apenas se adivinaba bajo los reflejos azules y verdes del agua...

Me voy a dormir, volvió a interrumpir ella. ¿Cómo? ¿Es que ya no le interesaba el nuevo personaje? ¿Es que ya no quería saber más? Siempre tan brusca, tan llena de espinas. Tienes un abismo a flor de piel. Y en los ojos, profundidades submarinas, corrientes de aire y nubarrones. No pareces de este mundo. A veces me pregunto si no tendrás escamas en los tobillos. O un par de alas, bien plegaditas, a la altura de los omóplatos... Parece una Beatrice Cenci, pensó, mientras una vez más la observaba con atención. Una mujer del Renacimiento, víctima y protagonista de escenas espeluznantes. Al que se acerque, de una sola mirada, lo deja cubierto de arañazos. La mera idea le excitó aún más, de modo que echó mano de toda su munición y redobló el asedio. ¡Cuánto me gustaría poder tocar el violín debajo de la manta de tu sueño! Y que el instrumento, convertido de pronto en un cañón, defendiera la posición frente al ataque enemigo. Vivir debajo de una manta con un violín tan hermoso como tú, mientras resuenan los cañonazos por doquier, a eso lo llamo

yo música celestial. Pero hoy no me apetece divagar. Prefiero pasar a la acción.

Voy a quitarme la camisa y, con el pecho desnudo, me plantaré frente a la ventana de mi cuarto, a la espera de que una bala me arranque el corazón de cuajo... Buscando un modo de deshacerse de él, Elba le preguntó por sus planes para el día siguiente. ¿No tenías una conferencia? Sí, murmuró él y le cambió la cara. Una conferencia. Sí, repitió, nervioso. Chaquetita y buenos modales, como mandan los cánones. Es el problema de nuestra sociedad. No nos está permitido comportarnos como nos gustaría. El mundo nos exige contención. Y si no se la ofrecemos, recibimos una mirada de estupor cargada de rechazo. Una conferencia. Cuando lo que a mí me gustaría es hacer de Jack el Destripador por las calles de Roma. Hay tantos callejones que huelen a sangre antigua. En cuanto una dama percibe mi aliento avernoso, dobla el cuello para que beba su sangre. A veces incluso me entregan su corazón. Pero entonces yo les digo: Nada de compromisos, señorita, yo sólo quiero un sorbo. ¿Acaso no comprende que el amor es siempre provisional? Ande, guárdese el corazón en el bolsillo. Tras lo cual, la damisela desenfunda un pañuelo y se enjuga las lágrimas.

A menudo me pregunto por qué las lágrimas son transparentes cuando el dolor no lo es, pero no hallo respuesta. Y una vez más sólo me queda la Avena, su sabor amargo y la amargura del mundo que me rodea. Y rezar porque los edificios de ese mundo con el que sueño sean siempre de color rojo, como tantos en Roma. No puedo dejar de pensar en esa nube tóxica. Despertaremos frente a un mar lleno de peces muertos. Bajo un horizonte de cenizas... Elba se alejaba de allí, en dirección a las escaleras que conducían al interior de la torre. ¿Qué hacía? Si por allí no se iba a su habitación. Pero la dejó marchar, porque sabía que era inútil seguirla y porque le gustaba verla de espaldas. Cuando se daba así la vuelta sin más le parecía toda una dama, la

hija de una casa cuya puerta coronara un blasón del siglo XII. Es impaciente. De una dulce timidez, pero impaciente. Y cuando se marcha, toda su figura transmite una tirante firmeza. Tiene más aristas que un cuarzo cristalizado. ¿Voy a buscarla?, se dijo, pero siguió parado en mitad del claustro, incapaz de seguirla con los pies. Su cuerpo parece siempre envuelto en un halo de perversidad. Las ondas que emite no son nada apacibles.

Esa mujer no conoce el placer de la obediencia, dictaminó, aunque a él tampoco es que le apasionara el material blando, pastoso, esas muñecas que se arrugan en cuanto se las aproxima al fuego. Cómo me gustaría arrodillarme y besar tus pies, exclamó en voz alta, aunque tampoco esta vez se movió, sino que continuó delirando despierto. Hace dos días me quedé a solas con una luciérnaga en la cocina. Me sentí como Peter Pan en compañía de Campanilla. Como me di cuenta de que la luciérnaga buscaba la ventana para escapar, le di un empujoncito con una hoja de papel. En ese momento su luz cesó. Desde entonces ando a oscuras por Roma, ciego, sin lazarillo, vagando por callejones estrechos y paladeando el dulce sabor del amaro amargo. Bendito san Averna... Por fin Elba, que subía las escaleras despacio, con cierta aprensión, con miedo incluso, dejó de oírle. Él también se alejaba. Hacia su cuarto. Pero allí estaba. Al fin. La puerta de la habitación que correspondía a la ventana de la torre que Ennio le había señalado hacía poco. Entornada. Entonces lo vio. De espaldas. Entre bastidores, botes con pinceles, tubos de pintura aplastados, lienzos enormes, trapos sucios y montañas de libros y periódicos viejos.

Los hombros anchos. El cabello negro revuelto. Con una camiseta a rayas y pantalones blancos llenos de manchas, trazaba líneas en un cristal con un punzón. Cientos de líneas finísimas que formaban una escena, sin duda sólo apreciable desde una determinada posición, con una luz adecuada. Aquello era como escribir en el agua. No se atrevió a interrumpirle, tocando levemente en

la puerta, sino que se vio a sí misma escalando hasta la ventana, nadando entre las hojas del jardín, de modo que se dio media vuelta y se marchó. Él entrevió un reflejo en el cristal y percibió un nuevo olor. Un olor a manzana de rosa. Se giró y, al no ver a nadie, se dirigió hacia la ventana. No tardó en verla atravesar el jardín y alzar la vista hacia donde él estaba. Y cuando sus miradas se cruzaron, después de tanto tiempo, los dos echaron a correr, para encontrarse en el claustro, iluminado con velas, mojado por la lluvia. Él bajó saltando los escalones de dos en dos. Ella corrió desde el jardín, aunque antes de llegar el uno junto al otro se pararon en seco y se contemplaron a cierta distancia sin decir una palabra, cuando de pronto él una vez más echó a correr.

Y enloquecidos se persiguieron, girando, al pasar por delante, los bustos de los antiguos romanos que descansaban en largos pedestales, poniéndolos de cara a la pared, con los cuerpos de piedra del revés, castigándolos por no haber propiciado aquel encuentro mucho antes. Elba, exhausta, fue la primera en detenerse. En la penumbra. Junto a la escultura de un caballo a tamaño natural. Él se acercó despacio. Y, mirándola con aquellos ojos del color de la avellana, una vez más la chamuscó por dentro. Como si nunca hubieran dejado de verse, una extraña camaradería seguía uniéndoles. Una vez más Elba se bebía sus gestos, sus palabras, que le parecían caricias, besos que le recorrían el rostro, el escote, los brazos, que le cosquilleaban el ombligo, camino de las piernas. ¿Ya no arreas bocados a las mujeres como si fueran manzanas? Jan se rió, negando con la cabeza. Subo un momento, me cambio y nos vamos a dar una vuelta por la ciudad, dijo, señalando las manchas de pintura en sus pantalones. Ella esperó sentada en el jardín y miró en torno, buscando algo que confirmara que no era un personaje de un sueño. Un gato que la arañara. Alguien que pudiera contestar a su saludo.

Negro, marrón y naranja. Eran los colores con los que bajó vestido Jan. Y cogidos del brazo salieron a la calle. Elba recordó lo que poco antes le dijera

Ennio. Es un hombre al que las cosas reales no le interesan más que las imaginarias. Era cierto. Siempre había sido así. Las calles se poblaban de curiosidades a su paso. Se paraba de repente y lo observaba todo. Los picos de vidrio sobre un muro, la ropa tendida entre medianeras. Los colores en las escamas entre hielos en una pescadería. La figura imponente de un filósofo que, acusado de herejía y quemado vivo en la hoguera, se agazapaba bajo la capucha de su manto con un libro apoyado contra el cuerpo. Las manos fuertes, sujetándolo, mientras su mirada, acusadora e inteligente, parecía seguirles. El mar de tejados desiguales, con columnas enormes, surgiendo desde otra época. Las terrazas altas, cubiertas de enredaderas y flores. Las fachadas de oro viejo o escarlata. Y los gatos, orondos, moviéndose por los bajos del Coliseo. Leones ridículos a la espera del inicio de los juegos. Jan habló del reverbero de la luz y lo comparó con una lámpara maravillosa que frotamos sin que el genio se digne nunca a aparecer.

Y de deseos. De deseos que tardan muchos años en cumplirse. Cuando no toda una vida. Se detuvieron junto al río en el puente de Sant'Angelo, bajo la figura de uno de los ángeles de la pasión. El que sujetaba un palo con una esponja en la punta. Parece que me miras desde muy lejos, dijo ella. Desde el fondo del mar. Como si te arrastrara una corriente de agua... Jan no contestó y con el brazo extendido señaló la inscripción en latín que aparecía bajo la figura del ángel. En un alto pedestal. Me dieron a beber vinagre, dice ahí. *Potaverunt me aceto...* Después, volviendo la mirada hacia el río, murmuró: *Il Tevere...* Y los dos contemplaron en silencio la superficie negra. Soy puente. Soy agua. Soy río, susurró él al cabo de unos instantes. Soy como el caballero inexistente... Elba le miró maravillada. Querrás decir que eres como su escudero, Gurdulú, el que se cree ánade, rana, pez, peral, pera que rueda por el campo, todo lo que ve a su alrededor... Lo sé, Gurdulula, reconoció él, pero también soy el caballero inexistente... Y al decirlo, le pasó

el brazo por los hombros. Ella se esponjó y sus ojos brillaron con un verde distinto.

A la vuelta, ante el portón de la Academia, bajo su vistoso paraguas de colores entre las farolas encendidas y los hilillos de lluvia iluminados, la mirada de Jan se tiñó de una tristeza cósmica, quizá temiendo que la despedida pudiera ser definitiva. Elba seguía observándole, sin decir una palabra. Y es que hay hombres que son como paisajes que no se cansa uno de admirar. Hay en ellos praderas y campos de trigo, miles de cambios de luz. Y nubes, grutas y cascadas. Todo eso en un solo cuerpo, en una mirada, en una manera de conversar. Hombres como paisajes. Sólo de verlos te crecen alas. ¿Crees que es posible un amor como el de Penélope?, preguntó él. Elba asintió, recordando los que ella había encontrado en los libros, en aquellos personajes capaces de mostrar una confianza ciega, un ánimo descomunal. La sirenita. A costa de terribles dolores, había perdido la cola y su hermosa voz para poder estar cerca del hombre al que amaba. Y Käthchen, la Käthchen de Heilbronn, que se había partido las piernas al saltar por una ventana para seguir al caballero que, tras presentarse en su sueño la noche anterior, había aparecido a plena luz del día en el taller de su padre para que le repararan una pieza del arnés.

En cuanto se recuperó, volvió a salir en pos de él, que trató de espantarla por todos los medios, como si fuera una mosca, hasta que una noche también él soñó con ella y supo que era la elegida. Hasta que un ángel le repitió al oído varias veces: ¡Confía! Confía... Aquellos eran amores de ficción. No se podían comparar con los de la vida real. ¿O sí? ¿Cuántos años llevaba ella soñando con Jan, dormida y despierta? Desde los dieciocho. Casi siete años en los que no se habían vuelto a ver. Casi siete desde el último verano. El amor es un acto de fe, se había repetido a sí misma con frecuencia, en cuanto veía que se quedaba sin fuerzas. El amor es un acto de fe, se dijo ahora. Es

cuestión de creer. Del seno de quien tenga fe, pensó, recordando un versículo de la Biblia, ella, que seguía sin ser religiosa, pero leía y leía sin parar, brotarán ríos de agua viva. Sí, asintió por fin, aunque sus labios se esforzaron por dar un rodeo, igual que Penélope, que tejía de día y destejía de noche, tratando de esquivar con aquella labor interminable a tanto pretendiente, para guardar todo el espacio a su alrededor a un solo hombre, al que hacía veinte años que no había vuelto a ver.

Escribir, dijo, es como tejer y destejer siempre la misma historia. Esa historia que uno no se atreve a contar en voz alta, que ronda por sus venas cada vez que cierra los ojos, cada vez que los abre. Y que se trasluce en la mirada. En cada uno de los movimientos. Una historia interminable. Sin historias... Jan apoyó ambas manos en las caderas y se subió los pantalones. No sólo seguía siendo delgado, sino que lo estaba aún más. Creo que nos conocemos de otro tiempo, bromeó, sorteando las últimas palabras de su amiga. Elba se echó a reír. Sí, contestó, pero esta mañana, con los paraguas, no me has reconocido... Claro que no. Tienes el doble de años y estás mucho más bonita... ¿El doble?, rezongó ella. Tu alma ha debido de hacer lo mismo, continuó él. Multiplicarse por dos... La mirada de Elba lo dejó sin respiración. Húndete conmigo, parecían decir sus ojos. Necesito un vaso de agua fresca, murmuró Jan. Ella empujó con la espalda la puerta de su habitación. Él se acercó y la besó en los labios. Era un hombre oscuro, un hombre que parecía venido de las tinieblas, aunque su sonrisa, sus gestos y su piel blanca iluminaban todo el espacio a su alrededor.

Cuántas veces nos sentimos culpables de lo que hemos soñado, susurró Jan al oído de su amiga. Aunque nada nos pertenece más que nuestros sueños... Los dos dieron cuatro pasos hacia atrás y Elba se desplomó en la cama con el estruendo de una encina que durante largo tiempo ha resistido a muchos leñadores. Cayó de espaldas, causando alarma incluso en aquel que en ese

momento no pensaba sino en abatirla. Y en ella misma, que no deseaba sino que la desmantelara. Mira, hay chorros de plata en los cristales, dijo él. Ella se levantó, para poder observar de cerca aquel fenómeno producido por la lluvia, el vaho del interior, la oscuridad de fuera y el reflejo de la luz de un relámpago. Jan la siguió e hizo un gesto para que se quedara quieta. Y con el dedo índice trazó lentamente el contorno de su cuerpo en el cristal de la ventana. Me hubiera gustado llevarte al campo. Y que juntos nos echáramos en el interior de una iglesia en ruinas, entre espigas verdes y amapolas... Elba se dio la vuelta y le estrechó. Abrazarse a él era como volver a estar en casa, bajo aquellos hombros anchos, al calor de su cintura. Debió de quedarse dormida en brazos de Jan, porque no despertó hasta la mañana siguiente.

Volvía a llover sobre Roma y parecía que lloraba. ¿O lloraba ella y parecía que estaba lloviendo? Una lluvia lánguida, que no preocupaba al bandido de Ennio. Mi trabajo, aseguraba aquel parlanchín incorregible, consiste en encontrar edificios en callejones apartados y oscuros, por cuyas ventanas se asoman mujeres de cuellos largos que lanzan mensajes de amor incomprensibles. Los otros, los comprensibles, no me interesan nada en absoluto. Como tampoco me importa mi final. El final de todo el mundo es siempre el mismo. Lleva repitiéndose miles de años. Ningún final es mejor que otro. Buscar un final bueno y respetable es lo mismo que buscar un cementerio con vistas al mar. De nada sirve. Las vistas al mar no cambian las que uno tiene dos metros por debajo de la tierra. ¿Acaso el difunto pretende asomar la cabeza entre las malvas? Te noto melancólica, como si estuvieras bajo el efecto de un hechizo. ¿Has pasado una mala noche? No. Claro que no, añadió enseguida, en cuanto comprobó que el rostro de Elba en realidad resplandecía bajo una pátina de felicidad. Espero que ese hechizo te arroje por fin al mundo de las palabras. Siempre estás tan callada...

Y las palabras de tu cuaderno gris son palabras abisales, que no han visto la

luz ni la superficie. Habitan en la zona más profunda de ti. Por cierto, ¿sabes que en la antigüedad el remedio para la melancolía era la piedra de bezoar, un calco biliar de las cabras del desierto que se tomaba en infusión? Pero no creo que tú necesites una infusión de bezoar. Tengo la impresión de que sufres alguna clase de mal de amores. De modo que aquí me tienes, dispuesto a besar los pies de la princesa melancólica. Lo que significa que tal vez después siga besando lo que hay más arriba... Le fulminó con una mirada. Te pisaría, parecían decir sus ojos. Hasta dejarte convertido en polvo. ¿Puedo besarte al menos las puntas de los dedos de la mano? Elba no respondió. Pasó a referirle el reencuentro con su amigo de la infancia y de la adolescencia, convertido en aquel artista amante de la soledad. Pero, protestó él y la miró atónito, ¿de qué estás hablando? No hay ningún pintor en la torre. Te conté toda esa historia para despertar tu interés, para que me prestaras atención. Lo demás lo habrás soñado. Despierta, Elba. No te pude contar el final. El pintor que vivió ahí se ahogó en el Tíber.

Hace unos años. Me hablaron de él cuando vine aquí a estudiar... ¿En el Tíber?, interrumpió ella. ¿Ahogado? No. Eso no... Cuentan que una antigua novia tuvo algo que ver, le explicó Ennio, tal vez dichoso de poder vengarse también él de aquella manera tan extraña. Una novia celosa. O una amante. Despechada. Aunque también hay quien dice que se suicidó. Que él mismo se tiró a las aguas del Tíber, que tanto le atraían. Y que se aparece algunas noches. Desde que se ahogó, nadie ha querido quedarse en esa habitación... Ahíto, los peces le habrían picoteado todo el cuerpo, pensó Elba, y se estremeció. Los ojos. Los labios. El nido en la entrepierna. La envidia y los celos son sentimientos de esclavos, recordó. Lo había dicho Nietzsche. Un momento, protestó Ennio. No habrás urdido toda esa farsa del caballero inexistente para darme esquinazo ahora que por fin hemos pasado la noche juntos... Un rayo verde salió de los ojos de ella, que le observó con altanería.

Y por primera vez Elba no dejó que su mirada resbalara sobre él. Con aquellos ojos que cuando ella quería funcionaban como unos potentes binoculares le observó con atención.

El cabello oscuro, peinado en ondas, muy denso, como una peluca. Ni un solo pelo fuera de su sitio. Los labios finos. El mentón prominente, aunque flojo. Los ojos, tras las gafas, pequeños, como su estatura. Y la piel, de un color indefinido, llena de manchas y lunares y con algún que otro lobanillo. Él sí que era un anfibio de piel verdosa llena de verdugones y abultamientos, pero no estaba dispuesta a probar a darle un beso para ver si se convertía en un príncipe. Tal vez sea vengativa, pensó él. Aficionada al placer de la represalia sigilosa. ¿No serás tú el que está equivocado?, atacó ella. Y él empezó a divagar de nuevo, con su típico hablar discursivo: ¡Claro! A la gente le encanta equivocarse para luego poder rectificar. Así se creen sabios. Pero digo yo que el que tiene que llegar a la sabiduría por ese camino es un sabio de segunda. El verdadero sabio es el que se equivoca y no rectifica. A lo hecho, pecho, se dice... Su amiga se había dado ya media vuelta. Había siempre un punto de crueldad en sus decisiones. Bajo aquella piel tan suave se intuía un torrente de pasiones crudas, dominadas a duras penas por el látigo de la razón.

En Roma seguía lloviendo. Y dentro de Elba también. El cielo volvía a ser de plomo. No te enamores, le gritó él desde el jardín. Y menos aún de un pintor. Son unos chiflados... Elba se detuvo. Entonces sí que estaba allí. No era una sombra, un sueño, ni una aparición del más allá. No se había ahogado. Ni en el Tíber ni en ningún otro sitio. ¿O es que ahora Ennio se iba a poner a hablarle de las locuras de Modigliani, de Chagall, de Picasso o de Soutine? Son todos unos donjuanes, volvió a gritar él. Siempre rodeados de modelos hermosas... Mira quién habla, pensó Elba, y trató de defender a su amigo, espantando el lugar común. Un pintor tiene que tener un cuerpo delante para

poder pintarlo, dijo, y volvió a ponerse en marcha. No te enamores, oyó que le decía él. Ni de un pintor, ni de un vendedor de espejos, como tampoco de un lañador de lebrillos y orzas. Haz como yo. Vive sin distinguir entre la realidad y el sueño, porque lo evidente nunca fue lo importante, no lo ha sido jamás, ni en el arte ni en la vida. Y mira el paisaje con los cabellos al viento, deteniéndote sólo donde haya un corazón palpitando, porque los corazones son los mejores monumentos que existen.

Que una victoria o una plaza tomadas no te incumban, pero tampoco las derrotas... Ennio se movía entre sus semejantes con la pasión desapasionada de un naturalista entre las plantas y los árboles. Todos y cada uno de los ejemplares que encontraba a su paso despertaban su interés. Ninguno su desprecio. No amaba, no odiaba. Le gustaba hacer experimentos, comparaciones. El acto de mirar no da vida al objeto con el que soñamos, pensó Elba en cuanto entró en su habitación y recordó aquel burro gris y el gallo del color del fuego encaramados sobre una roca, entre zarzas. Uno de los últimos veranos. Como tampoco el apartar la vista de una cosa la hace desaparecer. ¿Era capaz de confundir hasta ese punto un sueño con la realidad? Ya habrá cerrado la puerta, se dijo Ennio, ya en el claustro, y en este momento la coraza que envuelve su corazón brillará frente al ventanal. Elba se subió de rodillas a un sillón y, apoyando los brazos en el respaldo, hundió la cabeza en el hueco de uno de ellos. Qué difícil alejarse de la tierra. Y se quedó un rato así. Con una mano suspendida en el aire.

Si de algo se lamentaba en el transcurso de su vida no era de no haber hecho sufrir a quienes en algún momento habían sido crueles con ella, sino de no haber amado lo suficiente, de no haber sido capaz de perdonarlo todo. Quiso ver el cielo. Como quien sueña con echar a volar. Y tu deseo hará que te crezcan alas, recordó haber leído en algún sitio. Así que bajó del sillón y se acercó a la ventana. En la superficie del cristal, fría y húmeda, se fue

formando poco a poco un vaho nebuloso, aunque en algunos puntos la condensación del agua no llegaba a cuajar. Observando con más atención, pudo apreciar unas extrañas líneas sobre la niebla del ventanal, como las que a veces se quedan prendidas en los espejos. Y unas gotas a las que el reflejo de alguna luz allí fuera hacía brillar como si fueran peces de oro. Miles y miles de peces de oro. Cuando de pronto una imagen reapareció ante ella. La silueta de su propio cuerpo reverberaba sobre los reflejos azules y verdes del cielo y del jardín. Una nadadora, surcando las aguas del cristal. Y junto a ella, no tardó en aparecer otra figura. Más alta. Los hombros anchos. El cabello revuelto, como sacudido por la brisa del mar. Las piernas como columnas de fuego.

El registro fantasmal del amado. Y con la imaginación le cubrió de caricias. De todos los besos que hubiera querido darle. Me ha perdonado y sabe que yo a él también, pensó. Y en su mirada ya no había temor ni odio. Como tampoco resentimiento alguno. Roma es una ciudad triste en cuanto caen cuatro gotas, aunque esta vez el genio de la lámpara maravillosa del que le había hablado Jan se había dignado a hacer su aparición. Y con él se habían cumplido los deseos. Por fin. Elba apoyó las palmas de las manos en la superficie escurridiza del ventanal y se quedó así, como un niño que intuye que tal vez nunca llegue a alcanzar lo que tanto ansía, lo que siempre se encuentra al otro lado del cristal, cuando de pronto notó unos ojos clavados en su nuca y una mirada que no veía la abrasó toda por dentro.

Y es que hay hombres que son como paisajes que no se cansa uno de admirar. Hay en ellos praderas y campos de trigo, miles de cambios de luz. Y nubes, grutas y cascadas. Todo eso en un solo cuerpo, en una mirada...

Los ojos azules, casi transparentes, de Rita, la madre, y su costumbre de segar la hierba del jardín con un vestido rojo muy ceñido y zapatos de tacón. Ojos como la tierra, recios, los de su padre, Horacio, que llena el mundo con su sonrisa lenta y franca. Y la mirada inquietante de Elba, la hija, que al principio vive con su familia en un pequeño pueblo alemán y luego en una oscura ciudad española.

Solo los fines de semana y los veranos los ojos de Elba se llenan del verde del campo. Allí cada año aparece Jan, el chico de iris color avellana, siempre rodeado de libros y de cajas de pintura. Un buen día, de pronto, nace algo hondo, que une estos cuentos en una sola historia donde las miradas de Elba y Jan se cruzan en lugares y tiempos improbables. Sueños, quizá imposturas, hilos delgados que recorren *La mirada de los Mahuad* y seducen al lector con las armas de la buena literatura.

“

**Berta Vias Mahou sabe que en el fondo se trata de decir la verdad.
Adoro su valentía y también la extraña lucidez de sus narraciones.**

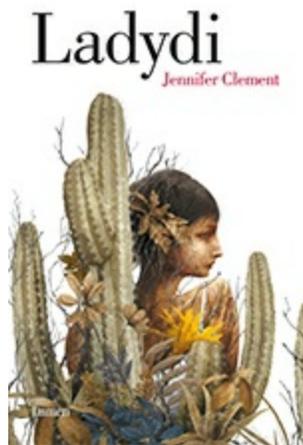
ENRIQUE VILA-MATAS

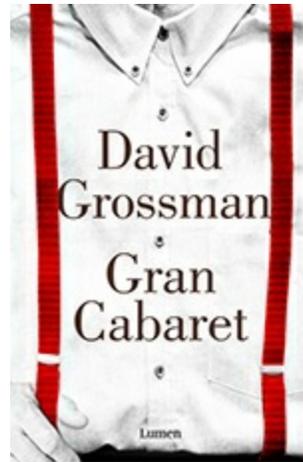
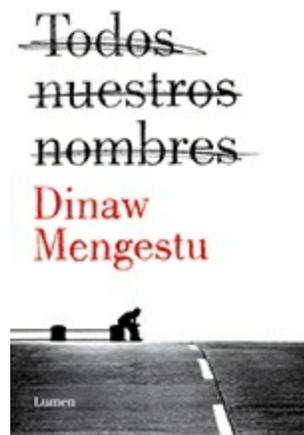
Berta Vias Mahou (Madrid, 1961) es licenciada en Historia Antigua, escritora y traductora. Ha traducido a Ödön von Horváth, Stefan Zweig, Arthur Schnitzler, Joseph Roth y Goethe, y es autora, entre otros títulos, de la novela *Leo en la cama* (1999), del ensayo *La imagen de la mujer en la literatura* (2000), del libro de relatos *Ladera norte* (2001) y de la novela *Los pozos de la nieve*, que fue calificada por la crítica como una de las mejores novelas del año 2008. En 2010 publicó *Venían a buscarlo a él*, obra ganadora del Premio Dulce Chacón 2011 de Narrativa Española. Con su última novela, *Yo soy El Otro*, Berta Vias Mahou ha obtenido el XXVI Premio Torrente Ballester de Narrativa. Su obra la ha consolidado como valor seguro del panorama literario español, y Lumen celebra la incorporación de este nuevo nombre a su catálogo.



Lumen recomienda

Jeanette Winterson | La pasión





Edición en formato digital: septiembre de 2016

© 2016, Berta Vias Mahou. Autora representada por Ángeles Martín

© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de portada: © Madeleine Caillard, Moralzarzal (1972)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-0365-0

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

La mirada de los Mahuad

La mirada de los Mahuad

La llegada de los demonios

Padre nuestro

Soldado ruso

Sueño robado

Escrito en el agua

Sobre este libro

Sobre Berta Vias Mahou

Lumen recomienda

Créditos